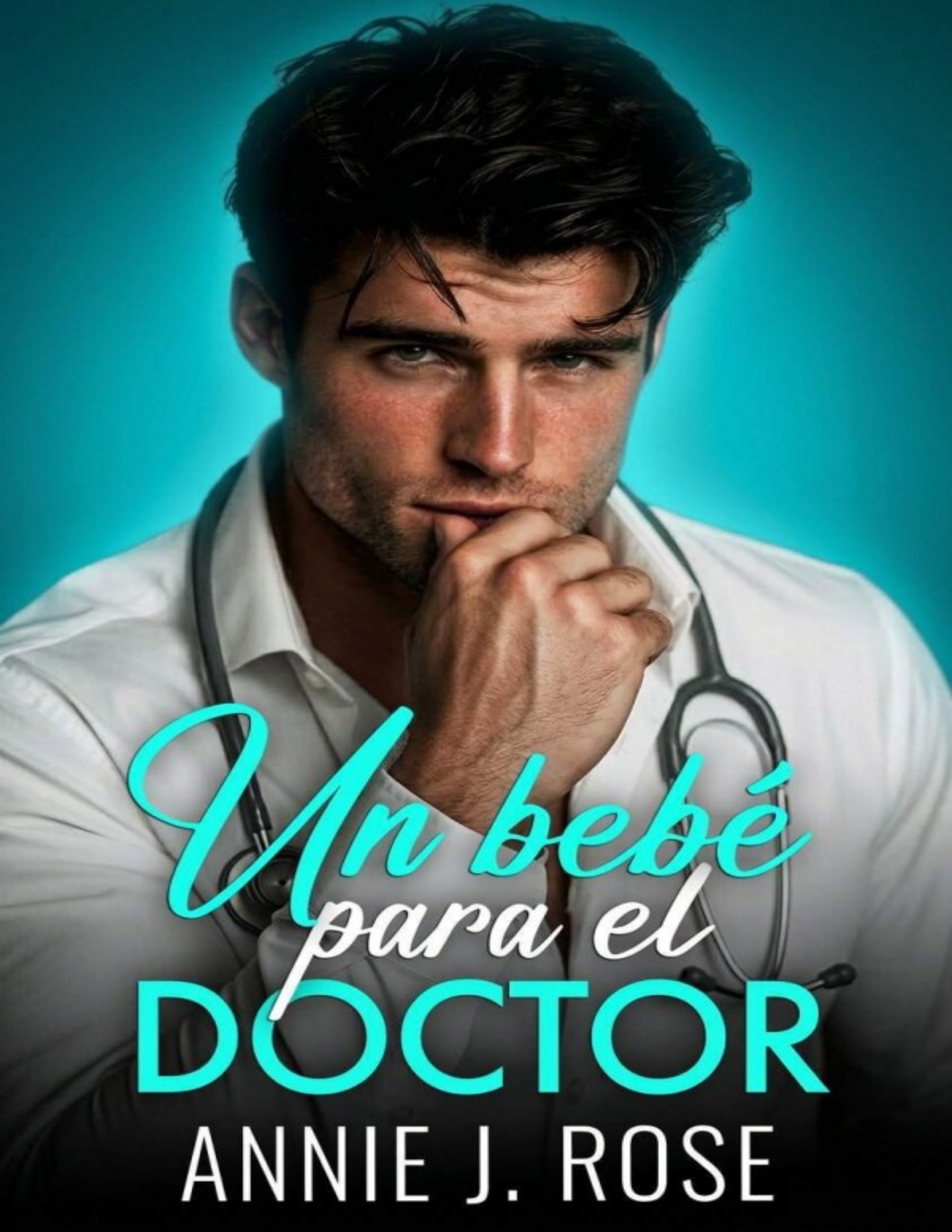

Un bebé
para el
DOCTOR
ANNIE J. ROSE

UN BEBÉ PARA EL DOCTOR

UN ROMANCE PROHIBIDO CON UN HOMBRE MAYOR

ANNIE J. ROSE

Copyright © 2026, Annie J. Rose

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro.

Es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor y son utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia. La siguiente historia contiene temáticas de personas adultas, lenguaje obsceno y situaciones de contenido sexual. Está dirigida únicamente a lectores adultos.

Todos los personajes son mayores de 18 años y todos los actos sexuales han sido consentidos.

❀ Formateado con Vellum

ÍNDICE

Descripción

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
Esposa Fingida (Vista previa)

¡Por favor no olvides dejar un comentario!
Sobre la autora

DESCRIPCIÓN



¿Cómo puedo demostrar que una mujer puede dirigir un equipo profesional de baloncesto tan bien como cualquier hombre,
cuando quedo embarazada del médico del equipo?

Me han preparado para este puesto toda mi vida,
pero hay quienes están convencidos de que fracasaré.
¿Una mujer al mando de una franquicia en un deporte dominado por hombres?
La gente a mi alrededor solo está esperando que cometa un error.

Y eso es exactamente lo que hago en cuanto pongo los ojos en el Dr. James Lippert.
Alto, con un físico tan impresionante como el de cualquier jugador de mi equipo, y sexy como el pecado.
Me digo que debo mantenerlo profesional a toda costa.

Hasta que compartimos un ascensor en el primer viaje de la temporada…
y todo cambia.

No puedo dejarme hechizar por él.
Tengo demasiado que demostrar.

Y el hombre que quería mi puesto estaría encantado de verme fracasar,
así que no puedo darle esa satisfacción.

Cuando los rumores de conducta inapropiada llegan a la prensa,
estoy lista para negar cada uno de ellos.

Aunque tenga que mentir.
Aunque me rompa el corazón.
Aunque termine criando a este bebé sola.

CAPÍTULO 1

KRISTYN

—Pareces un rey en su trono —le dije a mi padre con tono burlón.

Bromas aparte, era duro de cojones verlo tan mermado, tan débil. La enfermedad renal le había pasado factura. Después de años intentando controlar la dolencia en sus etapas más tempranas, había tenido que rendirse a la necesidad de la diálisis. Había veces en que apenas soportaba verlo así. Mi padre, antaño bronceado y rebosante de energía, estaba reducido a sentarse en su enorme sillón de piel italiana mientras la auxiliar sanitaria a domicilio ajustaba los parámetros de la máquina que filtraría las toxinas de su sangre. Se disculpó y nos dejó solos en su despacho, donde yo intentaba parecer relajada y despreocupada encaramada al borde del sofá.

—Prefiero emperador —dijo con sorna.

—Ya sabes, la mayoría de los pacientes renales estarían en el hospital o al menos en la consulta externa de nefrología para la diálisis.

—He trabajado duro toda mi vida. Me he ganado el derecho a recibir el tratamiento en la comodidad de mi propia casa y disfrutar de algo de intimidad. Dios sabe que la prensa sería un coñazo si fuera a la clínica cada semana para esto. La gente usando sus

teleobjetivos para pillarme una foto comiéndome unos puñeteros hielos, y acabaría en todas partes por Internet. No me dejarían en paz.

—Ya sabes lo que dice Comunicación: cualquier publicidad para el equipo es buena publicidad.

—Hostia, qué frío hace aquí.

—Deja que te traiga una manta. ¿Quieres un té verde?

—¿A quién le ha apetecido alguna vez un té verde? Lo bebo porque me lo recomendó el médico. Preferiría un bourbon, la verdad. Eso sí que te quita el frío de encima.

—No soy médica, pero estoy bastante segura de que no deberías beber alcohol durante la diálisis, papá.

—Que les den a los médicos entonces —dijo, y luego sonrió al ver la expresión preocupada de mi cara—. Tranquila, cariño, estoy haciendo exactamente lo que tengo que hacer. Te prometo que no estoy dispuesto a tirar la toalla. Con la vida, al menos. Con el equipo, sin embargo…

—¿Perdona?

—Es demasiado, Kris. Llevo meses dependiendo cada vez más de ti y de Douglas. La gestión del día a día del equipo se me ha ido quedando grande para el nivel al que quiero que se haga. Quiero demasiado a este equipo para permitir que se conforme con menos que lo mejor. La junta directiva ha sido más que generosa, e incluso se ofrecieron a ayudarme si quería seguir al frente.

—Pero no vas a aceptarlo —dije en voz baja.

Era un milagro que mi padre hubiera aceptado ayuda de ningún tipo. Delegar hasta la tarea más pequeña significaba que él no controlaba el nivel de perfección que debía alcanzarse. Había aprendido a valorar el hecho de que me confiase algo, lo que fuera. Significaba que me consideraba menos incompetente que la media de la gente.

—Por supuesto que no. He pasado décadas construyendo esta franquicia. No voy a dejar que se derrumbe porque sea demasiado orgulloso para apartarme.

Lo miré con una mezcla agridulce de tristeza y amor, teñida de una suave ternura. Era su orgullo lo que lo impulsaba, lo que nos

impulsaba a todos a ser mejores.

—Ha llegado el momento de la siguiente generación de liderazgo, y eso te incluye a ti.

Lo dijo con tanta solemnidad que parecía estar entregando una Medalla Presidencial de la Libertad con una enorme bandera ondeando de fondo. Y ni siquiera era una pose. Así de en serio se tomaba la gestión operativa de los LA Clippers. Si la excelencia era su religión, su templo era Figueroa Street, donde se estaba construyendo el Intuit Center. Llevaba luchando desde que yo era una cría para sacar al equipo del Staples Center y de la sombra de los Lakers. Esta asociación con Intuit, este edificio, era su mayor sueño.

La idea de que fuera a jubilarse antes de verlo terminado me dejó helada. Tragué con fuerza para contener las lágrimas. Nunca renunciaría a esto si hubiera la más mínima esperanza de mejorar. Me pregunté qué le habría dicho su nefrólogo que papá no me estaba contando. Di un trago de mi botella de agua para disimular que tenía que aclararme la garganta y no echarme a llorar.

La expresión en el rostro de mi padre era absolutamente beatífica. Me pregunté por un segundo si la habría ensayado frente al espejo, si la llamaba «Padre Orgulloso Contemplando con Nostalgia su Legado». Se notaba que quería que yo estuviera eufórica y honrada. Parte de mí lo estaba. Llevaba mucho tiempo trabajando para esto, y ansiaba que se sintiera orgulloso de mí. Por mucho que su ego fuera un chiste famoso en la franquicia, Roland Chase era alguien de mucho cuidado, muy respetado por su visión para los negocios y su amor desenfrenado por el juego.

Nadie más habría conseguido empujar al equipo, que iba de capa caída, hasta las primeras Finales de Conferencia de postemporada en el 21. Su personalidad y energía eran poderosas, y le había visto aparcar su frustración y su decepción una docena de veces cuando quedaban eliminados en semifinales año tras año. Mantenía sus sentimientos personales a raya y tomaba decisiones basándose en el bien del equipo. Bromas aparte, su carrera era algo de lo que sentirse orgulloso y no me imaginaba a nadie intentando estar a su altura.

—El equipo te necesita, papá —dije.

—Obviamente soy irremplazable —sonrió con suficiencia—, pero los dejo en buenas manos. Tú eres lo mejor después de mí, cariño.

Sonreí ante eso, y él soltó una carcajada, porque lo mejor de mi padre era su sentido del humor, su apreciación de lo absurdo de todo, incluido su propio ego. Me acerqué y lo abracé impulsivamente. No era dado a grandes muestras de afecto, pero no pude resistirme. Me dio unas palmaditas cariñosas en el hombro.

—Sabes que Douglas tendrá algo que decir al respecto. Lleva años siguiéndote los pasos y con la mirada puesta en el premio.

—Douglas puede ser bueno como asistente, pero no tiene la cabeza fría. Deja que las emociones le dominen. No le hizo mucha gracia cuando lo llevé al aparcamiento yo mismo a rastras después del partido contra los Mavericks hace un par de años.

—Fue una derrota de veinte puntos, papá. No es muy frecuente que tu equipo establezca un récord de la liga así de malo. Creo que hace falta ser un santo para no perder los nervios con eso —dije, forzándome a ser generosa cuando hablaba de Douglas.

—Tú no los perdiste.

—No habría servido de nada. Además, aprendí del mejor. Siempre me enseñaste que si no es constructivo, es una gilipollez. No te ensañes ni los hagas sentirse peor. Los jugadores que se sienten como una mierda se meten en peleas, beben demasiado y acaban saliendo en TMZ.

—Escuchabas, gracias a Dios.

—Me sorprendió que no dimitiera después de que lo echaras cuando sonó la bocina.

—Tiene la mirada puesta en el premio, como has dicho. Una vez que se calmó, no iba a renunciar a la oportunidad de dirigir el equipo algún día, por muy cabreado que estuviera conmigo o por la derrota. Pero no necesitamos un director que tenga que sentarse en el rincón de pensar y contar hasta diez. Tienes que ser el cerebro, la fuerza que guía. Los entrenadores ponen el corazón en el equipo, y pueden permitirse el lujo de ser divos. Los directores tienen que mantener la cabeza en el juego. Tú eres la que puede hacerlo.

—No voy a fingir que no es genial saber que confías tanto en mí, pero no estoy segura de cómo va a reaccionar él.

—¿Estás diciendo que no crees que puedas hacer el trabajo mejor que Doug?

—Ni de coña digo eso. Pero no vivimos en un cuento de hadas. Tú me dijiste cuando tenía quince años y empecé como becaria que tendría que esforzarme el doble para demostrar que tenía cojones, porque no había nacido con ellos.

—¿De verdad le dije cojones a una chica de quince años? Voy a preguntarle a tu hermana.

—Dijiste cojones, sin duda. También dijiste que más me valía dejar de poner cara de incomodidad cuando los hombres a mi alrededor decían alguna burrada. Ahí estaba a salvo, pero no iba a poder poner reglas delicadas sobre el tipo de lenguaje que oía.

—Te acostumbraste bastante rápido, si no recuerdo mal. ¿O no fue tu madre la que me dijo que iba a tener que dormir en el garaje si no hacía algo con esa boca tuya?

—Sí que lo dijo. —Sonreí con tristeza, recordando la vez que solté una retahíla de tacos contra mi hermana pequeña por destrozarme unas botas nuevas y a nuestra madre casi le da un infarto.

—¿No fue que Kali te estropeó un jersey o un pintalabios o algo?

—Botas. Y eran buenas, además. Las Stuart Weitzman por las que había estado ahorrando. Un día de estos me va a volver a cabrear y le haré una entrevista revelándolo todo sobre sus pies enormes. A Vogue le encantaría esa mierda —me reí.

—¿Estás diciendo que no la has perdonado? —rio entre dientes —. Tu madre decía que habías salido a mí.

—No se equivocaba. Dios, cómo la echo de menos. Creí que con el tiempo sería menos. Pero es todos los días.

—Todos los días. Nunca esperé que fuera más fácil, y no lo ha sido —dijo. Se aclaró la garganta, la única señal de que seguía emocionándose con la muerte de mi madre ocho años después—. Estaría muy orgullosa de ti hoy.

—Te preguntaría cuándo vas a traer al equipo de filmación para ver si puedo sacar Excalibur de la piedra y ser tu sucesora —solté

con cara de póquer, y él se rio.

—Joder, seguro que sí.

—¿De verdad crees que puedo asumir el cargo sin que Douglas intente dar un golpe de estado?

—Sí y no. Creo que no tiene los apoyos. ¿Intentará socavarte? Claro. Pero no tiene tu inteligencia ni tu autodisciplina. ¿Por qué crees que nunca lo ascendí?

—¿Porque es un capullo?

—Si eso descalificara a alguien para un puesto, el setenta y cinco por ciento de la gente con la que trabajo estaría en el paro, Kris.

—¿Solo el setenta y cinco? ¿La diálisis te ha ablandado?

—Intentaba que pareciera que solo ibas a entrar en la jaula del león, no que le ibas a abrir las fauces a la fuerza y meterte dentro —dijo con sorna.

—Dios, mamá tenía razón. Eres un melodramático —dije.

—¿De quién crees que lo has sacado tú? Ahora deja de hacer pucheros y plántatelos —bromeó.

—Por favor, no me hables más de cojones —me reí.

—Solo porque tenemos compañía. No ibas desencaminada cuando mencionaste al equipo de cámaras. Solo es Kyle, de Sporting Man —ya sabes que tenemos un acuerdo. Él tiene acceso prioritario a cualquier noticia de la franquicia, a cambio de un poco más de cobertura para el equipo. Ya sabes que cualquier ventaja importa cuando compites contra la máquina de relaciones públicas que son los Lakers. Te animo a mantener el acuerdo con Kyle en el futuro, pero no voy a decirte lo que tienes que hacer.

Fruncí los labios, sabiendo que no podría resistirse a darme un millón de «sugerencias» y que yo agradecería al menos la mitad. Tal como estaban las cosas, oí llegar al periodista y me resigné a la cobertura mediática repentina. Parte de mi trabajo inicial en el despacho de mi padre había sido redactar comunicados de prensa con el departamento de Comunicación y aprender a darle la vuelta a cada evento, a cada declaración, para que sonara humilde y positiva: una interpretación modesta y optimista de las cosas. Esa formación me había sido útil más veces de las que podía contar, y esta prometía ser otra oportunidad de ponerla en práctica.

Cuando el periodista y el cámara entraron en la habitación, vi a mi padre sentarse más erguido, con su presencia al máximo. Les dediqué a los hombres una cálida sonrisa de bienvenida, como si en realidad no quisiera echarlos de allí. Por esto papá me había dado el discurso suave en privado: para prepararme para la entrevista. El foco, como siempre, estaría principalmente sobre él, pero yo tendría que parecer serena pero entusiasta, decidida pero no agresiva. Ser mujer en un mundo de hombres, especialmente en el campo aún más dominado por hombres que es el deporte, era agotador a veces.

—Me alegro de verte, Kyle —dije, poniéndome de pie y ofreciéndole la mano. Me la estrechó. Kyle debía de tener unos cuarenta, y escribía reportajes para varias webs además de ser editor adjunto en Sporting Man. Lo había visto una docena de veces en los últimos años y concluí que el consejo de mi padre era acertado en este caso.

—Crystal, me alegro de verte —dijo.

—Kristyn —corregí con la sonrisa firmemente en su sitio. «Pero eso ya lo sabes», pensé, ignorando alegremente la ofensa.

—Agradezco que hayas venido hasta aquí, Kyle. Siéntate. No te robaré mucho tiempo. ¿Kris? —dijo mi padre. Acababa de sentarme, pero me levanté y ofrecí algo de beber a los hombres. Cuando volví con botellas de agua para ellos, mi padre ya estaba hablando ante la cámara.

—…no es frecuente que un hombre tenga la oportunidad de trabajar con un equipo tan bueno y con tanto potencial. Ha sido un honor hacer este trabajo, y no es fácil dejarlo. Si soy sincero, mi difunta esposa Georgia solía decir que dejaría a los Clippers en una camilla directo al tanatorio. Sabía lo que esta franquicia significa para mí, y no podría dar un paso atrás si no fuera porque la dejo en manos tan capaces. Este equipo me ha dado su confianza durante estos últimos años y la mejor forma de corresponder a esa confianza es entregar las riendas a alguien en quien yo confío plenamente. Mi hija Kristyn Chase.

Me presentó y yo esbocé una sonrisa radiante.

—Roland Chase deja un listón increíblemente alto. Quiero decir, no solo es el propietario, sino que ha dirigido el equipo desde que dejaron San Diego en el 84, y su fe en los Clippers nunca flaqueó. He tenido el honor de aprender de él toda mi vida, y estoy encantada de asumir un rol directivo con el equipo.

—Antes de hacerle la pregunta obvia, me gustaría dirigirme a su padre. Roland, ¿cómo de difícil es retirarse de la dirección cuando el equipo nunca llegó a ganar un campeonato? Todos esos años de trabajo y esperanza, todo en vano. Supongo que la temporada 20-21 es lo más cerca que estuvieron, pero incluso esa temporada quedó empañada por la colosal derrota récord contra los Dallas Mavericks.

—Bueno, Kyle, mentiría si dijera que no desearía poder decir que llevé al equipo a un campeonato. Sé que si mi salud hubiera aguantado, lo habría visto desde la banda yo mismo. Supongo que tendré que pedirle a mi hija que me consiga unos buenos asientos para cuando los Clippers arrasen esta temporada.

Ese era mi padre, ofensiva de encanto a tope y tan jodidamente encantador. Lanzando su respaldo hacia mí mientras le recordaba al periodista que era su salud, no la decepción, lo que lo empujaba a la jubilación.

—Muy bien. Ahora, la pregunta que todos tenemos en mente. Kristyn, ¿está preparada para gestionar las operaciones diarias de un equipo de la NBA dada su situación?

—¿Mi situación? ¿Se refiere a ser la sucesora de mi padre? Bueno, eso se hace en todo el mundo. Mire al Rey de Inglaterra y al Príncipe de Gales. Se llama ser el heredero legítimo —dije con ligereza y una risa—. ¿Quién mejor para continuar el legado de mi padre que alguien que creció aprendiéndolo todo de él?

—Parece que hay un malentendido —dijo Kyle—. No me refería al hecho de que vaya a suceder a su padre, sino al hecho de que es una chica asumiendo un trabajo de hombres como directora de operaciones de un equipo de la NBA compuesto íntegramente por hombres.

—Ah —dije, asegurándome de abrir mucho los ojos y parecer sorprendida—, bueno, no había pensado que eso fuera un problema para mí, Kyle, ya que no soy una chica. Soy una mujer adulta, y

según mi experiencia con este equipo y el cuerpo técnico, todos trabajamos por el mismo objetivo: una temporada de campeonato. Que yo sepa, no hace falta poder mear de pie para conseguirlo.

Kyle tosió, disimulando o una risa o un jadeo de horror. En cualquier caso, sentí que había ganado. Era tan capaz como cualquier hombre, y en este puesto en concreto, más capaz que cualquier hombre salvo mi padre, para hacerlo bien.

—Parece lista para afrontar el reto, entonces —dijo para resumir.

—Me he estado preparando para esto toda mi vida, Kyle. Estoy más que lista.

Soltó una risita y asintió, nos dio las gracias y se marchó. Su pregunta podía haber sido anticuada y sexista, pero no andaba muy desencaminado. No cuando el deporte era uno de los clubs de chicos más antiguos que existían, solo por detrás de la política.

—Te apoyaré de todas las formas que pueda. Tienes total libertad para apartar o sustituir a quien quieras del equipo directivo, sin preguntas. Estás preparada para esto, Kris. Solo que no estoy seguro de que ellos estén preparados para ti —dijo mi padre.

Quería abrazarlo, romper a llorar, gritar a los cuatro vientos que por fin lo había conseguido y descorchar el champán. Quería más que nada que esta fuera una ocasión feliz, que sucediera en un mundo donde mi padre no estuviera gravemente enfermo y donde mi madre siguiera aquí. Lo que deseaba por las noches cuando estaba sola y no podía dormir eran cosas que jamás podría tener. Haría el mejor trabajo posible con lo que tenía e intentaría construir mi felicidad con lo que quedaba. Sonaba vieja y deprimida hasta para mis propios oídos, para una mujer de veintiocho años que acababa de recibir la oportunidad de su vida.

CAPÍTULO 2

JAMES

El jugador al que estaba tratando mantenía un comentario constante sobre cómo se había producido la lesión. Levanté un dedo y le interrumpí:

—Sin duda quiero oír el resto, pero voy a intentar palpar la posición de los tendones, así que necesito que contengas la respiración unos treinta segundos. Solo cuenta hacia atrás mentalmente, ¿vale?

Examiné el hombro con destreza y le indiqué que levantara el brazo en un ángulo de noventa grados. Pudo hacerlo, lo cual era alentador, pero conocía a Ty lo suficiente como para saber que si fuera solo una distensión, no habría venido a que lo revisaran. Sospechaba un desgarro traumático del manguito rotador.

—Vale, esta puede doler: levanta el brazo y llévalo hacia atrás de la nuca —dije. Asintió, luego llevó el otro brazo hacia atrás y se rascó la nuca, con una sonrisa traviesa en la cara.

—¿Hasta dónde necesitas que llegue, tío? —dijo. Puse los ojos en blanco.

—Buen intento —dije—, vamos a probar ahora con el lado izquierdo. Puedes ir despacio si…

—¡La madre que me parió, doc! —aulló Ty cuando el brazo iba por la mitad del recorrido. Se bajó el brazo de golpe y se lo acunó

contra el pecho con la otra mano, protegiéndolo. Vi las líneas alrededor de su boca, entre sus cejas. Sabía que estaba sufriendo.

—Tienes un desgarro —dije.

—Sí, ¿no me digas? —dijo, intentando sonar duro. Pero sonaba como un crío, dolido y un poco asustado.

—Exacto —dije.

—¿Y me puedes poner una inyección de corticoides?

—Ayudaría con el dolor y la inflamación, pero el hecho es que si tienes un desgarro más completo, necesitarás cirugía. Una inyección de cortisona es mala idea en ese caso. Voy a mandarte a que te hagan una resonancia, y esta tarde sabremos si es un desgarro total o parcial. De momento, te doy un poco de paracetamol y una botella de agua y le diremos a Nick que te lleve al Centro de Diagnóstico por Imagen.

Asintió; el brillo travieso había desaparecido de sus ojos.

—No necesito esto —dijo, con la voz baja, menos estruendosa de lo que se la había oído nunca.

—No nos adelantemos. En el mejor de los casos, son cuatro semanas en el banquillo con rehabilitación intensiva, y en el peor, una cirugía ambulatoria y recuperación. Aun así, todavía nos queda un mes para el primer partido. Si te ibas a caer sobre el brazo haciendo ejercicios, este era el momento de hacerlo. Volverías a tiempo para los playoffs.

Asintió de nuevo, esta vez con un poco más de ánimo.

—¿Tienes mi número en el móvil, no? —pregunté.

—Sí —me contestó, sonando como un adolescente gruñón, y no pude evitar una sonrisa.

—Pues me mandas un mensaje o un Snap preparándote para la prueba, ¿vale? Quiero saber cómo estás. Nick se va a quedar contigo, y si necesitas algo, se lo dices a él.

—No vas a llamar a mi padre, ¿verdad?

Le puse la mano en el hombro bueno. El chaval tenía veinticuatro años, estaba en su tercera temporada con los Clippers, y probablemente mediría dos metros. Y no quería que llamase para chivarse a sus padres. Me dieron ganas de abrazarlo. En medicina deportiva, ves muchas cosas de cerca, como el desgaste en el

cuerpo de un joven cuando el juego les exige tanto, y lo mucho que se exigen a sí mismos. También vislumbras la incertidumbre, la soledad a veces.

Su familia estaba en Milwaukee, un padre soltero y tres hermanas menores. Ty los mantenía a todos, y podía ver la preocupación en sus ojos. No quería estar lesionado, en el banquillo y fuera del juego, y no quería perder tiempo en la cancha ni con su equipo. Pero yo sabía cuál era el verdadero problema también.

—¿Cómo le va a Chante en la universidad? —pregunté. Logró esbozar una sonrisa.

—Esa chica es un desastre —dijo con cariño—, se ha matriculado de dieciocho créditos este semestre. Le dijeron, eres de primero, tienes que limitarte a quince o te vas a quemar. Pero Chante no le hace caso a nadie. —Estaba orgulloso, y se le iluminaba la cara cuando hablaba de su hermana.

—Seguro que le encanta Spelman. Fui a visitar a un amigo allí hace unos años y es un campus precioso.

—Pude ayudarla con la mudanza —dijo. Lo sabía, y había visto las fotos en su Instagram, pero quería que lo recordara ahora y la buena sensación que le producía.

—¿Le gustó presumir de su hermano mayor estrella de la NBA? —pregunté.

—Qué va, solo me hizo cargarle las maletas —se rio, y luego empezó a buscar en su galería de fotos para enseñarme. Sacó un selfie de los dos en la residencia de ella, su sonrisa radiante junto a una chica preciosa con largas trenzas y los mismos ojos decididos y serios que su hermano.

—Es guapísima. Seguro que los ha deslumbrado a todos. Estudia Derecho, ¿no?

—Sí. Lleva discutiendo desde que pudo andar —dijo.

Le devolví el teléfono y le vendé el hombro, le coloqué un cabestrillo y envié un mensaje a Nick para que trajera un coche a la entrada para Ty. Mientras estaba tecleando las notas de la exploración en la tableta, mi paciente soltó un grito.

—¡No me jodas! —dijo.

—¿Qué? —dije, girándome hacia él. Estaba mirando fijamente su teléfono.

Tenía una sonrisota enorme de oreja a oreja y negaba con la cabeza incrédulo.

—Se va a montar una buena con esto.

Ty me acercó el teléfono para que leyera el titular. *El propietario de los Clippers deja la dirección de operaciones; su hija ocupa su puesto.*

—¿Sabías algo de esto? —preguntó.

—Sabía que Roland tenía que hacerse diálisis. Aparte de eso, no. Probablemente sabes más que yo. Yo estoy aquí detrás gritándoos que hagáis la rehabilitación y os acordéis de estirar. No me meto en politiqueos de gestión.

—Ya, bueno, esta tía… o sea, la he visto por aquí, siempre estaba ayudando a su padre, ¡pero mírala! —Sacó un vídeo, una entrevista de ella con su padre. Tenía el pelo largo y rubio recogido en una coleta, ojos verdes. No llevaba el polo del equipo que siempre llevaban los directivos, así que debía de haber sido algo repentino. Llevaba algo rosa.

—Joder, parece una Barbie —solté sin pensar y Ty se rio—. Lleva con el equipo más tiempo que yo, y no se anda con tonterías. Pero nunca la había visto así.

—Está buena.

—No, Ty. No está buena. Está al mando del equipo. Podría mandarte a un Airbnb con chinches o traspasarte a Memphis si le tiras los tejos. Ni se te ocurra.

—¿No crees que la Barbie quiere pasarse al lado salvaje? —se rio.

—Ty —dije—, es la nueva Roland Chase. Ya sabes, la persona que contrata y despide al personal. A mí lo que me interesa es si su llegada va a afectar a mi puesto.

—¿Estás preocupado, doc?

—Roland siempre fue de no meterse con el personal de apoyo mientras los jugadores estuvieran bien atendidos. Su hija puede ser más…

—¿Meterse en tus asuntos? Tienes que adelantarte, tío. Mándale flores, felicítala, dile lo mucho que te gusta tu trabajo. A lo mejor hazte un tatuaje del logo de los Clippers en la cara.

—Creo que te has pasado un poco —me reí—. Nick te está esperando. Cuéntame cómo te va.

—Lo haré. Gracias, doc. Y más te vale hacerme caso con lo de las flores, o te vas a ver buscando curro y nos van a traer a una doctora. Antes de que te des cuenta, esto olerá a velas perfumadas.

—Mejor que lo que huele ahora —bromeé.

Después de que se fuera, me pregunté si Kristyn Chase iba a hacer limpieza general. Si iba a inaugurar una era de mayor diversidad: más mujeres, más personas de color en la plantilla. En lo que a mí respectaba, eso sería una mejora, pero también era un tío blanco al que le encantaba su trabajo. Tomé nota de pedir una cita con la nueva directora de operaciones para hablar de mi contrato, que vencía en seis meses. Luego me planteé si Ty tenía razón y debería mandarle flores o algo. Decidí que las flores no eran lo adecuado, porque no es lo que le enviaría para felicitar a un hombre.

Como no quería mandar champán (el equipo tenía una norma de nada de alcohol en las instalaciones), me pregunté qué podría enviarle al despacho para su primer día. Había coincidido con ella en eventos, pero incluso en los cuatro años que llevaba en el equipo, no nos habían presentado oficialmente. Nunca había hablado con ella. Le escribí a Ford Branson, uno de mis mejores amigos.

¿Qué puedo mandarle a la nueva directora de operaciones para felicitarla? Es una mujer. Flores no.

Luego esperé. Y esperé. Los tres puntos que indicaban que estaba escribiendo parpadearon intermitentemente durante lo que pareció una eternidad.

Helado. Soy Holly. Manda helado de los buenos.

¿En serio?, respondí.

Helado. Hazlo ya.

Ok thx

Busqué «enviar helado» y mi ubicación y encontré, sorprendentemente, una docena de sitios que enviaban sus sabores a todo el mundo, envasados en hielo seco. Escogí el que tenía mejor

valoración y empecé a desplazarme por los sabores. Eran de los finos, no solo chocolate y vainilla. Estamos hablando de caramelo con sal marina, sorbete de sangría de sandía y melocotón con mermelada y brandy. Elegí el de caramelo, uno de chocolate y uno de crumble de frambuesa con crujiente de streusel de avena. Envié el pack de tres con un mensaje genérico de felicitación y programé la entrega para el lunes. Luego volví al trabajo antes de que me diera tiempo a dudar de la tontería pelota que acababa de hacer.

CAPÍTULO 3

KRISTYN

KRISTYN

El hecho de que nos escribiéramos constantemente y tuviéramos una videollamada semanal los domingos no significaba que no echase de menos a Kali cuando estaba fuera. Pero cuando la vi en persona, por primera vez en más de un mes, me golpeó de lleno en el pecho lo mucho que había echado de menos a mi hermana pequeña. Me esperaba en una mesa junto a la ventana, leyendo un libro. Un libro de verdad, en tapa dura, no algo descargado en una aplicación de lectura como hacía yo. Había algo en ella tan precioso, que era a la vez un espejo de mí y un misterio. Cuando llegué a la mesa, se levantó de un salto y me rodeó con los brazos.

Al abrazarla, me sentí al instante más yo misma. Solo diez meses menor que yo, Kali era mi melliza irlandesa. Donde yo era bajita y menuda, condenada eternamente a que la costurera de mi tintorería me acortase todos los pantalones, Kali era más alta como nuestro padre, un poco menos curvilínea. Esto significaba que lo único que le dio envidia en cuanto a físico mientras crecíamos era el hecho de que a mí me salieron tetas y a ella nunca le llegaron del todo.

Yo, sin embargo, tuve varias ocasiones de encerrarme a hacer pucheros en mi cuarto cuando a mi hermana pequeña la invitaba a

salir un chico que me gustaba o recibía una invitación a una fiesta de la que a mí me dejaban fuera. En muchos sentidos, se parecía más a nuestra madre. Menos obsesiva con los objetivos, más cómoda en su propia piel que yo. Si sentí una punzada al ver lo radiante y guapísima que estaba sin una gota de maquillaje después de un vuelo nocturno, la ignoré en la alegría de volver a verla en persona.

—¿Has visto a papá?

—Sí, pasé por allí nada más llegar. Me estuvo contando cuánta agua tiene cada tipo de fruta. Material fascinante —bromeó—. Por lo visto las naranjas y los limones que le mandé de Italia estaban bien, pero no eran adecuados para el consumo diario. ¿Como si yo pensara que se iba a comer tres limones al día? Pensé que podrían quedar bonitos en un bol en la encimera y animarle un poco o algo.

—Ya conoces a papá —dije—, ¿para qué dar las gracias cuando puedes impartir una lección sobre prestar más atención al detalle?

—En serio. Todo es un momento pedagógico con ese hombre.

—¡Te he echado de menos! ¿Qué tal Milán?

—Maravilloso. El tiempo estaba genial, por supuesto, y tuve mucho tiempo libre después de las pruebas de vestuario y un par de sesiones de fotos. Pude callejear y ver un montón de la ciudad. Fue muy relajante.

Yo no podía imaginarme intentando organizar un itinerario turístico entre citas de trabajo. Sentiría que tenía que ir corriendo de un lado a otro. Pero esa era otra de nuestras diferencias. Ella nunca desaprovecharía una oportunidad de pasarlo bien, aunque no encajara del todo en su agenda.

—¿Qué fue lo mejor que viste? —pregunté, acomodándome para escuchar todo sobre su viaje.

—El edificio donde hicimos la sesión de fotos era precioso. Es un bloque de pisos en el barrio Liberty y tiene unos balcones de hierro forjado preciosos rodeados por fuera de azulejos pintados, estilo Art Nouveau. Es impresionante. Mira —sacó el móvil a toda velocidad y me enseñó primeros planos que había hecho de los azulejos.

—¡Enséñame una foto tuya posando o algo! —dije—. Quiero ver qué llevabas en la sesión y todo.

—Era un vestido blanco de la colección de primavera, con muchos recortes, muy estructurado, incómodo de cojones, si te interesa saberlo.

Pasó las fotos del carrete y encontró una. Era surrealista, tan bonita y tan impactante porque era claramente mi hermana en un balcón sacado directamente de una obra de Shakespeare. Su cuerpo estilizado estaba envuelto en una serie de hebillas y tiras que sujetaban una tela blanca en un estilo que no acababa de entender. El pañuelo rosa se había soltado de su pelo, con un extremo ondeando en la brisa y dando un movimiento precioso a la foto. Los tonos dorados desvaídos del edificio con la forja en bronce y el vestido blanco enmarcaban esencialmente a mi vibrante hermana en un fondo de tonos neutros. Lo que destacaba no era el vestido que anunciaban, sino la cara de Kali, la chispa en sus ojos y la arruga pensativa entre sus cejas perfectamente arqueadas.

—Me encanta. Mándamela —dije—, y dime que no te ofrecieron el vestido.

—Menos mal que no —dijo—. Cuando al diseñador le gusta cómo ha ido la sesión, a veces preguntan si quiero quedarme algo del vestuario, si no era una pieza única de encargo especial. Normalmente no le doy uso a nada, pero no quiero herir sus sentimientos. Acabo llevándome la cosa más pequeña con la que puedo salir del paso y luego se la doy a la protectora de animales para que la subasten por internet.

—Básicamente, sigues siendo la más dulce —le dije.

—Tú eres la salada —sonrió. Pedimos la comida, y me preguntó qué tal iba el trabajo.

—En la llamada te pusiste toda contenta con lo del ascenso, pero quiero saber cómo estás de verdad.

—Anoche me metí de cabeza en una tarrina de helado de toffee con frambuesa. Me la comí hasta el fondo como si me pagaran por ello —confesé.

—¿Al menos estaba bueno?

—Estaba increíble. Lo hace una heladería artesanal de San Francisco, de producción limitada.

—Suena genial. Vamos a comprar más para esta noche.

—Me quedan uno de caramelo y uno de chocolate si quieres probarlo.

—Joder, de verdad te convenció la marca si te compraste tres sabores de golpe —dijo, cucharada de sopa en mano.

—No, fue un regalo. Me llegaron flores, vino y cosas así de gente que trabaja para el equipo. El helado era el único, eso sí.

—Un helado es un regalazo. Seguro que quiero probar el de caramelo. Así que cuéntame por qué te lanzaste al helado.

—Miedo.

—¿De qué?

—De decepcionarme a mí misma. De fallarle a papá.

—¿De verdad crees que eso va a pasar? Llevas preparándote para este trabajo desde antes de llevar aparato. Si necesitas que te suba la moral, aquí me tienes. Terminaste la carrera un semestre antes de tiempo por tu ética de trabajo de loca. El año pasado pillaste aquel error en el itinerario que habría mandado a la mitad del equipo a un hotel diferente. Lo arreglaste y no dijiste ni mu. Él me lo contó. Aparte de estar más que cualificada, trabajaste con Douglas sin clavarle un bolígrafo en la yugular.

—Eso es muy específico. ¿Qué te pasa con Doug? O sea, es un imbécil, pero no sabía que quisieras apuñalarlo.

—No es tanto que quiera como que creo que va a seguir así hasta que se lo merezca. Cada vez que os visitaba a ti y a papá estos últimos años, siempre andaba por ahí contando algún chiste machista o escuchando nuestras conversaciones o siendo un baboso en general. Dime que lo vas a echar.

—Kali, no voy a entrar como un elefante en una cacharrería haciendo cambios radicales. Dame un par de semanas para coger el ritmo. Lo mantendré como asistente si es capaz de respetar mi autoridad.

—Creo que ya sabemos el giro argumental de esa historia. Ni de coña va a acatar órdenes de una mujer, y menos de una más joven. Da igual que seas brillante, capaz y valgas por quinientos como él. Vamos, apuesto a que a él nadie le mandó helado. Espera… no lo mandó él, ¿no? No comas ni bebas nada que te dé.

—Esto no es una película del mediodía de Antena 3 —me reí—, no es un tío en una furgoneta ofreciéndome caramelos con cuchillas dentro.

—No me extrañaría de él. Quería ese puesto. Sabiendo a lo que te enfrentas en el club de los machotes, creo que no deberías tenerlo cerca. Es un rastrero y librarte de él sienta un precedente. Si no acatas mis normas, a la calle.

—Eso suena como si fuera a contratar a un sicario.

—Es una técnica de gestión como cualquier otra —dijo con sorna.

—Podría ser efectiva.

—Sabes que puedes con esto, ¿verdad? —dijo, poniéndose seria. Asentí.

—Puedo con esto de sobra. Tengo la intención de ser directora de operaciones durante mucho tiempo. Quiero empezar con buen pie con el personal administrativo, y eso significa llevarse bien con todos, incluido Doug. Voy a ir introduciendo mis ideas y mejoras poco a poco. No quiero que la gente entre en pánico y dimita ni nada por el estilo. Un cambio de dirección después de tanto tiempo puede desestabilizar la cultura corporativa. Necesitan saber que pueden acudir a mí para hablar de sus preocupaciones y sugerir formas de mejorar cómo se hacen las cosas. Quiero un campeonato de la NBA, y si tengo que coger de la mano a esta gente y cantar «All You Need is Love», lo haré.

—Te he oído hacer karaoke. Tu forma de cantar no va a unir a nadie, y mucho menos a ganarte un campeonato.

—¿Solo porque no pude dar una nota como Lady Gaga? ¡Estaba BORRACHA cuando estuvimos en Berlín, Kal! —dije, partiéndome de risa.

—Bueno, lo tuyo con el karaoke trascendió la barrera del idioma. Aquel tío te tiró su bratwurst.

—¿Segura de que eso no es un piropo? Quiero decir, los alemanes están muy orgullosos de sus salchichas —solté una risita.

—Sabía que ibas a convertir eso en un chiste de pollas. Lo sabía.

—¿Quién ha dicho nada de pollas? Yo estaba hablando de bratwurst —dije con cara de inocente. Intentó dar un sorbo de agua pero se rio otra vez y resopló.

—¡Te he echado muchísimo de menos! —dijo—. Estaré por aquí un tiempo antes de mi próximo trabajo el cinco. Si me necesitas, me llamas. Iré a rescatarte. Llevaré chardonnay y helado de fresa.

—Desde luego sabes cómo llegar a mi corazón —dije, sonriéndole—. Pero creo que tengo las cosas bajo control. A menos que Doug decida pasarse completamente al lado oscuro. En cuyo caso simplemente le rescindo el contrato con el equipo.

—Confío totalmente en tu criterio, y sé que estás más que preparada para asumir esto. Estoy muy orgullosa de ti, y haré lo que pueda para echarte una mano.

—Gracias, hermanita, eso significa mucho.

Kali levantó la mano, llamó al camarero y pidió una botella de espumoso.

Descorchamos el champán, y ella levantó su copa:

—¡Por la primera mujer directora de operaciones de los LA Clippers. Larga vida a su reinado! —Choqué mi copa con la suya, sintiéndome como si por fin pudiera celebrarlo.

Me sonó el móvil, lo miré, y puse los ojos en blanco.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Douglas —dije—. Hablando del rey de Roma. Lleva pegado a mí como una lapa desde el anuncio.

—No me sorprende. Si no puedes ser el poder, tienes que tener la oreja del poder. Creo que eso sería más fácil si no fuera tan cucaracha y no te diera tanto la paliza.

Puse los ojos en blanco otra vez.

—Bueno, la cucaracha puede quedarse en el equipo si respeta mi autoridad.

—Yo sugeriría un matamoscas.

—O un zapato. Uno grande —bromeé, y terminé mi champán.

CAPÍTULO 4

JAMES

—Solo serán unos minutos más. Su reunión se ha alargado —prometió la secretaria en la antesala del despacho de Kristyn Chase. Asentí.

—No hay problema —dije.

Me acomodé en una silla y empecé a pasar pantalla en el móvil. Después de borrar algunos boletines y correo basura, dejé que la curiosidad me pudiera y busqué a la protagonista del momento. La nueva directora de operaciones en persona.

Llevaba cuatro años con el equipo, pero mis tratos habían sido con su padre. La había visto por ahí, normalmente con él, pero nunca habíamos hablado directamente. Las raras ocasiones en que había tratado con Roland habían sido, por lo general, cuando algún jugador tenía que pasar por el quirófano. Así que todo lo que sabía de Kristyn Chase era que era la hija del propietario y que era preciosa. Resultó que era mucho más de lo que había imaginado.

Un par de minutos en internet y supe que era impresionante de narices. Su título en Administración de Empresas con honores por Stanford, sus prácticas con el gigante de los esports TSM y una prestigiosa pasantía de verano en Nueva York en Deloitte. Su experiencia no se limitaba a la franquicia deportiva en la que se había criado. Su formación y su currículum eran completos, y su

conjunto de habilidades abarcaba ventas y recursos humanos además de marketing y logística. En otras palabras, sabía lo que se hacía y no era descabellado que yo me quedara sin trabajo pronto.

Sus redes sociales estaban configuradas como privadas, pero el puñado de fotos de eventos del sector que había por internet la mostraban con gente joven y diversa, y su labor comunitaria era más de base que de galas benéficas con vestidos de diseño. Había algunas fotos suyas ayudando a un adolescente a preparar un currículum y unas cuantas más en una especie de actividad de mentoría empresarial para chavales de barrios desfavorecidos que parecía un cruce entre campamento de verano y lucha a muerte. Llevaba equipo de paintball y parecía estar explicándoles el mecanismo de disparo a niños de doce años.

Yo nunca había hecho paintball de adulto, ni ningún otro supuesto hobby que pudiera acabar con la pérdida de un ojo. Tampoco pasaba tiempo con adolescentes que, según recordaba de cuando fui uno, eran bastante insoportables. Así que o era paciente o tenía una alta tolerancia a las actitudes de mierda. Hablando de lo cual, aunque no le había dedicado mucho pensamiento durante mi tiempo con el equipo, sí recordaba al asistente de Roland como un cretino detestable al que prefería evitar. Tenía bastante experiencia con egos —al fin y al cabo, trabajaba con atletas profesionales—. Pero aquel tío estaba en otra dimensión. Me pregunté si la niña dorada de la familia Chase lo iba a despedir y me descubrí a mí mismo deseando que sí.

Yo sabía rodearme de buena gente. Mis enfermeras, mi transcriptora y mi secretaria eran todos gente de fiar, personas a las que sabía que podía llamar en cualquier momento para ayudar al equipo y aportar su experiencia sin drama. No podía decir lo mismo del pelota de Roland, el tipo que no era tanto su mano derecha como un percebe al que había acabado dando uso. No me imaginaba a una directora con su tipo de formación sin ser capaz de reconocer a ese tío por lo que era: un oportunista dispuesto a cambiar de chaqueta si le convenía.

Cuando la puerta del despacho por fin se abrió, reconocí al asistente de inmediato, con cara de pocos amigos mientras salía con

aire molesto. Kristyn Chase estaba en el umbral despidiéndolo con una sonrisa. Me hizo un gesto para que pasara.

Me sentí clavado en la silla, con el móvil inútilmente ocupándome una mano. No era solo guapa, algo que cualquiera podía observar de pasada como yo había hecho en las reuniones del equipo. Las fotos de internet no le hacían justicia. En parte porque casi siempre estaba concentrada en alguna actividad cuando la fotografiaban, no posando para salir lo mejor posible. Si eso no era lo mejor de ella, perdería el conocimiento si llegaba a verla así.

Me controlé y me puse de pie. Se movía con seguridad, deslizándose por la antesala para ofrecerme la mano. Su palma era suave, pequeña y cálida contra la mía. Tenía la piel sedosa y la oleada de calor que me recorrió al tocarla fue una locura. El deseo me azotó con fuerza y luché por contenerlo. Tenía que parecer tranquilo, sereno y preparado para negociar.

La seguí al despacho y tomé asiento, esforzándome por disimular el hecho de que me había empalmado al instante. No era un hombre incapaz de controlar sus impulsos ni que tuviera problemas para trabajar con mujeres o bajo sus órdenes. Mi cerebro estaba cortocircuitando en tiempo real. Quizá su perfume o sus feromonas o el hecho de que estaba acostumbrado a trabajar casi exclusivamente con hombres de dos metros y no con rubias curvilíneas, feroces y preciosas… algo me había hecho perder completamente la cabeza y quedarme mirándola embobado. Me aclaré la garganta, deseando haber aceptado el agua que me había ofrecido al principio.

—Disculpe. Tenía algo preparado que me gustaría decir —dije con incomodidad—. Soy James Lippert, el médico del equipo.

—Conozco su trabajo, por supuesto, Dr. Lippert —dijo ella.

—Por supuesto. No pretendía insinuar que usted no estuviera al tanto de cada aspecto de…

—Está nervioso —dijo con una sonrisa pícara.

—La verdad es que me ha ido muy bien con el equipo y creo que he aportado mucho. Sé que mi contrato vence en los próximos seis meses.

Asintió.

—No tiene nada de qué preocuparse, Dr. Lippert. Sé que su servicio al equipo ha sido incalculable. Su insistencia en una práctica semanal de yoga con los jugadores ha reducido tanto las lesiones por sobrecarga como los conflictos internos del equipo. Nuestras cifras anuales de accidentes y lesiones han bajado de forma constante en comparación con las de su predecesor. En lo que a mí respecta, siga como hasta ahora. Estoy satisfecha con su rendimiento.

¿Por qué esa frase tocó algo profundo en mí, despertó la sensación de que quería que estuviera completamente satisfecha, absoluta, deliciosamente…? ¡Joder, era idiota!

—Gracias —dije, contento con cómo estaba yendo la conversación hasta el momento.

—Su compromiso con las medidas preventivas, el aumento de la flexibilidad de los jugadores y la mejora de los tiempos de recuperación, es algo que quiero conservar como parte del equipo. Su enfoque y sus procesos, incluyendo la integración de trabajo de fisioterapia para apoyar hasta las distensiones más leves, han mantenido a nuestros chicos fuera de la lista de lesionados y fuera del banquillo en gran medida. Cuida bien de mis chicos. Quiero que siga haciéndolo. De hecho, estoy dispuesta a ofrecerle hoy mismo una extensión de contrato por cinco años, si le parece bien.

¿Cinco años? Yo había esperado uno, una oportunidad de demostrarle mi valía. No esperaba cumplidos, una evaluación reflexiva de mis innovaciones y una oferta generosa.

—Con un aumento anual del ocho por ciento a partir de la fecha de la firma. Si, como he dicho, le parece bien.

—Eso es más que generoso —respondí.

Me entregó el contrato y lo hojeé. Vi un aumento significativo en mi salario base y los aumentos del ocho por ciento eran además de eso. Levanté la vista hacia ella, y me sostuvo la mirada con una sonrisa. Intenté no mostrar mi sorpresa, pero hasta el momento había estado tan abrumado por la reunión con ella que apenas había logrado hilvanar dos o tres palabras en una frase coherente. Intenté disimular mi asombro.

—No esperaba recibir una oferta así hoy —dije.

—Puede hacer que su abogado lo revise tranquilamente. No hay ninguna presión para firmarlo hoy —dijo.

De nuevo, me sentí en desventaja. Ella había conducido toda la conversación desde el momento en que abrió la puerta del despacho para dejarme entrar. Su aplomo y su elegancia, su forma directa de tratar conmigo era desarmente y agradable y, sinceramente, increíblemente excitante.

—Le daré una respuesta esta semana. Estoy a gusto aquí con los Clippers. Me alegra poder continuar. No traté mucho con su padre, pero espero que esté bien. Dele recuerdos de mi parte.

—Siendo sincera, si estuviera bien, este seguiría siendo su despacho —dijo, apoyándose contra el escritorio.

—Es mucho que asimilar, me imagino. Conseguir el puesto en estas circunstancias.

—La gente se jubila todo el tiempo —dijo, intentando quitarle hierro al asunto—. Algunos en circunstancias más felices, seguro. Agradezco la oportunidad de ser la guardiana de la organización que él ha dedicado tantos años a construir.

—Reducir su carga de trabajo y su estrés seguramente será beneficioso para su salud —dije—. Hablando como médico —añadí.

—Por favor, no lo haga —me interrumpió, pero no con brusquedad. Solo con premura, como si no soportara hablar de ello —. Lo siento. Sé que intenta ser alentador. Se lo agradezco. Solo preferiría evitar hablar de la salud de mi padre cuando estoy en el trabajo.

—No pretendía entrometerme. Disculpe —dije. No había querido ofenderla, pero había metido la pata—. Quizá era mejor cuando no podía hablar con ella sin tartamudear.

—No, está bien —dijo.

—¿Debería mandar más helado directamente? —pregunté, intentando aligerar el ambiente—. Quizá tengan un surtido de disculpas. «Siento haber traspasado sus límites, tome un poco de crunch de cereza y almendra».

—Dios mío.

—¿Qué? —No creía que el chiste fuera tan malo, pero la mujer parecía estupefacta.

—Fue usted el que mandó el helado. No venía con nota. No tenía ni idea de a quién darle las gracias. Estaba increíble. Mi hermana y yo nos comimos la tarrina entera de caramelo salado de una sentada mientras veíamos Prácticamente magia.

De repente estaba efervescente y sonriente. Sentí una especie de latigazo cervical por el cambio de vibra tan rápido, pero me lo quedaba. Especialmente cuando tenía una energía tan contagiosa. Podía sentir su entusiasmo.

—Nunca lo he probado yo mismo. Me alegro de que le gustara.

—Me encantó. Ya he pedido más —confesó con una sonrisa pícara—. Tiene que probarlo. A menos que sea vegano o algo.

—No, soy carnívoro. Y como helado siempre que tengo ocasión.

—Bien saberlo —dijo, con la mirada demorándose en la mía un instante más de lo que sería profesional. Me aclaré la garganta y me levanté.

—Gracias por el contrato.

—¡Gracias por el helado! —dijo.

Salí del despacho y me descubrí a mí mismo con una sonrisa de oreja a oreja. Kristyn Chase era inteligente, singular, divertísima y demasiado atractiva para poder con ella. Habría firmado un contrato que me vinculara al equipo por el resto de mis días si tuviera la garantía de que ella iba a ser mi jefa.

CAPÍTULO 5

KRISTYN

KRISTYN

Tenía un único objetivo. Sacar al Dr. James Lippert de mi despacho. ¡YA!

Su función en la organización era mantener a los jugadores sanos y libres de lesiones, y asegurarse de que siguieran los pasos necesarios para recuperarse del todo cuando se lesionaban. Había repasado las estadísticas de la última década y sabía que el buen doctor había inaugurado una era de mayor seguridad, menos lesiones dentro y fuera de la pista, y sustancialmente menos días en los que los jugadores quedaban fuera de juego por problemas médicos.

Sus métodos eran proactivos y sensatos, y había construido una relación con los jugadores. Le hacían caso, asumían menos riesgos, hacían sus ejercicios de rehabilitación y, en definitiva, estaban más sanos en general gracias a él. Era inteligente atarlo por unos cuantos años antes de que otra franquicia decidiera seducirlo con más dinero y ventajas adicionales. «Como un equipo que ganase campeonatos», pensé con amargura.

Le había dicho a mi padre lo que pretendía ofrecerle y aceptó al instante que era justo y una jugada inteligente intentar retener al

Dr. Lippert en plantilla. También servía para tranquilizar al resto de empleados de que valoraba sus contribuciones y no buscaba hacer limpieza y revolucionarlo todo solo para demostrar que no era mi padre. Confiaba en su criterio y, más aún, tenía fe en los números, en los datos que presentaban una imagen clara de un médico entregado y competente que cuidaba bien de mis jugadores.

Cuando le dije a mi secretaria que aceptase una reunión, pensé que podría renovarle el contrato y tachar ese asunto de mi lista. En ningún punto de esa lista había escrito: ¡Sentirte peligrosamente afectada por el endemoniadamente guapo médico del equipo e intentar resistir el impulso de preguntarle si quiere jugar a los médicos contigo! No podía mantener la cabeza en el tema cuando no paraba de apretar los muslos e imponerme a mí misma que estaba aquí para hacer el mejor trabajo posible dirigiendo las operaciones diarias de una franquicia deportiva.

Eso significaba que no podía flirtear con un empleado ni recrearme en ningún tipo de fantasía que lo incluyera a él comiéndomelo encima de mi escritorio. Sentí la prueba resbaladiza de mi deseo a los cinco minutos de darle la bienvenida a mi despacho. La piel se me encendió y el corazón me latía desbocado. Esperaba que no se diera cuenta, o que lo achacara a nervios o preocupación por mi padre o lo que fuera, cualquier cosa menos el hecho de que estaba empapada por él. Que estar en un despacho y hablar de contratos de forma superficial con él me ponía mojada y necesitada.

Que nada me habría hecho más feliz en ese momento que echar el cerrojo de la puerta de mi despacho y pasar a negociaciones privadas con el buen doctor. Era prácticamente una jefa depredadora, con todo el cuerpo revolucionado mientras me recordaba en términos muy claros que no podía tenerlo. Formaba parte del trabajo. Nunca me había sentido tentada ni a considerar a un jugador, un entrenador, un jefe de departamento ni a nadie. Cero atracción. Menos que cero, incluso. Ahora que había subido en el escalafón, quiso la suerte que el único hombre con el que había pasado de cero a cien a primera vista resultara ser mi subordinado.

Un hombre sobre el que tenía poder para evaluar, retener o despedir. Podría haberme tenido allí mismo, sin preliminares.

Era vergonzoso, y tenía que controlarme. Entonces empezamos a bromear, y fue tan divertido y natural, y eso lo hizo aún peor. Sentir esa conexión con él en un abrir y cerrar de ojos, y la atracción física además. Era imposible. Solo me dije a mí misma que me aliviara cuando se fuera de mi despacho y pudiera volver a mi papeleo.

Me desplacé por la hoja de cálculo en la que había estado trabajando. Había recopilado datos sobre todos los subordinados directos que supervisaba, con la antigüedad en el equipo, las puntuaciones de las evaluaciones anuales, las contribuciones específicas al ambiente y funcionamiento del equipo en relación con el coste de emplearlos. Mi padre había tenido un éxito increíble con este personal, y yo no tenía prisa por cambiar de rumbo. Aun así, habría gente que no aceptaría a una jefa. Iban a tener una conversación incómoda pero honesta conmigo. Sabía que no había sitio en mi plantilla para nadie que no pudiera respetarme. Merecía la pena intentar trabajar con los empleados veteranos en lugar de ir contra ellos.

Cuando Connie, mi secretaria, a la que conocía de toda la vida, llamó a mi despacho, le dije que pasara. Me preguntó qué tal estaba, y luego me dijo que mi padre le había mandado dos mensajes para saber de mí y le había hecho jurar que guardaría el secreto.

—Lo estás haciendo genial —dijo con tono alentador.

—Gracias. ¿Qué tal Allison? —pregunté por su hija.

—Le encanta Derecho. Está convencida de que es lo que quiere hacer con su vida, eso me dijo por teléfono el domingo pasado. Gracias por preguntar. ¿Cómo te estás adaptando?

—No va mal. Seguro que habrá algún que otro tropiezo mientras limamos asperezas.

—Kris, te conozco desde que tenías seis años, y además de haber sobrevivido décadas trabajando para tu padre, adoraba a tu querida madre. Voy a hacer lo que pueda para facilitarte el trabajo. Cuentas conmigo.

Me reí, pero también asentí.

—No te imaginas cuánto me tranquiliza saber que estás de mi lado. Conozco a la mayoría de la gente que trabaja aquí, pero el caso es que sé que puedo confiar en ti. Eso para mí lo es todo.

—Entonces, ¿qué pasa con Douglas? —preguntó.

—¿Qué pasa con él? —repetí.

—¿De verdad crees que puedes ganártelo?

—No voy a ganármelo. No tiene que caerle bien, Connie. Solo tiene que seguir instrucciones.

—Probablemente va a tener que irse, Kris. No intento desanimarte, pero… lo vi salir echando humo antes, murmurando entre dientes.

—Bueno, si quiere hacer de esto un problema, estaré encantada de enseñarle la puerta.

CAPÍTULO 6

JAMES

El bar de martinis era mi favorito. Elegante, todo luces tenues y sofisticación, R&B fluyendo desde los altavoces de primera a un volumen que aún permitía conversar. Cuando empecé con el equipo, me invitaron a un evento VIP allí. Uno de los principales inversores era fan de los Clippers, y esa fue mi entrada a un local de copas muy exclusivo. De vez en cuando iba para desconectar y ponerme al día con Ford cuando podía. Era el único de nuestros amigos, aparte de mí, que apreciaba de verdad un buen martini. No el rollo retro de los bares de martinis que surgieron en la era de *Mad Men*, sino la bebida en sí. Como un rayo directo al cerebro, un golpe que también te purificaba.

Di un sorbo lento y suspiré.

—Dios, qué bueno está —dije.

Ford asintió con aprobación.

—Holly me dijo que estuviste en el despacho ayer.

—Sí, la nueva jefa me ofreció un contrato de cinco años. Le pedí a tu mujer que le echara un vistazo. Le dio el visto bueno, dice que es un trato genial. Doce mil por encima de mi salario base actual más una subida anual.

Ford silbó bajito.

—Joder, ahora cobras más que yo. Pues brindemos. Por un sólido plan quinquenal.

Bebimos por mi nuevo contrato, y le hablé de Kristyn Chase.

—Creció rodeada del equipo, y su currículum es impresionante.

—Parece que encaja bien en el puesto. Pero ¿por qué me cuentas todo esto? ¿Solo para tranquilizarme de que tu nueva jefa mola? —enarcó las cejas.

—Es preciosa. Y joven. He tenido una reunión con ella. Eso es todo. Unos veinte minutos de su tiempo.

—¿Cuántos días llevas y ya estás hecho un lío? —preguntó con sorna.

—Tres. Dejé el contrato en su oficina. La secretaria me dijo que podía pasar a hablar con ella, pero simplemente dejé el documento firmado. No me pareció buena idea verla sin motivo. Podría ser una distracción para mí.

—Tú, amigo mío, necesitas una distracción.

—No, gracias.

—Ya, ¿cuándo fue la última vez que te distrajiste?

—Tengo oportunidades de sobra si quiero distraerme —le aseguré, deseando que dejara el tema a pesar de que había sido yo el imbécil que lo había sacado.

—No estoy hablando de sexo. Estoy hablando de estar con alguien.

—Mira, me alegro muchísimo de que encontraras a alguien con quien sentar cabeza y seas feliz. Me encanta eso para ti. Pero yo no estoy buscando lo mismo —le dije.

—¿Entonces qué estás buscando?

—No estoy buscando nada —dije—. Estoy con el equipo, viajando y fuera de la ciudad la mitad del año. No hay mujer que aguante eso, que yo esté siempre fuera, y no puedo decir que me apetezca lidiar con el drama de alguien quejándose de que nunca me ve, de que trabajo demasiado. Me encanta lo que hago. No quiero tener que pedir perdón por ello ni sentirme culpable.

—He cambiado de opinión, no necesitas una novia, necesitas un psicólogo.

—No necesito terapia. Sé para qué tengo sitio en mi vida, y soy lo bastante mayor para saber lo que no quiero. Que en este caso es una aventura que vulneraría las condiciones de mi contrato con la franquicia, dado el código de no confraternización incluido en nuestras normativas laborales contra el acoso.

—Es tu jefa. ¿No sería eso bastante excitante?

—Y tú estás casado con una abogada, ¿no deberías saber más? —le solté.

—Si encuentras a una mujer con su propia carrera, no le importará adaptarse a tu horario de trabajo.

—¿Ahora llevas una *app* de citas? ¿Trabajas a comisión para una?

—No, es solo que no me gusta verte solo.

—No estoy solo. Estoy ocupado. Tengo casi cuarenta, tengo la carrera con la que siempre soñé. Un buen sueldo, un piso estupendo, buenos amigos. Viajo mucho por trabajo. Estoy fuera de la ciudad constantemente cuatro, cinco meses al año. Incluso cuando estoy aquí, paso la mayor parte del tiempo trabajando. Echo muchas horas, superviso los casos quirúrgicos de mi equipo y asisto a reuniones. Entreno en el gimnasio de última generación que usan los jugadores, porque para qué voy a pagar una cuota en otro sitio pudiendo entrenar ahí mismo. Así que sí, estoy ocupado.

—Eso es una excusa, desde donde yo lo veo. Sé que trabajas duro y que tu tiempo está lleno. Pero eso no significa que todo lo que haces sea imprescindible. No te pongas a la defensiva: yo también estaba ocupado. Pero haces hueco en tu agenda apretadísima cuando quieres. Seguro que esta noche había cosas que podrías haber hecho en vez de quedar conmigo a tomar algo, pero aquí estamos. Te mereces tener a alguien con quien compartir tu vida, alguien que te conozca de verdad.

—Tú y los chicos me conocéis de sobra.

—¿Quién es tu contacto de emergencia, James? —preguntó.

Obligándome a hacer una pausa y reflexionar, me recordé lo que les decía a mis jugadores. No te cabrees ni te pongas a la defensiva, no busques pelea. No es que fuera a lanzarle un puñetazo a mi mejor amigo, pero estaba listo para soltar la pasta y largarme del bar de martinis por la discusión. Estaba allí porque quería ponerme

al día con mi colega, y sus intenciones eran buenas. Quería lo mejor para mí. Si me molestaba que sacase el hecho de que tenía casi cuarenta y estaba soltero, eso era cosa mía. Asentí.

—Entiendo lo que dices, y sé que lo haces con buena intención. Eres feliz y quieres eso para mí también. Pero lo que yo quiero no tiene la misma pinta. No estoy buscando esposa e hijos. ¿Podemos cambiar de tema? —pedí. Cuando asintió y sugirió que pidiéramos algo de picar, me relajé.

—¿El negocio de medicina privada va bien? —pregunté.

—Sí. Estoy usando una *app* para las comunicaciones con los pacientes y me encanta. Mis enfermeras pueden usarla desde cualquier sitio y responder a las preguntas de los pacientes, y yo puedo usarla para monitorizar resultados de pruebas y esas cosas. Si algún día te pasas a las consultas a domicilio, te la recomiendo.

—Dime que la tienes blindada para que no envíe fotos ni vídeos —dije.

—Tranquilo, es una *app* segura. Solo permite mensajes escritos o dictados por voz, ni archivos de imagen ni nada. No quiero que mis enfermeras tengan que ver un *selfie* del sarpullido de alguien ni quiero instantáneas del ojete blanqueado de nadie. Aprendí la lección sobre confiar demasiado en mis pacientes nuevos, y tengo todo blindado contra cualquier tipo de interacción inapropiada.

—Eso no fue culpa tuya.

—Entré en esa situación con los ojos vendados. No escuché lo que Zachary intentó decirme sobre ella, y acabé con una demanda. Ahora lo sé. Y el lado positivo es que así conocí a Holly.

—¿Me recomiendas la *app* o me recomiendas que me demanden para poder liarme con una abogada buenorra?

—Creía que íbamos a cambiar de tema —dijo, y se puso a contarme de su partida de golf.

—Sigo sin creerme que te dejaran volver al club de campo después de todo el follón —dije.

—Dijiste que no fue culpa mía —se rio.

—Cierto, pero a los esnobs no les gusta que nadie señale con el dedo a los suyos.

—No soy muy fan de los clubs de campo, pero el *networking* que se hace allí es insuperable. Muchos de mis pacientes —los que no presentaron acusaciones falsas contra mí— son socios. Además, la pasta al limón fue uno de los principales antojos de Holly durante el embarazo.

—Venden limones en el supermercado —dije.

—He oído ese rumor yo también, pero nunca los compro. Además, a ella le gustaba la del restaurante. Si hubiera intentado hacerla y me hubiera salido mal… no quieres decepcionar a una mujer embarazada, y menos si está muerta de hambre. Está literalmente gestando a un ser humano entero. Vas y le compras la pasta que quiere, eso es lo que te digo.

Me limité a asentir. Ford estaba tan feliz con su mujer, y la verdad es que, especialmente después de aquella demanda espantosa, no podía alegrarme más por él. Tenía que tener presente que sus consejos sobre tratar con una esposa embarazada no eran más que un recuerdo entrañable para él, una forma de colar menciones de la mujer que amaba en la conversación porque la tenía en la cabeza. Su vida juntos era lo que él quería. Yo simplemente estaba irritable y no quería que nadie me dijera que debía sentar cabeza o buscar a una mujer con quien compartir mi vida. Me sacaba de quicio, y estaba perfectamente como estaba, muchas gracias.

Hablamos un rato más, y entonces le llegó un mensaje de Holly con una foto adorable de su bebé dormido. Me la enseñó, emití los sonidos de admiración apropiados y se marchó, deseando llegar a casa. Cuando volví a mi piso, encendí una lámpara. Por un instante, entendí a qué se refería. Que volvía a un sitio vacío cada noche, y que estaba solo. Pensé que quizá le había mentido a Ford, que quizá la razón por la que me ponía de los nervios que siguiera empujándome hacia una relación era porque sí quería todo lo que él tenía.

Quizá eran celos, no una agenda apretada. Podía cerrar los ojos e imaginar lo que le esperaba a Ford al llegar a casa: luces encendidas, Holly sacando algo de la nevera, levantando la vista y sonriendo cuando él entraba. Había vida esperándolo, gente moviéndose a su alrededor, contenta de verle, de hablar con él, de

oír su voz. Amor y calidez y… joder, parecía una postal cursi de mierda. Mi vida era exactamente como yo la quería. Cualquier pensamiento en sentido contrario podía achacarse a los martinis con el estómago vacío y nada más.

CAPÍTULO 7

KRISTYN

Douglas me miraba con cara de asco, como si yo fuera una prima tremendamente estúpida a la que hubiera accedido a llevar a la feria y que no paraba de perderse. Al menos así me imaginaba yo que me estaba mirando. Quizá era simple antipatía pura y dura. Tampoco podía decir que él fuera mi persona favorita. Pero había elegido muy mal la batalla en la que morir con este programa.

—Es una distracción innecesaria. Hay que tener en cuenta el seguro y las cuestiones de responsabilidad cuando traes a gente externa a la organización y…

—Doug, todo eso ya lo sé. Yo misma participé en un par de programas de prácticas de prestigio y tengo un título universitario. Sé lo que implica, la logística, las consideraciones legales, las medidas de seguridad, ese tipo de cosas. No entiendo por qué crees que tienes que explicarme en qué consiste un programa de prácticas. Es una iniciativa con la que estoy muy comprometida, traer más diversidad al entorno laboral.

—Nadie aquí tiene tiempo para hacer de niñera de un puñado de becarias inútiles que se pasan el día riéndose.

—Mejor. Me fastidiaría pensar que tenemos personal de sobra sin nada que hacer. Sobre todo teniendo en cuenta que el programa de

prácticas proporcionará apoyo a nuestro personal administrativo y de mandos intermedios. Pueden hacer fotocopias y sellar boletines, ayudar a enviar recordatorios sobre la nueva temporada a antiguos abonados y patrocinadores. En esencia, liberarán a parte de nuestro equipo de tareas repetitivas y mecánicas para que puedan dedicarse a esas conversaciones de mentoría tan valiosas para los jóvenes cuando eligen una carrera profesional. Además, nuestra plantilla tiene bastante peso millennial. Un poco de energía Gen Z no nos vendría mal, y una perspectiva fresca siempre es útil. Beneficia tanto a la organización como a las becarias. No veo ningún inconveniente.

Me crucé de brazos. Había intentado pedirle su opinión amablemente, para que sintiera cierta implicación en el proyecto. No funcionó bien, porque se pensó que *de verdad* necesitaba su opinión. Lo que necesitaba era que cerrara la boca y completara las tareas que estaba a punto de asignarle. Decidí mantener mis comunicaciones con él claras y concisas.

—Lo último que necesitamos es un montón de chicas correteando por aquí distrayendo a todo el personal y a los jugadores…

—En primer lugar, no son chicas. Son mujeres. Universitarias interesadas en la gestión deportiva. En segundo lugar —entrecerré los ojos—, si a alguien en esta organización le molesta tener mujeres en el lugar de trabajo, debería repasar la normativa de igualdad de oportunidades y después buscarse otro empleo.

Vi cómo se erizaba visiblemente, como si hubiera interpretado mi afirmación como una amenaza en lugar de una declaración sobre la cultura laboral. No le faltaba razón en esa suposición, y si sabía lo que le convenía, daría un paso atrás.

—Esa clase de actitud es otra razón por la que el que debería estar al mando aquí soy yo, no tú —dijo. El hecho de que lo dijera abiertamente me desconcertó un segundo. Había estado en el subtexto desde el principio, pero que se sintiera lo bastante crecido como para soltarlo en voz alta era bastante agresivo. Para cuando había formulado una respuesta serena, ya había salido por la puerta. No me esperaba una insubordinación flagrante de su parte, y menos

tan pronto después de mi nombramiento. Me senté y abrí una botella de agua.

Connie asomó la cabeza por la puerta.

—¿Todo bien?

—Todo bien —dije—. Tengo algunas decisiones que tomar. Eso es todo.

Asintió, entendiéndolo perfectamente.

—Avísame si necesitas algo.

—Lo haré, gracias —dije. Volvió a la oficina exterior y yo desperté mi portátil.

Abrí el documento donde tenía una lista de motivos para despedir a Douglas. Escribí un relato del intercambio verbal, anoté la hora y la fecha, e imprimí el documento. Mientras me preparaba para lo que iba a decirle al departamento jurídico respecto a la rescisión de su contrato, llamé a mi padre. Sabía que no necesitaba su visto bueno para apretar el gatillo, pero quería hablarlo con él porque fue quien contrató a Douglas y quería explicarle mis razones.

Cogió al primer tono.

—¿Cómo estás? Si tienes tiempo de llamar a tu viejo, es que no tienes mucho entre manos en esa oficina —dijo, con voz enérgica.

—Solo quería comentarte una cosa. Estoy trabajando en un programa para traer becarias universitarias de procedencias diversas, que aprendan cómo funciona trabajar para un equipo deportivo profesional. He hablado con el departamento jurídico, obviamente, y quiero hacer divulgación también en centros de formación profesional, no solo en universidades de cuatro años.

—Suena sólido —dijo—. Sé lo que opinas sobre las mujeres y las minorías en la gestión deportiva, y cómo no se les anima a explorar carreras entre bastidores.

—Exacto. Sabía que lo pillarías al vuelo, pero también sospechaba que Douglas sería un hueso duro de roer con esto. Toda su respuesta fue decir que las chicas serían una distracción para todo el mundo.

—¿Necesito llamar a mi abogado y preparar una fianza para ti? —preguntó con sorna.

—No, no hice ninguna estupidez. De hecho, ni siquiera levanté la voz. Él, sin embargo, tuvo a bien anunciar que debería ser él quien estuviera al mando porque yo soy una mujer. Lo considero una insubordinación flagrante. Le pedí su opinión sobre el proyecto, pero fue más por cortesía que porque necesitara o deseara su aprobación.

—Vale. ¿Quieres que hable con él?

—¿Qué? ¡No! No he llamado para ir con el cuento. He llamado para avisarte de que voy a poner a ese bocazas de patitas en la calle —resoplé, conteniendo una risa.

—No quería decir que fueras a pedirle a tu papi que le echara la bronca, sino si quieres que sea yo quien le dé la noticia, como la persona que lo contrató y lo mantuvo en el puesto a pesar de ciertos indicios de que tenía una actitud resentida hacia ti.

—No. Soy su jefa. Tengo la potestad de ofrecer o rescindir el empleo para ese puesto. Él no respeta mi experiencia ni mi autoridad. Puedes tener la completa seguridad de que sabrá que fui yo quien decidió echarlo. No mi padre. No mi abuelo. Ninguno de mis antepasados varones —dije.

—Eres una rompepelotas —dijo con un suspiro divertido.

—Debería ponérmelo en la matrícula del coche —dije.

—Apoyo tu decisión al cien por cien. Lo de despedir a Douglas, no lo de la matrícula.

—Te agradezco el voto de confianza, y estoy de acuerdo. Sé que es lo correcto. Despedirlo era simplemente algo que estaba intentando evitar —dije.

—Me alegra saber que no te da miedo tomar las decisiones difíciles. Y en cuanto a ese programa de prácticas, me parece excelente, porque ¿quién mejor para ser mentora de mujeres jóvenes que aspiran a triunfar en el mundo empresarial que tú?

Sonreí para mis adentros. El calorcito de esa aprobación no era ninguna broma. Amaba mi carrera, y eso ya era más que suficiente para mí. Saber que mi padre estaba orgulloso de mí y que pensaba que sería una gran mentora… eso era la guinda del pastel. Me permití saborearlo un segundo, simplemente sonriendo.

—Yo tuve la oportunidad de crecer en este negocio y seguirte a todas partes. La mayoría de la gente, y en particular la mayoría de las mujeres, no tiene esa oportunidad. Es lo mínimo que puedo hacer —dije.

—Eso es perfecto para una nota de prensa, cielo. Te enseñé bien.

—Ahí está el padre astuto y cínico que conozco y quiero. Por un momento pensé que te estabas ablandando.

—No me subestimes. Es diálisis, no un trasplante de personalidad —rio entre dientes.

—La verdad es que suenas como si te encontraras mejor.

—Así es. No estoy forzando nada ni nada por el estilo, pero tengo que reconocer que en general hay mejoría. Malditos médicos por tener razón.

—Exacto. ¿Cómo se atreven? —dije, contenta de que volviera a sonar como su yo combativo. Charlamos unos minutos, y cuando colgamos, me sentía aún más decidida a despedir a Douglas. Bajé al departamento jurídico con la copia impresa de mi documento que catalogaba el comportamiento de Douglas desde mi ascenso. No iba a dejar ni un solo resquicio en la documentación de su despido que pudiera permitirle tomar represalias de ningún tipo.

CAPÍTULO 8

JAMES

—Has hecho horas extra con los ejercicios de rehabilitación, y se nota —dije.

—No me quedaba otra. Me dijiste que si quería tener alguna posibilidad de jugar cuando empezara la temporada, tenía que hacer la rehabilitación. Así que la hice. —Jackson sonrió, orgulloso de sí mismo.

—Tu rango de movimiento es bueno, y tu flexibilidad es mejor que antes de la operación. Tengo que decir que tu cirujano fue un genio —dije.

—¿Te estás tirando flores a ti mismo, doc? —bromeó.

—Sí, un poco. Cuando la cirugía ortopédica era lo único que hacía, las rodillas eran mi especialidad. He reparado más roturas de ligamento cruzado anterior de las que puedo contar. Ojalá todos mis pacientes tuvieran tu dedicación con la rehabilitación.

—Bah, ahora todos la tenemos, porque si no, no nos das el alta para jugar —dijo Jackson.

—Incluso los deportistas no siempre se toman los ejercicios en serio, Jackson —dije.

—Es un coñazo, pero luego te sientes mejor. La gente es vaga sin más —dijo con desdén y se rio.

—Por la exploración y tu progreso con la rehabilitación, no tengo ningún problema en darte el alta para el primer partido dentro de tres semanas. Así que puedes empezar a entrenar la semana que viene siempre y cuando sigas con la rehabilitación, hagas los estiramientos extra que te enseñé y uses la rodillera si la necesitas.

—¡Eso es lo que quería oír! —dijo, dándome una palmada en la espalda—. Gracias.

—De nada.

Jackson estaba eufórico con lo de reincorporarse al intensivo campamento de pretemporada que empezaba la semana siguiente.

—¿Te has enterado de que la novia de Alex va a tener un bebé? —preguntó.

—Sí —dije—. Me he enterado. Tenía una cara de susto considerable cuando lo vi. ¿Cómo lo lleva?

—Se pondrá bien. Es que no sabe qué hacer con un bebé en camino. Ya le pondré al día.

—Eso me recuerda que solo me enseñaste una foto. Quiero ver dientes —dije, dándole un codazo en el hombro.

Sacó el móvil y me enseñó una foto de su hijo Louis con una sonrisa desdentada en la que asomaban cuatro dientes.

—¡Cuatro!

—Sí, le salieron los dos de arriba la semana pasada. Fue un infierno. Habría preferido que me operaran otra vez y despertar sin analgésicos a ver cómo lo pasaba. Creí que Darcy iba a perder la cabeza. Louis solo quería a mamá cuando le dolían las encías, y me da igual que le lleve el chupete de fruta congelada, a mí no me quiere. Así que ella pasándose las noches en vela paseándolo por la casa. ¡Pero mira esa sonrisa ahora!

Asentí, escuchando los altibajos de su voz mientras dejaba traslucir la emoción. Lo duro que era ver a su bebé sufrir con la dentición y cómo sentía empatía por su mujer, que no podía soltar al niño, y frustración por no poder echar una mano. Jackson iba a estar bien, pensé. Se había volcado en la rehabilitación y estaba de vuelta en la senda para jugar, y tenía las prioridades claras. Ese bebé, y toda la alegría y el estrés de una familia nueva. Tenía la cabeza bien amueblada. Me alegraba el corazón verlo salir adelante.

Cuando salió de la consulta, oí un alboroto y me acerqué a la puerta para ver qué pasaba. Mis consultas estaban cerca del gimnasio, pero aquello no era el ruido de la música ni de los tíos metiéndose unos con otros mientras el preparador los machacaba. Salí y vi a Don, el encargado del material, de pie junto a uno de los almacenes hablando con Douglas.

—Esta zorra imbécil se cree que puede entrar aquí pavoneándose y cambiar cómo hacemos las cosas, llenar esto de tías haciéndose selfies con sus tops cortitos cuando estamos intentando llevar un negocio —bufó.

Hablando de imbéciles, el hombre estaba montando un espectáculo en el pasillo de su lugar de trabajo. No se había molestado en bajar la voz lo más mínimo, y estaba diciendo barbaridades sobre, si no me equivocaba, Kristyn Chase.

—Siempre ha ido de sobrada porque papá estaba al mando —añadió Don.

—Pues desde que consiguió el despacho grande ha intentado darme órdenes a mí, *a mí*, el tío que le cubría el culo a su padre y mantenía este sitio en pie todo este tiempo. ¡Y ahora estoy despedido! ¡Se cree que puede hacer algo de esto sola! ¡Que mi actitud era un problema! ¡JA! El equipo no sería nada sin mí, y ella se lleva el mérito de mi trabajo. Joder, Don, nunca pensé que vería el día en que este equipo o cualquier equipo fuera tan corto de miras como para dejar que un par de tetas huecas dirigiera el chiringuito.

Ya había oído más que suficiente. Fui hacia ellos con paso decidido y le di un toque en el hombro a Douglas.

—Tío, tienes que largarte de aquí. Lo que estás haciendo es inapropiado, como mínimo. Si crees que eres demasiado bueno para esta organización y eso es lo que piensas de tu jefa, búscate otro trabajo. Pero nadie aquí tiene por qué aguantar tu numerito a gritos.

—¿Tú quién coño eres? Métete en tus asuntos —dijo, fulminándome con la mirada.

—Son mis asuntos cuando estás gritando como un lunático delante de mi consulta y molestando a mis pacientes, a mis enfermeras y al resto del personal. Tienes que irte de aquí antes de

que tenga que venir seguridad a escoltarte. Ya has quedado en ridículo. Para un momento, piensa, sal del edificio y enfríate.

—¿Vas a llamar a seguridad? ¿El médico importante y sobrepagado se está asustando? —se burló, y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no poner los ojos en blanco. Era ridículo. Sabía que me estaba provocando porque esperaba que le soltara un puñetazo. A pesar de la satisfacción que me habría dado partirle la cara, no iba a darle ese gusto y montar una escena mayor y poner a la organización bajo escrutinio por peleas entre el personal. Alguien tenía que mantener la cabeza fría y desde luego no iba a ser este payaso.

—Hazte un favor a ti mismo y a tu carrera, date un paseo —dije, dejando que algo de mi desprecio se notara en la voz—. Y no vuelvas a mencionarla.

—Lo que tú digas. Ya estoy harto de tus gilipolleces de superioridad moral sobre lo que es apropiado, como si esto fuera una merienda con la reina ahora que una puta manda aquí —soltó una risa desagradable a la que su colega Don se sumó—. Me voy. Pero si la Krissy Chase piensa que esto no le va a salir caro, es más tonta de lo que parece.

Lo vi marcharse y mandé un mensaje al jefe de seguridad para avisarle y asegurarme de que Douglas abandonaba el edificio. Después de que Don se fuera, cogí el ascensor y subí a la planta de dirección. No quería ir con cuentos, pero aquello era una falta grave y una posible amenaza verbal. Presentaría un informe a Recursos Humanos antes de irme del trabajo, pero no podía quitarme de encima el impulso de contarle a Kristyn lo que estaba pasando. Cuando llegué a su antesala, le pregunté a Connie si la jefa tenía un minuto. Llamó y me dijo que pasara directamente.

Kristyn estaba trabajando con su portátil cuando entré. Levantó la vista y me hizo un gesto con la cabeza.

—¿Qué puedo hacer por usted, Dr. Lippert? —preguntó.

—Acabo de tener un encontronazo con Douglas Hartford junto al almacén de material. Presentaré un informe a Recursos Humanos y todo eso, pero quería avisarla.

—Ha sido despedido. Me imagino que ahora mismo no estará muy contento. Siento que le haya molestado.

—No he venido a quejarme de él. Estaba despotricando a gritos sobre que el equipo no sería nada sin él, y dejó claro que no tiene mucho respeto por usted ni por ninguna mujer en un puesto de autoridad.

—Me lo imagino —dijo con una mueca sombría—. Puedo hacer que seguridad lo acompañe a la salida.

—Ya le he avisado a Leo de que tenía que irse del edificio. A estas alturas ya debería haberse marchado hace rato, pero estaba montándola como si le guardara un buen rencor. Diciendo que le hará pagar por haberlo despedido.

—Entiendo.

—Le interrumpí y le dije que se fuera.

—Gracias —dijo.

—Tampoco he venido a que me dé las gracias —dije, sin saber muy bien cómo decirle que me repugnaba cómo había hablado de ella, sobre todo porque no tenía intención de repetir nada de lo que había dicho.

—Agradezco que me lo haya contado. No estoy demasiado preocupada. Me aseguré de que su despido fuera completamente impecable. No tiene ningún recurso legal. Hay documentación de sobra en su expediente sobre su insubordinación y su misoginia. En realidad no puede hacerme nada. Si quiere ir contándole a todo el mundo lo zorra despiadada que soy, no voy a perder el sueño. A estas alturas tengo la piel bastante dura.

Me metí las manos en los bolsillos, pensando una vez más en lo impresionado que estaba con ella. Tenía el control, segura de sí misma y preparada para afrontar lo que este trabajo le echara encima. No eran solo la coleta rubia impecable o esos labios rojos preciosos. Era formidable, una tía con un par de narices.

—De acuerdo —dije—, la dejo seguir trabajando. Gracias por sacar tiempo para atenderme.

—Gracias por pasarse —dijo con una sonrisa, y ya estaba tecleando en su portátil antes de que yo saliera de la habitación.

Estaba completamente imperturbable ante el drama con un exempleado despechado, y obviamente no se quedaba convertida en una idiota balbuciente por la atracción como me pasaba a mí cada vez que la tenía cerca. Eso era bueno, me recordé. Jamás podría involucrarme con una compañera de trabajo según mi contrato, así que más valía que la deslumbrante nueva directora de operaciones no sintiera la misma atracción magnética hacia mí que yo sentía hacia ella.

CAPÍTULO 9

KRISTYN

Me quité los tacones en cuanto crucé la puerta. Después fui descalza hasta la nevera y abrí una botella de blanco. Había sido un día de los que hacen época. Mientras me servía una copa, sonó el móvil. Miré la pantalla y vi que era Kali.

—Ey, ¿qué tal? —pregunté.

—Bien. Con *jet lag*. Siento haber tenido que salir corriendo así. Te dejé un bol de cereales y verduras en la nevera para que no te bebas una copa de vino y te quedes dormida a las ocho y media.

—Me conoces demasiado bien. Bueno, ¿qué tal España?

—Ni idea. Llevo trabajando desde una hora después de aterrizar. Cuando la chica que tenían contratada tuvo que cancelar porque tiene mononucleosis, vine lo más rápido que pude, pero van retrasados por ese parón. Tenemos que hacer todas las fotos posibles para que no tengan que quedarse más días extra en el país. Ya iban dos días por detrás del calendario porque yo estaba en la Costa Oeste cuando llamó mi agente.

—Espero que descanses un poco y hagas algo de turismo. Tómate una copa de cava por mí.

—Ahora mismo lo que me pide el cuerpo es un churro. Que les den a las tapas, directa a lo bueno —dijo. Sonaba agotada.

—Adelante.

—Tú también suenas bastante estresada. ¿Qué pasa?

—He despedido a Douglas hoy. No ha sido una decisión muy popular. Un par de empleados han protestado, lo que me hace pensar que quizá tenga que hacer más limpieza de la que había planeado. Pero si no se adaptan a la nueva dirección, es lo que hay —dije con cansancio. Había esperado apoyo unánime y quizá algo de confeti al echar al cabrón, pero por lo visto tenía sus aliados.

—Es lo mejor —dijo—. Papá tuvo mucho éxito allí porque… bueno, porque gobernaba con puño de hierro. El ego de ese hombre no toleraba que nadie cuestionara su autoridad o pusiera en duda sus ideas.

—Yo no quiero lo del puño de hierro. Quiero una cultura de trabajo colaborativa, pero eso implica una colaboración respetuosa y una deferencia hacia mi decisión final. Si no cooperan, tienen que irse. No busco hacer grandes cambios, pero hay un par de áreas donde veo que podríamos mejorar la eficiencia. Y voy a poner en marcha un programa de mentoría para mujeres jóvenes y minorías interesadas en la parte empresarial del deporte profesional.

—Eso suena increíble. Pero claro, *tú* eres increíble. Deberías darte un capricho.

—Me voy a comer el bol de cereales en unos minutos, ¿eso no cuenta como capricho? —bromeé.

—Te va a encantar. Me suplicarás la receta.

—Pues ahí lo tienes. Ya me estoy dando un capricho.

—¿Cuándo fue la última vez que echaste un polvo, Kris?

—¿Qué? Ha pasado un tiempo, ¿vale? Estoy demasiado ocupada para eso ahora mismo.

—No te descuides. Es lo único que digo —dijo, y colgó.

No hay nada como que tu hermana pequeña te llame desde una localización europea glamurosa para decirte que necesitas mojar porque estás tensa, pensé con sorna mientras miraba el bol de cereales y lo olisqueaba con suspicacia. Decidí darme un baño primero y luego enfrentarme a la comida sana.

Mientras intentaba relajar la tensión de los hombros tras el largo día, pensé en lo que había dicho Kali. Hacía demasiado tiempo que no salía con nadie, y mucho menos que amanecía con alguien. *Sí*

que me había estado descuidando. Uno de los riesgos de ser mujer en una carrera dominada por hombres era perder el contacto con parte de mi feminidad. Por muchas faldas y tacones que llevara, seguía peleando por espacio y autoridad en un campo donde las voces de los hombres intentaban ahogarme cada vez que abría la boca.

Mi determinación de llevar pintalabios y tacones y no ceder a la vestimenta masculina no se extendía a acordarme de cuidarme como mujer: no tenía tiempo para *brunchs* ni escapadas con amigas ni salir antes del trabajo para ver la última comedia romántica. Estaba absorta en mi trabajo y mi padre era mi mejor amigo. Había mucho por lo que estar agradecida, más de lo que la mayoría tiene jamás. Pero había, como Kali había visto, soledad y dejadez también. Esa era mi hermana pequeña en estado puro, leyéndome como un titular cuando yo creía ser tan lista con mi fachada.

Sumergí la cabeza bajo el agua un momento y me eché el pelo hacia atrás. La semana que viene tocaría retocarme las raíces otra vez. Tendría que mirar el calendario del móvil para ver cuándo podía encajarlo. Sentía que debería hacerlo en secreto, bajar a un sótano o algo con una caja clandestina de tinte, porque era la prueba de mi vanidad: ese rubio mantecoso que adoraba y que se fue oscureciendo al crecer, que aclaré por primera vez con la ayuda de mi madre en el fregadero de la cocina y me encantó.

Mi pelo era mío y no debería ser una declaración de nada. Era brillante y luminoso, pero lo llevaba recogido tirante hacia atrás, apartado, lejos de la cara, contenido. El cuero cabelludo se me relajaba con el pelo suelto, flotando a mi alrededor en el agua caliente. Cerré los ojos y volví a pensar en lo que Kali había dicho, en cuidarme más. Tenía que hacerlo mejor. Si lo convertía en un objetivo, lo bordaría. Así era yo: una mujer que perseguía sus metas y las apuntaba en una lista, disfrutando de garabatear *hecho* junto a cada una en la pizarra cuando la cumplía.

No creía poder escribir «dejar de descuidarme» en la pizarra de mi despacho en casa sin que se me descompusiera la cara. Haría una lista entonces. Teñirme el pelo. Hacerme la manicura de gel en

color, no transparente. Leer un libro que no sea de deporte ni de negocios. Dar un paseo, dejar el móvil en casa. Tener una cita.

Tener una cita era un eufemismo. Odiaba las citas. No era que creyera que todos los hombres fueran iguales. Había elegido un trabajo donde estaba rodeada de agua por todas partes, pero sin poder beber una gota. Estaba rodeada de hombres todo el día, competitividad constante y testosterona de la mañana a la noche. Era lo contrario de excitante, y no iba a mezclar trabajo con placer. «En un congreso», me decía cada vez, «quizá cuando vaya a un congreso, conoceré a un hombre y tendré una aventura». No importaba que solo hubiera ido a uno en tres años. Todas las demás veces había tenido que cancelar por la salud de mi padre o algún imprevisto del trabajo, así que necesitaba quedarme en la ciudad.

Obligándome a salir de la autocompasión, pensé en las tres últimas cosas que me habían hecho feliz. Una fue volver a ver a Kali después de que llevara fuera una eternidad. Otra fue comerme aquel helado fabuloso con ella y reírnos con las películas que vimos. La tercera me pilló por sorpresa. El buen doctor en persona. James Lippert, el médico del equipo con el que nunca había hablado hasta que me ascendieron. Solo lo había visto dos veces, pero algo en él… La consideración con la que me contó que Douglas se estaba desmoronando en público y hablando mal de mí. La forma en que intentaba contenerse cuando era evidente que estaba hecho de un instinto protector arrollador. Esa reserva intencionada, la forma en que intentaba no ser avasallador cuando estaba claramente cabreado porque alguien estaba poniéndome a parir… era excitante. Igual que cuando vino a mi despacho a hablar de su contrato y me lo imaginé subiéndome el vestido y follándome hasta dejarme sin sentido.

Mi cuerpo se contrajo con el recuerdo de aquel impulso salvaje. Sentí que todo mi ser se encendía, como una máquina de *pinball* cuando la bola golpea todos los resortes perfectos y arranca la música. Sonreí un poco ante la idea. Pensé en James. Dios, qué nombre tan bueno. Uno que no me importaría gritar unas cuantas veces en pleno arrebato.

Era respetuoso, inteligente y atento. Me había enviado helado para felicitarme por el ascenso, me cubría las espaldas cuando yo no estaba. Tenía unas manos preciosas y una curva en el labio inferior, carnoso, que me daban ganas de morder. Se desvivía por mostrar respeto hacia mí y mi posición como directora de operaciones del equipo. Llenaba un polo del equipo como si hubiera que usar tijeras para quitárselo: todo músculos macizos en los hombros y un cuerpo no de un médico que rondaba los cuarenta, sino de un hombre cuyo despacho estaba al lado del gimnasio de entrenamiento de un equipo profesional.

Casi podía sentir las hendiduras, los relieves y la ondulación de su pecho y sus brazos bajo mis dedos. Cómo sería al tacto, los contornos del músculo y el movimiento de su corpulencia con cautela y fuerza de voluntad. Era grande y fuerte y se movía con algo más que elegancia —veía a atletas en acción a diario—. No se desparramaba ocupando un espacio enorme ni se desvanecía en un segundo plano como ese rastrero de Douglas, agazapado para atacar. Simplemente ocupaba su espacio y parecía cómodo en su cuerpo. Su imponente y espectacular cuerpo al que, por lo visto, había prestado mucha más atención de lo estrictamente profesional.

Me mordí los labios hacia dentro e intenté decirme a mí misma que dejara de pensar así en un empleado. Para entonces ya había deslizado los dedos entre mis piernas.

No fue a propósito, empezar a masturbarme pensando en cómo le quedaba al doctor James Lippert una camiseta ceñida cuando levantaba un brazo para frotarse la nuca.

Yo puedo aflojarte eso, le dije en mi fantasía, *si tienes los músculos agarrotados.*

Rodeé su silla y le puse las manos en los hombros, sus trapecios tensos mostrando un nudo de tensión. Los trabajé y sentí cómo se relajaba. Satisfecha, quería seguir, explorar más de él más allá de un masaje amistoso en los hombros, pero él alargó la mano, tomó la mía de su hombro y tiró hasta que me sostuvo la mano y besó la cara interna de mi muñeca. Después separó los labios, y su lengua recorrió mi pulso, que latía desbocado por él. Casi se me doblaron las piernas por la oleada repentina de mariposas por todo el cuerpo,

el aleteo frenético mientras mi piel respondía al beso que había posado en mi muñeca, que se sentía a la vez demasiado romántico y muy sexual.

James capturó mi otra mano y me guio rodeando la silla hasta que quedé de pie frente a él. «Te he dado un masaje; ahora voy a devolverte el favor.»

«Oh, no hace falta», mi voz aguda y temblorosa, deseando gritar: ¡oh, por favor, hazlo!

«Sí que hace falta. Créeme. No puedo aguantarme más. Ven aquí.»

Me enmarcó la cara con ambas manos, me ladeó la cabeza y me besó. El impacto pleno de su boca, caliente y húmeda, por toda la mía fue una sensación que no había tenido jamás. «Más», pensé, «por favor no pares.» Me sujetó la cara y siguió, siguió alimentándome con esa lengua caliente y ansiosa.

Me acorraló, me hizo retroceder hasta mi escritorio. Me levantó como si no pesara nada y me sentó en el borde. Me dio una última caricia con la lengua antes de arrancarse de mis labios. Aturdida y mareada, lo miré boquiabierta.

«Apóyate en los codos», ordenó, sin andarse con rodeos. Era tan autoritario. Su dominio me electrizaba. Quería darle lo que quisiera. Me recliné, sentí mis pechos empujar contra la tela ajustada del vestido al arquear la espalda. James me subió el vestido por los muslos y emitió un sonido de aprobación al llegar a mi tanga de encaje.

«Me gusta esto. Todo bonito y travieso por debajo», murmuró con la boca contra mi piel. Colocó su palma cálida sobre mi monte. Me froté contra ella sin pudor, deseando el alivio de la presión en mi clítoris. En cambio, un dedo trazó un surco a través de mi humedad para acariciar mis labios. La oleada de placer atrevido me recorrió entera, y solté un gemido de sorpresa y deseo.

«Dime qué quieres», dijo, su aliento caliente en mi muslo mientras las yemas de sus dedos perversos trazaban los pliegues de mi sexo.

«¡Oh!», grité, el sonido arrancado de mí. Rodeó mi clítoris con la yema de un dedo, torturándome.

«Dímelo», repitió.

No podía articular palabra. Ardía de una necesidad abrasadora. Sentí el agarre de su mano grande en mi muslo al levantarlo sobre su hombro para abrirme más. Arrastró el pulgar desde mi clítoris a lo largo de todos mis pliegues resbaladizos y mojados hasta presionarlo, calloso y grueso, contra mi entrada temblorosa, penetrándome con esa caricia áspera. Solté un gemido ahogado y empujé contra él, queriendo aún más.

«Buena chica», dijo, «sé que lo necesitas. Pero te prometí un masaje. Deja que te lo dé.»

Empezó a trazar el contorno de mis labios, prendiendo fuegos con cada roce ligero. Contuve la respiración, expuesta y hambrienta ante él. Fiel a su palabra, me masajeó de la forma más erótica e intensa posible. Sus yemas amasaban la cara interna de mis muslos. Sus caricias juguetonas dieron paso a algo más intenso, más decidido. James frotó ambos lados de mi monte con las yemas, presionando y haciendo círculos, y en mi excitación sin aliento pensé que iba a desmayarme.

Él tenía el control. Yo solo era una pasajera, una con mucha suerte. Mi visión se tiñó de púrpura por las oleadas de éxtasis que empezaron en el segundo en que frotó ese pulgar sobre mi clítoris. Jadeé y busqué sus ojos, esa mirada serena y traviesa que me dedicaba mientras trabajaba entre mis piernas. Finalmente, deslizó un dedo largo dentro de mi interior tembloroso. Mi coño se apretó alrededor de él de inmediato y los espasmos se apoderaron de mi cuerpo. Perdí el control, gimoteando, con las manos buscando sus hombros, su cara. Quería darle las gracias, besarlo. Hacerle saber que él era especial, que esto era especial. No había vuelta atrás ni forma de fingir que no había pasado. No me había entregado nunca, no así, a nadie. Ni siquiera en mis sueños. Había confiado en él, y él había encontrado formas imaginativas de hacerme suplicar por más.

«No digas que esto ha sido un error», advirtió. No sabía qué contestarle. Porque era un error, pero uno delicioso que ya quería cometer una y otra vez…

Me corrí, el cuerpo contrayéndose y estremeciéndose. Cerré los ojos, avergonzada. ¿El doctor? ¿Mi empleado? ¿Cómo había podido

pensar esas guarradas sobre él? No podía permitirme volver a pensar en él así. Aunque la piel aún me hormigueara con el recuerdo.

CAPÍTULO 10

JAMES

Estaba terminando de redactar los informes de casos cuando llamaron a mi puerta. Levanté la vista y les dije que pasaran. Me sorprendió ver a Kristyn en el umbral. Sonreí, me incliné hacia delante. Me contuve de levantarme cuando entró porque pensé que ese tipo de caballerosidad la molestaría. Debía tratarla exactamente igual que a Roland. Con respeto, brevedad, y vuelta a mi propio trabajo. Me lo recordé a mí mismo cuando ella se apoyó en el marco de la puerta y pude ver la curva de su cintura, la línea de su cadera y la extensión de su pierna.

—Estaba terminando el informe de Jackson, para darle el alta y que pueda jugar. Se lo haré llegar en unos minutos —dije.

—No he venido por eso —dijo, con un tono algo avergonzado.

—¿Entonces?

—Me he torcido el tobillo en el aparcamiento. Ya sé que suena absurdo, pero ¿podría echarle un vistazo? —Kristyn se agachó y se frotó la pantorrilla con una mueca de dolor.

Dejé que mi mirada recorriera su pierna y vi el arañazo, el principio de un moratón que le cruzaba el pie y subía por el tobillo. Me puse en pie al instante, pasándole el brazo para sostener su peso mientras cojeaba con cuidado hasta la sala de exploración. Kristyn incluso dejó que la ayudara a subirse a la camilla.

Se sentó erguida, apoyada en las manos con las piernas estiradas a lo largo. Le quité las dos sandalias de tacón y las dejé sobre la mesa. Examinando su pierna y pie con ojo clínico, me puse un par de guantes y saqué toallitas antisépticas del cajón. Limpié el arañazo y palpé con las yemas de los dedos la zona donde ya se estaba formando el moratón. Siseó cuando presioné cerca, y la miré. La arruga entre sus cejas me dijo que le dolía.

—¿Se lo ha torcido? —pregunté.

—Sí. Iba escribiendo un mensaje mientras caminaba —dijo, con voz culpable y tensa por el dolor—. No me di cuenta de que la rampa venía rápido y cuando el hormigón se inclinó, se me dobló el pie, y cargó con casi todo mi peso al caer.

Me tendió las manos, y también las tenía arañadas y amoratadas. Les pasé antiséptico y vi cómo apretaba la mandíbula intentando ignorar el escozor del producto.

—¿Sabe? Cuando tuve que limpiarle la frente a su padre aquella vez que le dio la puerta del microondas en la cara en la sala de descanso, no llevó el escozor del antiséptico tan bien como usted —dije.

—¿El microondas? ¡Ja! —soltó una carcajada—. ¡A nosotras nos dijo que fue un atracador y que se lo quitó de encima peleando! Si no hubiera estado en… bueno, el único congreso al que he asistido en mi vida, habría sabido lo que pasó de verdad. ¿Os hizo jurar a todos que guardaríais el secreto o qué?

—Ni se me pasó por la cabeza que fuera a mentir al respecto. Parece absurdo, si me permite decirlo. —Me abstuve de decir «vanidoso y estúpido» porque adoraba a su padre y no quería ofenderla.

—Ese es mi padre —dijo—. Si hay manera de convertirlo en un número estelar, se agarra a ella. En su momento me extrañó que no llamara a un periodista para contarle su gesta heroica. Debió de ser porque fue lo bastante listo como para saber que dar publicidad a una tapadera tan cutre la expondría a escrutinio. Alguien acabaría descubriendo que no se había denunciado ningún atraco o que su herida no era compatible con que lo hubieran empujado contra una pared de ladrillo y se cortara la sien así.

—El ladrillo provoca abrasiones salvo que golpees contra una arista. Entonces ya hablamos de puntos. No era creíble.

—Para alguien que no es médico probablemente sí lo era —dijo con ligereza. Su cariño por él era lúcido: sabía que a veces era ridículo y que tenía defectos como todos. Simplemente parecía aceptar también eso. Una cosa más de ella que me impresionaba. Tenía los pies en la tierra y no tenía a su padre enfermo subido en un pedestal. Joder, tenía que dejar de admirarla tanto.

—Voy a hacerle una radiografía rápida. Por lo que puedo apreciar, es un esguince fuerte con contusión profunda, pero quiero asegurarme. Le pediré que se quite la compresa fría para la radiografía —dije.

Profesional e informativo, directo al grano: así tenía que mantenerme con ella. Cuando hice las placas, noté que tenía frío. En cuanto conseguí las imágenes que necesitaba, la ayudé a volver a la sala de exploración y saqué una manta del calentador para ella. Se acurrucó debajo con gratitud. Después de revisar las imágenes digitales, volví para darle los resultados.

—No hay fractura. Necesita aplicar hielo en intervalos de quince minutos y mantener el pie elevado todo lo posible. Nada de tacones durante al menos tres semanas.

Esbozó una media sonrisa, pero asintió. La ayudé a bajar de la camilla y le di unas chanclas de las promocionales.

—Oye, al menos llevan el logo del equipo —dijo con ironía.

—Antes de que se las ponga, va a necesitar esto.

Fui al almacén y cogí una bota ortopédica que sirviera de férula. Se había sentado en una silla y escuchó mientras le explicaba cuándo debía llevarla y cómo podía quitársela para ducharse o dormir.

—¿Supongo que Louboutin no fabrica de estas? —bromeó.

—No. Son botas ortopédicas estándar. Vienen en negro, y también en negro.

—Un clásico, combina con todo. Una adición elegante a mi armario —respondió. Le dediqué una media sonrisa. Era graciosa, y no estaba montando un drama por tener que modificar su elección de calzado. Había tratado a bases de un metro noventa y ocho que

se quejaban como niños por no poder llevar sus Air Force Ones con la bota puesta.

—Exacto. Intenté pedir las más estilosas que fabrican —dije.

Miró hacia abajo, a la bota grande de armazón de plástico con sus anchas correas de velcro.

—Espero de verdad que no pagara un suplemento por ella —hizo una mueca.

—No. Mentía sobre el estilo. Es el modelo estándar. Usamos muchas de estas. Aunque no suelen ser de esta talla —dije, soltando el velcro y sujetando la bota firme mientras ella introducía el pie con cuidado. El interior acolchado se amoldó a las curvas de su pantorrilla fuerte y bien torneada, y los dedos de sus pies desnudos se asentaron en la plantilla, asomando por el extremo de la bota. Fui ajustando las correas una a una, preguntándole si le parecían bien o si apretaban demasiado. Para cuando terminé, tenía la boca seca de deseo. Cuando levanté la vista, sus ojos estaban clavados en mí, intensos y serios. Tenía un rubor intenso en lo alto de las mejillas y me miraba de una forma extraña. Me pregunté qué significaba aquello, pero preferí no preguntar.

—¿Quiere que la lleve? Puedo acercarla adonde necesite ir —ofrecí.

—Oh, no, estoy bien. Estoy un poco maltrecha, evidentemente —dijo, señalando su pie—. Pero se curará. Gracias por su ayuda.

—Cuando quiera —dije, sintiéndome cohibido e inquieto. Di un paso atrás, metí las manos en los bolsillos. Quería ofrecerle la mano para ayudarla a levantarse, que se apoyara en mí mientras cogía el equilibrio con la aparatosa bota. Mi impulso de ponerla en pie y sostenerla, de rodearla con el brazo y ser sobreprotector y estar demasiado cerca para mantener un trato profesional y distante era una señal de alarma. La observé dar un paso experimental.

—No sé si me va a costar más acostumbrarme a esta bota o a llevar zapato plano —bromeó—. Me siento bajísima. Ahora tengo que mirar al mundo hacia arriba. Joder, es usted alto —dijo. Entonces el color le subió de golpe a la cara—. Perdone —dijo—, no me había dado cuenta de lo alto que era porque normalmente llevo

tacones. Me ha pillado por sorpresa. La escala de las cosas está… no sé, distorsionada para mí en chanclas. —Soltó una risa nerviosa.

—¿Está mareada? Sé que no se ha golpeado la cabeza, pero debería comprobarle las pupilas por seguridad —dije.

Fui a apagar las luces y saqué la linterna de exploración del bolsillo. Acercándome de nuevo a Kristyn, le iluminé los ojos, verdes y claros. Tenía los labios entreabiertos, la respiración acelerada. El rubor que le teñía las mejillas parecía febril.

—Sus pupilas están bien —murmuré—, pero su respiración está elevada y seguramente el pulso va demasiado rápido. Déme la mano.

Guardé la linterna y le tendí la mano esperando su muñeca para tomarle el pulso. Estaba a unos doce centímetros de mí en una habitación a oscuras, la única luz filtrándose entre las láminas de la persiana, bañando la sala en un gris profundo. Ella deslizó su mano en la mía. El roce de sus dedos al posarlos en mi palma provocó un escalofrío hondo dentro de mí. Sus ojos ardían sobre los míos, y aquel rubor encendido en lo alto de sus mejillas me fascinaba. Sin aliento, dejé que el momento se alargara antes de darle la vuelta a la mano y buscar el punto del pulso. Si acaricié la base de su palma con el pulgar una sola vez, si esa caricia me caló hondo en el pecho, si la forma en que ella se mordió el labio inferior con un suspiro cuando lo hice… eso fue un accidente puro. Respondí a la suavidad de su piel bajo mis dedos, con el cuerpo rugiendo de deseo, incluso mientras contaba latidos.

—¿Cuál es su frecuencia cardíaca en reposo? —pregunté. Ella abrió los ojos de golpe, el rubor de sus mejillas visiblemente más oscuro incluso en la penumbra.

—¿Setenta? —dijo, con la voz subiendo en forma de pregunta.

—Ahora está a 134. Será mejor que se siente un momento. ¿Le duele tanto el tobillo?

—La bota ayuda mucho —dijo, con la voz aún más aguda de lo normal—. Estoy bien. Me voy ya. Gracias por todo.

—No me quedo tranquilo dejándola ir con el pulso y la respiración elevados. Permítame al menos tomarle la tensión.

—Ahora mismo estará alta —dijo—, no hace falta que la mire. Me voy a ir yendo. Gracias de nuevo —dijo—. Me ha salvado la vida.

Kristyn parecía tener prisa por irse de repente, y yo no iba a insistir en que se quedara. Si le dolía o algo la perturbaba, era asunto suyo. Estaba claro que no quería hablarlo conmigo. La vi salir, y después encendí las luces. Si era sincero, mi pulso también se había disparado. Un segundo me quedé allí parado, y entonces recordé la receta que había escrito y que estaba en el mostrador. Fui tras ella y la alcancé fácilmente. La bota la ralentizaba.

—¡Espere! —la llamé. Me sentí un poco avergonzado, pero le tendí una muestra de medicación y la receta—. Esto le ayudará con el dolor una vez que el hielo baje algo la hinchazón. Tiene que comer cuando se los tome. Y aquí tiene una receta por si el ibuprofeno no es suficiente.

—Gracias —dijo, regalándome una de sus sonrisas deslumbrantes.

Cuando se alejó, llevando los tacones en una mano y la receta en la otra, tuve que aplastar el impulso de seguirla, de llevarle los zapatos si quería, o de llevarla a ella en brazos si quería. No me gustaba verla forcejear y arrastrar los pies con la bota. La cansaría. La zona lumbar acusaría la tensión, y yo podría recomendarle algunos ejercicios para eso. Podría tumbarla y poner mis manos sobre ella, aliviar esa tensión y calmarla, y hacer incluso más que eso si me dejara. Sacudí la cabeza intentando despejarme. La realidad era que mi deseo por ella no hacía más que crecer en vez de desaparecer.

CAPÍTULO 11

KRISTYN

No estoy segura de qué era más doloroso. El latido constante de mi tobillo o la conversación con Don, el encargado de material. Estaba en mi despacho para repasar su pedido. Nunca había sido una gran fan del tipo y sus chistes sexistas sin gracia. Aun así, si el doctor Lippert no me hubiera hablado de su amistad con Douglas, no habría pensado que Don fuera hostil. Saber que había escuchado alegremente a su colega despotricando sobre mí después de que lo echara no me hacía querer más al hombre. La lista que puso delante de mí tampoco ayudaba mucho en ese aspecto. Parte del material estaba desgastado y necesitaba reponerse, y algunas cosas estaría bien tenerlas pero no eran esenciales.

—Mira, he estado informándome sobre esto y podría mejorar mucho los tiempos de sprint en la pista —dijo, señalando un artículo caro que yo había tachado.

—Sería un buen complemento si hay algún excedente presupuestario, estoy de acuerdo. Pero con el presupuesto actual, no tenemos margen para pedir artículos de lujo ahora mismo.

—El entrenamiento de este equipo no es un lujo. Los Clippers necesitan las mejores herramientas para preparar la temporada.

Después de un par de lesiones graves la temporada pasada, es aún más importante que los titulares estén en plena forma.

—Estoy de acuerdo. Por eso nuestro cuerpo técnico y el departamento de fisioterapia están trabajando para asegurarse de que estén en las mejores condiciones físicas posibles.

—¿Vas a recortar costes en el material del equipo? Eso es una puta mierda. Siempre hay dinero de sobra para cubrir lo que quieran los entrenadores y lo que quieran los preparadores. Pero tú tienes que recortar por algún sitio, ¿y me toca a mí el marrón? En trece años tu padre nunca me recortó el presupuesto…

—Te paro ahí, Don —dije con tono amable—. El pasado ha quedado atrás. Mi padre ya no es el jefe. Yo soy la directora de operaciones de esta organización, y mi intención es asegurarme de que los Clippers tengan todo lo que necesitan para una temporada exitosa. Eso significa protocolos de seguridad, planificación de entrenamientos y terapia, organización de viajes y presupuestos. No he recortado tu presupuesto, como sugieres. He revisado tu solicitud y he tachado lo que no era necesario en este momento.

Respiré hondo y di un sorbo de agua. El tobillo me latía, y había conseguido no tomar la receta, empeñada en apañarme solo con ibuprofeno sin receta, pero ayer me había excedido y hoy no era diferente. Tenía que mantener la bota puesta aunque fuera un incordio. Abrí el cajón, saqué las muestras que me había dado el doctor Lippert y me tomé dos pastillas.

—¿Estás bien? —preguntó Don a regañadientes.

—Sí, estoy bien. Fui torpe y me torcí el tobillo. Menos mal que existe el doctor Lippert y sus analgésicos, ¿no? —dije alegremente y volví a la lista que tenía delante—. Extraoficialmente, sé de sobra que mi padre tampoco habría aprobado artículos de lujo como estos. Para futuras referencias. Invocar lo que él haría no funciona conmigo. Aunque hubiera aprobado artículos extra en el pasado, no estoy aquí para fingir que soy Roland Chase. Estoy aquí para hacer mi trabajo, Don.

Se encogió de hombros y soltó un resoplido que preferí interpretar como cooperación. Echó la silla hacia atrás y se fue solo. Firmé y fechó el formulario, y luego consulté la lista de personal con

el que tenía que reunirme. Quería reunirme con cada uno individualmente para asegurarme de que estábamos en la misma sintonía y de que entendían mis intenciones y mi visión para el equipo de cara al futuro. Iba a llevar el barco con mano firme, pero sería justa. Era hora de dar paso a nuevas ideas, y lo haría con consideración y gradualmente, asegurándome de que entendieran las razones de los cambios, pero no iba a dejar que la incomodidad del personal me impidiera hacer lo que había que hacer.

Llamé a Connie por el interfono para que hiciera pasar al siguiente empleado. En cuestión de segundos, Bill, uno de los desarrolladores de jugadores, estaba yendo y viniendo por mi despacho, negándose a sentarse.

—Ya me he enterado de todas tus gilipolleces —dijo, empezando a lo bestia. «Genial», pensé, «todos van hasta arriba de testosterona y a por sangre hoy».

—Tendrás que explicarme a qué gilipolleces te refieres —dije, con la mirada fija en él sin pestañear. Si pensaba que soltando tacos me iba a amedrentar, se equivocaba. Crecí rodeada del equipo y del negocio, y conocía todas las palabrotas antes de cumplir los ocho años y cómo usarlas.

—Y no intentes hablarme con superioridad tampoco. Todos sabemos que conseguiste este puesto por quién era tu papá —dijo, con esa vocecilla de mocoso que hacía difícil no echarse a reír. El tío era un personaje de dibujos animados: totalmente a la ofensiva y tirando de lo más fácil. Lo siguiente sería mi género o mi forma de vestir, supuse.

—Es, no era —corregí—. Mi padre sigue vivo y sigue siendo el propietario de este equipo. Que yo sepa, tampoco toleraba ninguna gilipollez de sus desarrolladores. Ningún tipo de falta de respeto flagrante o grosería, insubordinación. Cosas de esa índole —dije.

—¿Qué, te has cargado a Dougie y el siguiente soy yo? ¿O a cualquiera que no te llame princesa? —se burló.

No pude evitar poner los ojos en blanco.

—Siéntate, Billy —dije—, tenemos que hablar. Has dejado clara tu opinión, y ahora puedes escuchar la mía. Eres un desarrollador decente. No el mejor que tengo, y no el mejor que podría reclutar

como sustituto. Es buena idea conocer tu valor antes de ir de farol. Asegúrate de tener algo que respalde esa arrogancia. No he concertado esta cita para despedirte. Aunque tu elección de palabras y tu actitud me han hecho cambiar de opinión. A menos que seas capaz de pasar página y seguir adelante como un miembro diligente y educado del personal. Lo que significa que necesitas demostrar que eres capaz de hablar sobre el equipo y tu futuro en él de forma racional. Si alguna vez intentas llamarme princesa, o cualquier cosa que no sea mi nombre, aprenderás muy rápido por qué no te conviene tocarme los cojones.

No tenía intención de hacer una purga y despedir a cada pequeño niñato tan frágil que no podía rendir cuentas ante una mujer, pero de verdad necesitaban ponérmelo más fácil para aguantarlos. Un chiste cutre de vez en cuando podía soportarlo, pero ¿insultos? ¿Faltas de respeto? ¿Cuestionar mi autoridad? Me daban ganas de coger mi palo de hockey de los Kings del rincón detrás de mi escritorio y darle como a una puñetera piñata. Cualquiera que dijera que las mujeres eran el sexo débil no había trabajado en el deporte profesional.

Bill se sentó, hosco pero callado, y esperó. No había esperado una disculpa, pero estos mandos intermedios se comportaban como si estuvieran acostumbrados a que los trataran con guantes de seda. Mi padre no se andaba con rodeos, así que ¿por qué todos parecían pensar que yo sería un blanco fácil? Dios, qué agotador era esto.

CAPÍTULO 12

JAMES

Había conseguido salir del edificio sin verla. Dos veces me pillé a punto de subir las escaleras hasta su planta. No había ningún motivo para verla ni hablar con ella. Solo era que quería hacerlo. Pensaba en ella y quería verla. Al fin y al cabo, podía pasarme a ver cómo estaba mi paciente. Tenía la excusa perfecta, examinarle el tobillo o al menos preguntarle qué tal se encontraba. Resistir ese impulso, especialmente cuando tenía la coartada de hacer seguimiento de su esguince, me costó más fuerza de voluntad que cualquier otra cosa en mi vida. ¿Llevaría zapato plano como le había dicho?

Había trabajo de sobra para mantenerme ocupado en mi consulta e hice una videoconsulta para un jugador de béisbol con una rotura del manguito rotador, porque había coincidido en la facultad de Medicina con el médico de su equipo y el tipo quería que le diera una segunda opinión antes de recomendar al jugador que se operase. Revisé las pruebas de imagen y recomendé reposo y fisioterapia: no era un desgarro complejo y probablemente sanaría con los cuidados adecuados. El jugador parecía molesto, convencido de que la cirugía lo devolvería al campo más rápido que la terapia y el reposo.

—No se precipite con una cirugía cuando no es una emergencia. No es una solución rápida, ni mucho menos. No elija nunca esa opción si hay otra vía. Las lesiones necesitan tiempo para curarse y recuperarse de una operación es más duro para el cuerpo y la salud que la fisioterapia. Hágame caso en esto —dije.

Asintió y me dio las gracias, y mi antiguo compañero me las dio de nuevo. Coincidimos en el plan de tratamiento, y la terapia empezaría ese mismo día. Me sentí bien con ello, y me había mantenido la mente alejada de Kristyn durante al menos veinte minutos. Revisé mi agenda para mañana y me fui. Quizá podía ver si los chicos tenían tiempo para quedar a tomar algo esta noche. No había hablado con ninguno de ellos en unos días salvo algún mensaje suelto, y prefería ponerme al día con ellos y tomarme un martini excelente que volver a casa otra vez a un piso vacío.

Cuando llegué al aparcamiento del personal, vi a Kristyn. Estaba de pie unos coches más allá del mío, hablando por teléfono y gesticulando como loca. Cedí al impulso de acercarme a comprobar si pasaba algo. Al aproximarme, la oí protestarle a alguien que «mañana no es suficientemente pronto». Colgó, cerró los ojos un instante y negó con la cabeza. —Sí, mañana perfecto, me quedo aquí de pie hasta que tengáis tiempo de ocuparos de esto, cojonudo —murmuró.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—¡Oh! —me vio al rodear su coche hacia ella, y pareció sobresaltarse—. Hola. Estoy bien. La dichosa llave del coche no funciona y no es la pila. El concesionario dice que no pueden venir hasta mañana como pronto. Estoy frustrada, nada más.

—Puedo llevarla —dije.

—No, no hace falta. Puedo pedir un Uber —dijo, con aspecto alegre y valiente, intentando, sospeché, parecer despreocupada.

—Venga. Es mi deber como su profesional sanitario asegurarme de que no esté de pie sobre ese tobillo los próximos veinte minutos. Solo deme su dirección.

Cedió y yo asentí.

—Eso está solo a unos veinte minutos de mi casa. Estará en la suya antes de que un Uber pudiera llegar aquí, probablemente.

—¿Qué Uber tan lento usa usted? —dijo riendo—. Pero gracias. Acepto el viaje. Aunque le debo un favor. Un par de ellos ya, creo.

—Solo la llevo a casa. No es para tanto.

—Me ha salvado el culo más de una vez últimamente, doc —dijo. Entonces fue mi turno de cerrar los ojos un segundo para evitar echarle un vistazo a dicho culo. Le abrí la puerta del copiloto y la cerré una vez estuvo sentada. Mantuve la mirada en el marco de la ventanilla para no quedarme mirándola cuando tenía la ocasión.

Una vez saqué el todoterreno de la plaza de aparcamiento, empezó a darme indicaciones para llegar a su casa. No estaba lejos, pero había muchos giros, así que presté mucha atención a la ruta. Eso me ayudó a no ser tan consciente de su cercanía como podría haberlo sido. Joder, me hormigueaba la piel y se me erizaba el vello de los brazos de tenerla en mi coche. Podía oler su perfume, un aroma ligero que me hacía pensar en flores que se abren de noche, y sentía que se me subía a la cabeza.

—Vale, un último giro a la izquierda aquí arriba —dijo, y giré hacia la calle donde estaba su adosado. Aparqué y rodeé el vehículo para abrirle la puerta.

—Todo un caballero —observó—. No estoy acostumbrada a ese trato. Yo me abro mis propias puertas.

Extendí la mano y ella la tomó con solo una ligera vacilación para que la ayudase a bajar. El todoterreno era alto y llevaba una bota ortopédica por el esguince de tobillo. Usó mi mano para mantener el equilibrio y una vez estuvo de pie, me soltó.

—Gracias —dijo, cogiendo su bolso—. ¿Le apetece entrar a tomar algo? Ha sido un día de los que necesitan una copa.

—Sí —dije—. Me encantaría.

—A no ser que tenga planes. No quiero que sienta que tiene que hacer de niñera conmigo por lo del tobillo —dijo.

—No tengo planes —admití—, y me vendría genial una copa.

Kristyn abrió la puerta y entramos. Una bola de pelo cruzó la habitación disparada y se frotó contra su pierna desnuda antes de manotear la bota y emitir un sonido de consternación.

—Ya lo sé, cariño. A mí me pasa lo mismo. Pero no me la puedo quitar delante de este tío. Es médico —le explicó al gato.

Me agaché a rascarle detrás de las orejas mientras me inspeccionaba, soltó un estornudo y se fue.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté—. Creo que me ha sopesado y no he dado la talla —me reí.

—Es Fray. Un regalo de mi hermana. Dijo que era mi kit básico de solterona con gatos cuando lo encontró en una protectora.

—¿Y eso? —dije, curioso. Dejó sus cosas, se quitó el zapato de una patada y se dirigió a un carrito de bebidas. Era un mueble bonito, bien surtido, con un pequeño colgador de copas encima. Descolgó una copa de vino y luego se volvió hacia mí.

—Porque estoy casada con mi trabajo. Dice que mi destino es acabar sola con cinco gatos. O diez. ¿Qué le apetece?

—Lo que vaya a tomar usted, perfecto —dije.

—Quiero una respuesta de verdad, doc —dijo—. ¿Qué va a beber? Luego le cuento qué tal su día.

—¿*Mi* día?

—Sí, fui camarera de barra en la universidad. No quería depender por completo del dinero de mi padre. Él me pagaba la matrícula, pero yo quería ganarme mis gastos. Se me daba bastante bien, y el dinero era genial.

—¿Le gustaba? —dije, sentándome en el sofá y medio esperando que el gato me diera otra oportunidad.

—Me encantaba. Siempre me ha gustado observar, y así pude presenciar un montón de comportamientos humanos —dijo—, la mayoría dramáticos. Era como tener asiento de primera fila en las relaciones de la gente y cobrar propinas por ello. Gané lo suficiente para irme a Miami en primavera y para volar a casa a ver a mi madre por su cumpleaños todos los años.

—¿Cómo sacaba tan buenas propinas? —pregunté—. ¿Servía de más?

—Ni de coña. Me habrían echado si malgastaba alcohol. Escuchaba, y aprendí cuándo reírme de un chiste y cuándo ir directa y preguntar si estaban bien. Además, ponte un escote generoso los viernes por la noche —se rio suavemente.

—Martini.

—¿Tanqueray o Beefeater? —dijo sin perder un segundo.

—Beefeater, si puede ser. ¿Tiene las dos?

—La Tanqueray fue un regalo. Aún no la he abierto, pero es genial para un Bee's Knees en verano.

—¿Un qué?

—Bee's Knees. ¿Nunca ha tomado uno? Es como un gin sour pero con miel en lugar de azúcar.

—Suena bien. Tendré que probarlo algún día.

—¿Qué tal ahora? Tengo limones —ofreció.

—Si no le importa, me encantaría probarlo.

Sonrió, genuinamente contenta de lucir sus habilidades. Exprimió zumo de limón en una coctelera con hielo.

—Esto es almíbar de miel, solo está diluido con agua para que sea líquido —dijo mientras añadía el endulzante y una medida de ginebra. Cerró la coctelera, la cogió y le dio unas cuantas sacudidas enérgicas y profesionales antes de verter el contenido en un vaso limpio y ofrecérmelo.

Di un sorbo tentativo y asentí.

—Está bueno. Realmente se nota más el enebro así que con azúcar. A no ser que sea solo la marca de ginebra…

—No, es la miel. Es usted muy observador. La mayoría de la gente no notaría cómo el tipo de endulzante resalta distintos matices del alcohol. Estoy impresionada.

—¿De que bebo mucha ginebra? —bromeé.

—De que no es de esos tíos que dicen: ¡Yo sé lo que me gusta! Y nunca prueban nada nuevo.

—Me gusta ser aventurero de vez en cuando —dije, dando otro trago. Ella se preparó otro y lo saboreó con un suspiro de satisfacción.

—De eso hablaba —dijo, dejándose caer en un sillón y apoyando la pierna en el puf—. Ha sido un día durísimo.

—Le preguntaría, pero estoy esperando a que me cuente lo de mi día —dije con retintín.

—Vale —dijo, incorporándose, con expresión juguetona—. Primero quiso un martini, que es una bebida clásica, sofisticada, pero también cargada de alcohol, sin mezclas afrutadas. Así que es maduro, con criterio, y su día fue bastante rutinario, nada

demasiado emocionante. Estuvo dispuesto a cambiar a algo que yo le sugerí, lo que indica una de dos cosas. O fue un día largo y tiene fatiga de decisiones y no quería molestarse en decidir otra vez, así que se dejó llevar, o bien tuvo un día decente aunque fuera aburrido. No pasó nada demasiado irritante, pero buscaba algo nuevo e interesante.

—Lo segundo. Se le da bastante bien. ¿Qué dice su copa sobre su día, entonces? —la reté.

—Que necesitaba una puta copa después del día que he tenido, y que era más fácil hacer más de lo mismo que ponerme a buscar sour mix en el armario a estas alturas —soltó.

—Entonces déjeme adivinar su día. Tiene un carrito de bebidas bien surtido, así que le gusta tomar un cóctel casi todas las noches, y le gusta experimentar. Aparte de eso, sigue revisando personal. Me juego algo a que hubo varios tipos con mala actitud por trabajar para una mujer que creen que es solo una figura decorativa sin credenciales, así que le hablaron como si fuera tonta o le sugirieron que consultara a su padre.

—Ha dado en el clavo. Me duele el tobillo y al menos un tercio de mi plantilla es abiertamente hostil.

—¿Solo un tercio? Yo diría que la mayoría de los nuevos directivos empiezan con al menos esa proporción de gente en contra. Pero eso aún no responde a la cuestión del gato.

—El gato es para tener un cuerpo caliente en la cama. Es broma con Kali, mi hermana pequeña. Tiene muchas ganas de que salga y me lie con alguien. No entiende que no tengo tiempo para eso, y si lo tuviera, no estoy segura de que fuera algo que haría de todos modos. Mi agenda está hasta arriba. No hay una tarde libre donde pueda apuntar «ir a ligar con un desconocido». Se me hace demasiado raro. Si no tengo tiempo de conocer a alguien, ¿por qué iba a querer acostarme con él, ¿sabes?

Bebió un sorbo y yo la miré pensativo.

—Lo entiendo perfectamente. Y si no tienes el tipo de agenda que deja hueco para una pareja, no vas a darle esperanzas a alguien haciéndole creer que puede ser algo real. Pero si no es algo real, no

quieres acostarte con esa persona de todos modos. Lo pillo totalmente.

—Yo diría que viajar con el equipo se lo pone difícil. Yo aún no he encontrado la manera de compaginar vida personal y carrera. ¿Cómo lo ha conseguido usted?

—No lo he conseguido. Me halaga que piense que lo tengo todo resuelto, pero la única forma en que equilibro trabajo y vida personal es no involucrarme con nadie. Porque querrán más y acabarán decepcionados conmigo inevitablemente. Tarde o temprano habrá un cumpleaños o un aniversario o algo a lo que no debería faltar, pero tengo un partido fuera y ahí empieza la bronca de que siempre antepongo el trabajo. Que debería estar saliendo con los Clippers porque es con quien dedico mi tiempo.

—No puede —dijo ella, tajante.

—¿No puedo qué?

—Salir con los Clippers. Ya se lo dije. Estoy casada con mi trabajo. No quiero que mi trabajo le ponga los cuernos conmigo. Exijo lealtad —dijo, y me eché a reír.

—Dios, qué hambre tengo. Estaba comiendo cuando hubo un lío con los preparativos de viaje para el primer partido fuera. Tuve que hacer llamadas. Estoy bastante segura de que mi ensalada o está en la nevera de la oficina o en la basura. —Dejó caer la cabeza contra el respaldo del sillón y suspiró.

—¿Quiere que le traiga algo? —pregunté.

—No —dijo, luchando por incorporarse en el sillón grande y mullido con la pierna en alto—. Hay un montón de comida en la nevera, ya voy yo.

—Si hay un montón de comida, seguro que encuentro algo. Quédese quieta —dije—. Órdenes del médico.

—Oh, así que me está dando órdenes. Primero va a por mi marido secreto, los LA Clippers, y ahora me dice lo que tengo que hacer en mi propia casa —bromeó, dejándose caer de nuevo agradecida en el sillón.

—Sí, bla, bla, bla, es una mujer fuerte e independiente y es mi jefa —le devolví la broma, y se rio.

—¿Cómo es posible que trabajara en el mismo edificio que usted durante, qué, cuatro años? ¿Y no supiera que era tan gracioso…?

—Estaba demasiado ocupada dando caña y tomando nombres. Me siento honrado de haber pasado desapercibido. Sigo teniendo trabajo, y me han dicho que están cayendo como moscas en la oficina.

—La mayoría por decisión propia, casi todos. Solo despedí a Douglas. El resto ha presentado su dimisión cuando les expliqué que mi visión para el equipo no incluía subirse a una máquina del tiempo y volver a los años sesenta, donde mujeres vestidas de azafatas enseñarían escote y servirían whisky de malta sin abrir la boca para que los hombres tomaran todas las decisiones.

—Si es en los sesenta, creo que entonces las llamaban «azafatas», no «TCP» —observé. Saqué unas cuantas cosas de la nevera y preparé una tabla de picoteo bastante decente. La llevé junto con una botella de blanco fría al puf en una bandeja—. Aquí tiene, no es exactamente una cena de chuletón, pero tenía razón, tiene un montón de comida.

—Es por mi hermana. Hizo un pedido enorme al súper antes de irse otra vez de viaje. También hay bayas de açaí y un bol de cereales ahí dentro.

—No voy a… comerme eso —dije titubeando—. Pruebe esto.

—¡Eso tiene una pinta increíble! —dijo, prácticamente abalanzándose sobre la bandeja cuando la dejé—. Se metió una loncha de queso en la boca y empezó a picar de la tabla, cogiendo aceitunas, prosciutto, unos cuantos dátiles. Colocó su botín en una servilleta y luego eligió unas crackers para mojar en hummus—. Dios mío, esto está buenísimo. ¿Cómo ha hecho todo esto?

—He saqueado sus armarios y su nevera, así que no puedo atribuirme el mérito.

—Recuérdeme que le mande un mensaje de agradecimiento a mi hermana —dijo, poniendo queso y prosciutto sobre un dátil y comiéndoselo—. Pruebe el prosciutto salado con los dátiles. Es una combinación increíble. Oooh… ¡pera! —Cogió un par de rodajas de pera que yo había cortado y las mordisqueó.

Abrí el vino y serví dos copas, ofreciéndole una. Me dio las gracias y bebió un trago.

—Creo que esta es la tercera vez que me rescata. Eso le cualifica oficialmente como hacedor de milagros.

—No creo que poner su propia comida en un plato sea un milagro —dije, comiendo algo de hummus.

—No puede saber —dijo, dando un trago y una larga respiración — lo que es llegar a una casa vacía todas las noches. Pasar todo el día en este trabajo de altísima presión donde al menos la mitad de mi plantilla apuesta a que voy a fracasar, y luego volver a casa donde no hay nadie. Usted ha puesto la comida en un plato y ha abierto el vino, eso para mí es la gloria. —Dio otro sorbo, apartó la mirada como si hubiera dicho demasiado, hubiera sido demasiado sincera o vulnerable.

—Sé exactamente cómo es eso, Kristyn —dije con amargura—. Al menos usted tiene un gato.

—¡Solo se me acerca cuando le doy de comer! ¡Ni siquiera consigo que duerma en la cama! —casi gimió—. La gente siempre quejándose de que sus mascotas no paran de intentar dormir en la cama de los humanos, ¡y aquí estoy yo abriendo literalmente una lata de atún para intentar convencerlo de que duerma ahí! —Soltó una risa que habría podido ser un quejido si lo pensaba—. ¡No consigo meter a nadie en mi cama ni sobornándolo con comida!

Di un trago, luego me aclaré la garganta.

—No creo que eso sea ni remotamente cierto. Podría tener a quien quisiera en su cama.

Se quedó paralizada con una cracker cargada a medio camino de la boca y me miró fijamente.

—Bueno, mierda. Ojalá no hubiera dicho eso en voz alta. ¿Cuánta ginebra le ha puesto a esa copa? —pregunté—. Debería irme. Seguramente son casi las seis… —Miré el móvil—. Vale, no son casi las seis. Son casi las ocho. No tenía ni idea de que llevaba dos horas aquí. Lo siento. —Me puse de pie. Cuando ella intentó levantarse, negué con la cabeza—. No, quédese ahí, coma algo, prométame que descansará y beberá agua. Estaré encantado de recogerla para ir al trabajo mañana, si quiere.

—No, ya ha ido más allá del deber, Dr. Lippert. Me organizaré un transporte. Gracias por traerme a casa esta noche. Ha sido muy amable.

—Debería llamarme James, de verdad. Y no fue amabilidad —le dije, incapaz de contenerme—. Ha sido un final perfecto para el día. Buenas noches, Kristyn.

Mientras caminaba hacia mi coche, me maravillaba de lo fácil que era hablar con ella, de cuánto sentía un anhelo físico como un nudo en el pecho, una presión en la garganta. Quería darme la vuelta y llamar a su puerta. Preguntarle si podía volver a entrar, terminar la botella de vino con ella y seguir hablando. Ver una película tonta juntos solo para oír sus comentarios, lo afilada y graciosa que sería, y podría escucharla hablar durante horas. Quería contarle más sobre lo que se sentía estando casado con mi trabajo, sin tiempo para una relación y sin ganas de intentarlo con alguien que no entendiese la exigente agenda que llevaba. Que lo que necesitaba, quizá, era alguien como ella.

CAPÍTULO 13

KRISTYN

Después de más o menos una semana, mi tobillo iba mejorando y mi entorno laboral también. Había sustituido a tres de los cinco empleados que ya no estaban en el equipo. Dos de mis nuevas incorporaciones eran mujeres. No me andaba con contemplaciones ni pedía disculpas. Sabía que estaba removiendo las aguas, pero eran el tipo de aguas que había que remover. Mi visión para la organización era a largo plazo, y sabía que estaba trayendo a las personas adecuadas. Si Recursos Humanos tenía que gestionar un par de quejas sobre mis cambios «drásticos», para eso les pagábamos. Con la orientación de mi jefa de RRHH, estaba desarrollando un programa de bienestar para los empleados que ofreciera a nuestro personal algo más que acceso al gimnasio. Podríamos ofrecer clases de yoga y meditación, crear un par de clubs en torno a libros u otros intereses comunes. Sería bueno para la salud mental de todos los empleados y fomentaría un buen clima y cultura en el lugar de trabajo. Charlie, uno de los entrenadores asistentes, estaba casado con una profesora de yoga, y ya me había puesto en contacto con ella para pedirle consejo.

Estaba revisando mis últimos correos electrónicos y priorizándolos antes de leerlos cuando recibí una llamada.

—Hablando del rey de Roma —dije cuando el número de Charlie apareció en mi teléfono.

—¡Te necesito en la pista ahora mismo! —gritaba para hacerse oír. Había un jaleo de fondo—. Estamos en la pista principal. James ya está aquí… —la llamada se cortó.

Me puse de pie y fui cojeando hacia el ascensor, maldiciendo la bota ortopédica que todavía tenía que llevar para estabilizar el tobillo. Cuando llegué a la pista principal donde se estaba entrenando, vi el motivo de todo el caos. Nuestro alero estrella, Deacon Ranker, estaba en el suelo, agarrándose el brazo derecho, con la cabeza echada hacia atrás y su joven rostro contraído en una mueca de dolor.

Tantos pensamientos me cruzaron por la cabeza mientras me apresuraba hacia él. Mentiría si dijera que no me estremecí al ver a James de rodillas junto a Deacon.

Cuando James levantó la vista y nuestras miradas se encontraron al llegar yo a la pista, vi cómo sus ojos me recorrían de arriba abajo, dedicándome un repaso que me encendió las mejillas y me empapó entre las piernas. Solo cruzar la mirada con él y sostenerla me ponía a cien. Sacudió levemente la cabeza para indicar que la cosa no pintaba bien. Yo alcé las cejas en gesto de pregunta, y él me miró de nuevo, esta vez lamiéndose los labios. Se me secó la boca, posiblemente porque toda la humedad de mi cuerpo estaba concentrada en ese punto palpitante entre mis piernas. La respiración se me aceleró e intenté pensar en qué decir. James hizo una seña a un par de chicos y a su enfermera. Colocaron a Deacon en una silla de ruedas y James les indicó que llevaran al jugador a su consulta. James se volvió hacia mí e hizo un gesto a los entrenadores para que se acercaran a ponernos al día.

—Ha tenido una caída muy fea. Al aterrizar, cayó con todo el peso sobre ese hombro derecho. Le vi la cara, y ya hay una hinchazón considerable. Necesito una resonancia para confirmarlo, pero sospecho que estamos ante un desgarro del manguito que necesita cirugía cuanto antes.

Solté un quejido.

—Mejor ahora que en mitad de la temporada —dijo Charlie.

—Mejor nunca —respondí—. Dígame cuánto tarda en recuperarse si tiene razón y necesita cirugía.

—Cuatro meses quizá, o seis, dependiendo de lo comprometido que esté con la rehabilitación. La primavera pasada se lo tomó como una broma, y no quiero volver a pasar por eso. Tiene que tomárselo en serio para no acabar con limitaciones permanentes de movilidad y flexibilidad. Se cree invencible, y hay que convencerlo de que no lo es.

—Estamos a dos semanas del inicio de la temporada —dije.

—Lo sé.

—Haga esa resonancia y dígame dónde estamos —le dije. Luego lo seguí hasta el ascensor—. ¿Tiene otra muestra de los analgésicos? Todavía no he pasado por la farmacia con la receta. La sigo teniendo en el bolso.

—¿Le sigue molestando el tobillo?

—Sí. A veces está bien, y luego empieza a latir como un demonio. Pensé que ya se me habría pasado.

—Se lo torció bien —dijo, y me llevó a su consulta donde me entregó otra muestra—. Vaya despacio con estos, ¿de acuerdo? Tome ibuprofeno cuando pueda.

Asentí y le di las gracias. Me alegraba de que estuviera allí y de que fuera él quien se ocupaba de lo que le pasara a Deacon. Lo vi alejarse y supe que estábamos todos en buenas manos.

CAPÍTULO 14

JAMES

La resonancia solo lo confirmó. Nuestro alero estrella estaba fuera de juego por un tiempo indefinido. Tenía que dar la noticia al paciente, a su agente y luego a la directora de operaciones. Era muy posible que prefiriera ir a la policía y confesar un crimen que no había cometido antes que enfrentarme a Kristyn Chase con exactamente la noticia que no quería oír. No podía esperar una aceptación resignada. Al fin y al cabo, era la hija de su padre.

Aunque él era un hueso duro de roer, tenía una vena teatral y a menudo prefería adoptar un aire de mártir sufrido. Kristyn era más dura, más directa con las cosas, pero su decepción y frustración no se contendrían. Le preocupaba menos su imagen que el éxito general del equipo. El hecho de que no antepusiera su ego iba a empeorar las cosas, porque mientras Roland Chase habría adoptado el aire de un mártir y asegurado a todos que él se ocuparía de todo, Kristyn saldría a por todas sobre lo imposible de la situación.

Subir por las escaleras hasta la suite ejecutiva fue una decisión que tomé enteramente por mi salud y en absoluto porque estuviera dando largas. Era una conversación necesaria. Como directora de operaciones, Kristyn debía ser informada de todos los detalles del

plan de tratamiento. Cuando entré y me dispuse a sentarme a esperar para verla, Connie me dijo que pasara directamente.

—Te está esperando —dijo con una expresión que decía «buena suerte».

—Gracias —respondí y entré en el despacho.

El despacho de Kristyn tenía un aspecto completamente diferente. Había cambiado las obras de arte de los pósters enmarcados centrados en el equipo de Roland por unas preciosas fotografías en blanco y negro de faros y acantilados azotados por olas rompientes. Eran evocadoras y dramáticas, y me habría gustado contemplarlas más tiempo del que me permitía el vistazo fugaz que pude echarles.

También había movido el escritorio de donde lo tenía su padre. Ahora la ventana quedaba detrás de ella y miraba hacia la puerta. Como si algún problema hubiera podido pillarla desprevenida de todas formas.

—Ha hecho de este sitio algo suyo —dije a modo de saludo—. Le queda estupendo.

—Gracias. Así me va mejor, y no tengo la sensación de estar en el despacho de mi padre todo el rato.

Asentí y me quedé allí de pie, esperando a que me ofreciera asiento, pero en vez de eso, se levantó y rodeó el escritorio para ponerse frente a mí.

—¿Cuál es el parte? —preguntó, y la expresión sombría de su bonita boca me dijo que esperaba lo peor.

—Es lo que sospechaba —dije—. Desafortunadamente, Deacon se ha roto el manguito rotador, y le he programado la cirugía a primera hora de mañana. Pasa la noche en el hospital para asegurarme de que esté hidratado y listo.

—No se fiaba de dejarlo irse a casa —dijo.

—Exacto. Me duele decirlo, pero estaba furioso, y se habría ido a emborracharse o algo peor y habría llegado en malas condiciones para la operación. La lesión tiene que repararse, y no podía arriesgarme a que no se presentara a tiempo o no siguiera las indicaciones.

—Es lo sensato —dijo con un breve asentimiento—. Pero ¿está seguro de que necesita cirugía? ¿No existe la posibilidad de que solo tome antiinflamatorios y haga ejercicios?

—No hay suficientes antiinflamatorios en toda Norteamérica para arreglar este desgarro. Sé que espera un plan de tratamiento alternativo para él, y que no cuestiona mi criterio como traumatólogo… —dije, dándole la oportunidad de aclarar, de decir que no pretendía ofender. No abordó el tema en absoluto—. Pero se trata de una rotura completa y la cirugía es la única forma de arreglarlo.

—Esto es justo lo que nos jodidamente faltaba —gruñó—. Mi alero estrella fuera durante meses y patrocinadores que van a querer saber por qué su nombre estrella va a estar sentado en el banquillo los próximos seis meses o más.

—Puedo tenerlo en plena forma a tiempo para los playoffs —dije.

—Si es que llegamos a los playoffs, que a este paso no es más que un sueño inalcanzable. Estoy tan frustrada, porque parece que una cosa detrás de otra. Como una avalancha de mierda. Vale, esperar un montón de papeleo extra o algo de resistencia al cambio de liderazgo por parte del personal, pero no anticipé este espectáculo de mierda humeante en mi primer mes en el puesto. No voy a fingir que no estoy completamente cabreada con esto. Soy consciente de que estadísticamente las lesiones de manguito rotador son al menos tan comunes como las roturas de ligamento cruzado en el baloncesto profesional, pero ¡joder, James! ¿Es que no saben usar sus propios puñeteros brazos correctamente? Porque esto es, ¿qué? ¿Cuatro puñeteras lesiones de manguito rotador en los últimos seis meses, parte de los cuales era temporada baja? No es que estén lanzando peso recreativamente mientras están de vacaciones. ¿Hay algún tipo de puto entrenamiento que podamos hacer, usted y el jefe de fisioterapia, para, no sé, enseñar a atletas profesionales a no destrozarse los hombros cada vez que se lavan los dientes?

Para puntuar la palabra «dientes», le dio una patada a la elegante papelera de acero inoxidable que había al extremo de su

escritorio con la bota ortopédica. Hizo un estruendo descomunal, y yo esperé en vilo, medio pensando que podría echarse a llorar.

En vez de eso, se dejó caer en una de las sillas de visitas con un aire de persecución exhausta que me recordó un poco a Roland, pero supe que era mejor no mencionarlo. Soltó un suspiro y me miró desde abajo a través de un pelo solo ligeramente alborotado, enviando un soplido hacia arriba para apartarse el flequillo cortina de los ojos.

—Si está esperando a que me disculpe por el arrebato o a que rompa a llorar, póngase cómodo porque no va a pasar. Ha sido una maldita cosa detrás de otra desde que tomé las riendas. Tardé semanas en encontrar tiempo para arreglar mi despacho, para que no pareciera que me acababa de mudar esta mañana. No ha habido tiempo para ponerme al día con la curva de aprendizaje de estar al mando cuando tengo empleados machistas e imbéciles soltando burradas por un lado y jugadores reventándose los manguitos rotadores a diestro y siniestro. ¿Esto es sabotaje o me viene grande, James?

Me miró como si esperara una respuesta.

—Ni lo uno ni lo otro —dije con franqueza—. Estar al mando es una mierda la mayor parte del tiempo. Fui jefe de cirugía traumatológica durante dos años antes de dejarlo para trabajar con los Clippers y, para serle sincero, en un momento dado consideré dejarlo todo para conducir un camión de helados.

—¿Un camión de helados? —resopló.

—Parecía divertido, y mucho menos estresante que ser culpado de todo, desde el atasco del váter de los empleados hasta la pesadilla de cuadrar los turnos de urgencias. Echaba de menos los tiempos en que era residente y lo único que me preocupaba era matar a alguien accidentalmente en el quirófano porque no había dormido en tres días, y un artículo de investigación que iba con retraso.

—Habla en serio.

—Completamente.

—¿No soy solo yo? Quiero decir, sabía hasta la médula que tenía lo necesario para hacer este trabajo y mi intención era hacer de este

puesto lo que me diera la gana. Luego asumí el mando y poco a poco, a medida que el agotamiento y el desbordamiento se instalaban, mi confianza empezó a escurrirse como unas fajas baratas.

—Me temo que me he perdido con esa referencia.

—Si compras Spanx de marca blanca, la cinturilla se baja derrotada, y es irritante e ineficaz. Eso es lo que me aterroriza en el fondo. Que pensaba que podía hacerlo, pero que todos los que me odiaban tenían razón. Me estaba llevando el mérito reflejado de mi padre cuando él se encargaba de todo y ahora soy irritante e ineficaz. Como unas Spanx del Primark.

—Eso es mucha información que procesar —dije para disimular mi incomodidad.

—Bueno, es que soy mucho. Si se acaba de dar cuenta de eso, voy a tener que empezar a dudar de usted. Pensaba que era perspicaz, doc.

—¿Hemos vuelto a doc? —dije, desconcertado.

—¿Cuándo lo dejamos? —dijo, extrañada.

—Me ha llamado James antes.

—Habrá sido un desliz. Mi madre, que en paz descanse, siempre nos enseñó a mi hermana y a mí a usar los títulos profesionales de la gente. Que no nos pusiéramos demasiado personales con el personal y todo eso —explicó. Luego, con la voz más suave y teñida de un matiz de tristeza—: Ojalá estuviera aquí.

No estaba acostumbrado a ver una muestra de vulnerabilidad en Kristyn y me conmovió. —Debe de echarla mucho de menos.

—Todos los días. Me diría que dejara de quejarme y fuera proactiva. Que hiciera que los entrenadores, preparadores y fisioterapeutas idearan otro plan para mantener sanos a estos idiotas y en la pista. Que no podemos permitirnos ser descuidados, no con la salud de los jugadores. Especialmente cuando tienden a ser impulsivos a veces.

—Estos son tíos que llegaron a la NBA luciendo, arriesgando, llevando sus cuerpos más allá de lo cómodo. Va a hacer falta más que decirles que tengan cuidado si quiere reducir las lesiones.

—No quiero hacer un incentivo porque eso fomentaría que mintieran y ocultaran lesiones menores que podrían derivar en otras mayores. Incentiva la infradeclaración y la evasión del tratamiento —dijo.

—Estoy completamente de acuerdo. Y me impresiona que haya ido directa a los riesgos de ofrecer dinero por temporadas sin lesiones. La mayoría de los directivos, la mayoría de la gente de negocios que conozco, habrían tirado de talonario. Ofrecer la zanahoria y no preocuparse nunca de las consecuencias.

—Crecí aquí, James. Conozco a estos tíos y me importa su bienestar mucho después de que dejen el juego para siempre. No quiero que tengan dolor crónico o problemas de movilidad porque no fuimos diligentes cuidándolos. Durante demasiado tiempo, los atletas jóvenes han sido… bueno, tratados como animales, como caballos de carreras a los que haces correr hasta que se rompen una pata y hay que sacrificarlos, metafóricamente hablando. Un recurso a exprimir.

—Especialmente atletas de entornos desfavorecidos, atletas racializados… —añadí.

—Exacto. No son una mercancía. Son personas con un conjunto de habilidades comercializables que los aficionados encuentran entretenidas y emocionantes. Pero son personas, al fin y al cabo. Eso significa que los cuidamos mejor, no que buscamos un reemplazo cada cinco años.

—Resulta que usted y yo coincidimos en los valores fundamentales para el equipo. Es bueno saberlo y, francamente, inesperado, ya que, en mi trato limitado con su padre, él no siempre compartía esa visión.

—Lo sé —lo dijo con tristeza—. Quiero mucho a mi padre, pero nunca vamos a estar de acuerdo en todo. Para que le sirva de algo, yo esperaba que esto fuera difícil. Que habría baches en el camino hasta que todo el mundo se asentara y encontráramos nuestro ritmo como equipo. Solo siento que he ido a destiempo más a menudo que no últimamente. Quizá sea esta maldita bota.

Quería ofrecerle palabras de aliento, pero no estaba seguro de que quisiera oírlas.

De repente, se puso en pie con determinación. —Ya basta de eso —dijo con brío—. Se acabó la autocompasión. Me voy a casa. Buenas noches, doc.

Kristyn cogió su bolso y el móvil y se dirigió al ascensor. Bajé con ella, decidiendo que no había nada en mi consulta que necesitara llevarme con urgencia. No cuando tenía la oportunidad de acompañarla a la salida.

De camino al aparcamiento, hablamos de un podcast que había estado escuchando de camino al trabajo últimamente, sobre los primeros días del proyecto del rover de Marte. Me gustaba escucharla hablar, descubrir las cosas tan variadas que le interesaban. No concebía pasar mi trayecto escuchando a alguien hablar de la NASA, pero a ella le entusiasmaba de verdad. Yo era culpable de poner la misma lista de reproducción todos los días por costumbre, o de conducir en silencio.

Cuando llegamos a su coche, sacó las llaves y dijo:

—Han funcionado perfectamente desde que el concesionario arregló el fallo electrónico. Espero haberle dado las gracias aquel día, cuando me llevó a casa. Estaba tan cabreada con el servicio técnico por negarse a venir a solucionar el problema inmediatamente que vete tú a saber lo que dije.

—Me las dio —le aseguré.

—No las suficientes —dijo con terquedad—. Acabo de descargar sobre usted todo lo que me frustra de mi nuevo puesto directivo. Ha tenido que escuchar una lista de quejas normalmente reservadas para mi hermana pequeña. Me atendió el tobillo cuando me lo torcí, me llevó a casa cuando necesitaba que me acercaran, y me preparó una cena deliciosa cuando estaba a partes iguales muerta de hambre y agotada. Y hoy no se ha puesto a la defensiva cuando he despotricado sobre las frecuentes lesiones de hombro que azotan a nuestros jugadores. No se ha golpeado el pecho ni me ha llamado arpía ni me ha dicho que es imposible que entienda cómo funcionan las cosas porque soy mujer. El caso es que, aparte de Connie, usted ha sido la única persona del equipo que ha sido coherente en su apoyo y fiable. En lo que a mí respecta, no hay suficiente helado de lujo en el mundo para agradecérselo.

—No tiene que darme las gracias. Me gusta mi trabajo y me gusta su visión para la organización. Si hay algo que pueda hacer para impulsar esa agenda o echarle una mano, espero que sepa que puede contar conmigo.

Alzó la mirada hacia mí, y tuve un instante sin aliento en el que tuve que contenerme para no besarla. Sus labios estaban tan cerca, entreabiertos en una suave sonrisa, y toda esa calidez y gratitud en su mirada se me estaba subiendo a la cabeza como un brandy excepcional. Su mirada no titubeó, y no apartó los ojos. Decidí que la única decisión inteligente era aclararme la garganta y desearle buenas noches, así que cuando empecé a dar un paso atrás, esperando romper el hechizo de atracción entre nosotros, sus llaves repiquetearon contra el hormigón.

Ella dijo «¡Oh!» al mismo tiempo que yo decía «Las cojo yo».

Me agaché a recoger sus llaves de donde habían caído justo al lado de su pie. El tobillo esbelto, la curva y el trazo de su pantorrilla me distrajeron momentáneamente mientras alargaba la mano hacia las llaves. No me di cuenta de que ella se había agachado a cogerlas al mismo tiempo que yo. Cuando las alcancé, su mano también estaba allí, rozando la mía, cálida y pequeña y preciosa.

Su suave inspiración captó mi atención al encontrarme con sus ojos. Su mano seguía en la mía, y sus labios rosados tan cerca, suaves y carnosos y todo lo que quería saborear, lo que quería sentir por todo mi cuerpo. Emití un sonido estrangulado mientras el pulso me latía a una velocidad demencial en las sienes, mis dedos cerrándose sobre los suyos y apretando. Ella de alguna manera se acercó infinitesimalmente a mí, casi cerrando la distancia entre su boca y la mía. El subtono dorado de su piel, la constelación de pecas como polvo de estrellas en sus mejillas… Estaba deslumbrado por ella. Embelesado. No había manera de actuar con indiferencia aquí, de comportarme como si no estuviera en cuclillas en el suelo, sosteniendo sus llaves y su mano, discutiendo conmigo mismo sobre si tenía permiso para besarla.

La ética y las normas existían para prevenir este tipo de situaciones, esas en las que sabes exactamente lo correcto, pero cada instinto de tu cuerpo te grita que hagas justo lo contrario. Mi

mirada rozó sus labios y supe en ese instante lo bien que se sentiría, lo correcto, atrapar ese labio inferior carnoso entre los míos y darle un tirón suave. Succionar y lamer hasta que todo lo que ambos fingíamos ser se derrumbase por completo. Podía destrozarnos a los dos con tanta facilidad.

Sus ojos, casi esmeralda de cerca, brillaban y estaban clavados en los míos. Sentía el calor de su cuerpo, casi podía trazar la silueta de cada curva por su cercanía y el anhelo punzante de amoldar mis manos a ella, de aprender cada hondonada y cada volumen de su cuerpo con el tacto. La tentación, sin embargo, la más dulce y agónica de las tentaciones, era invisible, tan sutil que casi podía creer que la había imaginado.

Kristyn y yo estábamos cara a cara. El abanico suave de su aliento sobre mis labios era como un giro de cuchillo en mis entrañas. Quería atrapar su boca, saborearla, ser su respiración y alimentarme de su deseo. Mi control se estaba doblando hasta el punto en que pensé que se quebraría como yesca seca partida contra mi muslo antes de prender una hoguera. Jamás, ni por un segundo, había deseado a ninguna otra mujer como la deseaba a ella.

Estaba conteniendo la respiración. Lo recibí como un puñetazo en el pecho. Kristyn estaba conteniendo la respiración esperando a que la besara.

Al final, no fue la fuerza de voluntad ni un autocontrol heroico lo que me detuvo. Fue Don, el insoportable del vestuario, cuyo silbido desafinado anunció su llegada. A la primera nota temblorosa, mi mano se apartó de la suya de un tirón. Nos separamos apresuradamente, con azoramiento, un rubor oscuro tiñendo la mejilla de Kristyn.

—Buenas noches, jefa —dijo Don con un resoplido al echarnos un vistazo al pasar.

¿De verdad había arriesgado nuestros trabajos, nuestras reputaciones, por casi besar a mi jefa en un lugar público? Me froté la cara con las manos y di otro paso atrás solo por precaución. —Será mejor que me vaya —dije innecesariamente.

Caminé hacia mi coche preguntándome qué acababa de pasar, y qué habría pasado si Don no hubiera aparecido justo en el momento preciso. Solo por virtud de esa coincidencia me había librado de tomar una decisión con potencial para destruir mi carrera. Tuve suerte de que apareciera cuando lo hizo. Salvo que durante todo el camino a casa sentí que su momento había sido un desastre. Que el bocazas del encargado de equipamiento se había estrellado contra uno de los momentos más mágicos de mi vida adulta y había roto el hechizo. Cabrón insoportable.

En casa, intenté relajarme, quitarme a Kristyn de la cabeza, pero no había forma de sacármela de dentro. El cuerpo me vibraba de energía sin gastar, mi deseo por ella aún a punto de ebullición. Nada —ni ESPN ni hacer ejercicio— podía distraerme lo más mínimo. Probé una ducha fría, pero ni siquiera el golpe gélido del agua contra mi piel desnuda funcionó. El calor parecía irradiar de mí en oleadas. Si cerraba los ojos, imaginaba el esmeralda de los suyos con su anillo de verde ligeramente más oscuro. Podía aspirar el recuerdo de su perfume, casi sentir la piel de seda de su garganta tal y como se sentiría bajo la caricia de mi pulgar, su pulso latiendo frenéticamente.

Un alivio, el que fuera, era lo único en lo que podía pensar. Aunque fuera la imitación más pobre y pálida de lo que realmente quería. Me agarré, apreté y acaricié, asombrado de lo perdido que seguía estando por ella. Cerré los ojos, puse el agua a una temperatura más caliente y me dejé llevar.

«Por favor», susurró contra mis labios, sus dedos retorciendo la tela de mi camisa. Me levanté, poniéndola en pie conmigo. Abrió el coche y me deslicé en el asiento trasero. La atraje sobre mi regazo sin esfuerzo y ella cerró la puerta. Por fin la tenía en mis brazos, acunada contra mi pecho. Me dediqué a soltarle el pelo, a bajarle la cremallera del vestido. Por su parte, Kristyn dejó caer la cabeza hacia atrás sobre mi brazo mientras la besaba. Jadeó cuando mi lengua le llenó la boca, y la succionó con tanta fuerza que lo sentí directamente en la polla. Cuando sus brazos rodearon mi cuello, la estreché más, aplastándola entre mis brazos. Era mía por fin. Estaba arrastrado por el placer de morrearnos en el asiento trasero de su

coche, sus pechos llenos llenándome las manos ávidas mientras ella se alzaba para ponerse a horcajadas sobre mí.

La polla me palpitaba contra la cremallera, dura e hinchada. Cuando se acomodó en mi regazo, la sentí moverse contra mí, el calor y la fricción de su cuerpo un tormento bienvenido. Supe que reconoció el relieve duro de mi erección presionando contra su vientre. Se tensó al notar la prueba de mi deseo, pero luego pareció derretirse contra mí, hundiéndose en mis brazos. Kristyn me besó la mandíbula y susurró contra mi oído: «Te quiero dentro de mí, doc».

Su mano estaba bajo mi camisa sobre mis abdominales. Era demasiado. Iba a correrme en los pantalones, a empaparle la mano si tan siquiera me rozaba sin querer. Le agarré el muslo y deslicé la mano bajo su falda. Aparté sus bragas y hundí los dedos en su empapado centro, sus labios carnosos abriéndose fácilmente alrededor de mis dedos y ciñéndose a mí, recubriéndome con la prueba resbaladiza de su deseo. Curvé el dedo justo dentro de su sexo y sentí su pulso respondiendo alrededor de mis dedos. Tan receptiva, tan lista para mí.

Ella forcejeó con el botón de mis pantalones, y tuve que apartarle las manos para liberarme. Me empujé hacia arriba, incapaz de contenerme. Con una mano, le arranqué las bragas, y con la otra la sujeté firme por la cadera. Me enterré en ella por completo, duro y grueso, palpitando y sacudiéndome mientras la penetraba. Embestí una vez, dos, y entonces su boca se abrió en un «oh» de asombro sobrecogido. Empecé a correrme. Bombeé dentro de ella furiosamente, la estreché con fuerza contra mí para que supiera exactamente quién se la estaba follando. Con una mano apoyada en el asiento detrás de mi cabeza, me cabalgó mientras me corría, derramándome dentro de ella mientras su cuerpo me ordeñaba. Siguió meciéndose contra mí cuando quedé agotado, dejándome frotar contra su pelvis y darle la fricción que necesitaba. Le sujeté las caderas y la moví arriba y abajo, frotándole el clítoris hasta que gritó mi nombre, me agarró la cara y dejó que la besara mientras se corría con un estremecimiento atronador y un grito de puro éxtasis.

Me corrí entonces, empapándome la mano, más fuerte de lo que recordaba haberme corrido jamás. Eché la cabeza hacia atrás contra

la pared de la ducha y dejé pasar el orgasmo, obteniendo por fin algo de alivio.

CAPÍTULO 15

KRISTYN

—¿Y qué dice el doctor Lippert sobre Deacon? —me preguntó mi padre durante un almuerzo temprano.

El doctor Lippert. Hacía tiempo que no pensaba en él así. Como el médico del equipo, un cirujano ortopédico altamente cualificado. Desde que lo consideraba algo más que mi amigo, y el hombre con el que intentaba no tener sueños guarros todas las noches y fracasaba estrepitosamente. No paraba de despertarme, con la cara ardiendo de vergüenza, y la mano metida dentro de las bragas trabajándome el clítoris, empapada de excitación por los sueños con James.

—El doctor Lippert dijo que la operación fue como la seda. Espera que Deacon tenga una recuperación sin complicaciones.

—¿Estás resfriada? —preguntó mi padre con suspicacia.

—¡No! Jamás me acercaría a ti si fuera contagiosa o siquiera sospechase que me estaba poniendo mala, papá. Lo sabes. ¿Por qué? —pregunté a la defensiva.

—Te noto la voz ronca. Te tomo la palabra. Cuando hablé ayer con Kali, me estaba haciendo una videollamada desde un mercadillo en Croacia y no paraba de hablar maravillas del tiempo y de lo azul que era el cielo allí.

—Tienes suerte. Me habría encantado ver el mercadillo. En cambio, a mí me hizo una videollamada desde una discoteca donde había tanto ruido y tan poca luz que no entendía lo que decía. Se llevó el teléfono al baño para enseñarme el vestido con mejor iluminación; era una cosa de lentejuelas rosa, espectacular con ella, obviamente. Llevaba un rato bailando así que los rizos se le habían caído, y estaba sudada, pero parecía una modelo que había estado de fiesta, no una leñadora con franela fuera de temporada, que es lo que parecía yo después de hacer ejercicio esta mañana —dije.

—Eso está bien, estás sacando tiempo para cuidarte. Ese trabajo puede devorarte viva si no aprendes a gestionarlo.

—¿Gestionar qué? Es veinticuatro horas al día, siete días a la semana, y exigiría más horas si *existieran* más horas —solté, esperando que se riera. Negó con la cabeza.

—¿Cómo te va la vida, Kris? —preguntó.

—Ya te lo he dicho, ahora que Douglas no me estorba, la cosa va mucho más rodada en la oficina. Salvo por el alero estrella destrozándose el hombro, evidentemente.

—Estoy muy orgulloso de las decisiones que estás tomando. Estás trayendo el lugar al presente, se acabó el club de chicos de los noventa. Y si alguien puede darles una patada en el culo para meterlos en el siglo veintiuno, eres tú.

—Gracias, papá —dije, brillando un poco con la aprobación que siempre insistía en que no necesitaba.

—Pero te he preguntado por tu vida, no por tu trabajo.

—Ahora mismo no tengo tiempo para nada más —respondí—. Tú mejor que nadie deberías entender lo exigente que es el puesto de directora de operaciones, especialmente en la transición a un nuevo liderazgo.

—Sé exactamente lo absorbente y complicado que es tu puesto, ya que hice ese trabajo durante décadas. Sin embargo, hacía más cosas aparte de trabajar. ¿No estuve felizmente casado con tu madre hasta que falleció? ¿No aparecí en todos y cada uno de los partidos, recitales y conciertos de banda tuyos y de tu hermana?

—Sí —dije con humildad—. Siempre estuviste ahí en los momentos importantes.

—Así fue. Porque sabía lo que era importante para *mí*. Incluso aquellos espantosos conciertos de banda. No me puedo creer que te dejara intentar tocar la trompeta. —Hizo una mueca al recordarlo, y yo sonreí de oreja a oreja.

—Pues sí. Mamá y tú nos dejasteis probar todas las actividades y equipos hasta encontrar lo nuestro. Me da la impresión de que te alegras de que no eligiera trompetista como profesión.

—Te habrías muerto de hambre a menos que la gente te pagara para que *no* tocaras —bromeó, y me reí.

—Venga ya, hice un solo increíble de Call Me Al en el concurso de bandas.

—Me empiezan a sangrar los oídos solo de pensarlo. Te juro por Dios que si alguna vez me hubiera gustado la música de Paul Simon, tus ensayos para ese solo habrían bastado para hacerme odiarlo personalmente. Debería haberle mandado pescado podrido y amenazas de muerte por haber grabado la canción.

—Mamá dijo que le ofreciste a mi profesor de banda entradas en primera fila para que me dijera que no tenía potencial y lo dejara.

—Eso es mentira —dijo con sequedad.

—Venga ya. Mamá no habría mentido sobre eso y no está aquí para defenderse —dije.

—Eran abonos de temporada, en primera fila. No solo un partido. Yo sabía el valor de lo que estaba pidiendo —dijo, y yo puse los ojos en blanco.

—¿El señor Potts de verdad rechazó abonos de temporada? —pregunté—. ¿Pensaba que yo de verdad tenía potencial?

—No, era fan de los Lakers —bufó papá—. No tenía nada que ofrecerle.

Lo dijo con tanta amargura que no pude evitar reírme.

—Tienes que sacar tiempo, cielo —dijo, con la voz tornándose seria de repente—. Quería que siguieras mis pasos porque creía que era lo que tú querías, pero no si te consume, no si te has convencido a ti misma de que este trabajo va a ser lo único en tu vida.

—No me he convencido de nada, papá. Mi experiencia es que no hay horas suficientes en el día para atender todas las responsabilidades que tengo.

—Por eso contratas a un asistente. Como Douglas pero que no sea un blandengue que le da miedo trabajar para una mujer.

—Ahora mismo me pongo, papá —dije con sorna—. Requisitos principales: no ser un blandengue.

—Bueno, puede que quieras redactar el anuncio de otra forma —bromeó.

—No sé, a mí me gusta tal cual. No deja lugar a interpretaciones. —Mi padre simplemente negó con la cabeza—. Hablo en serio, Kris, contrata a un asistente. Delega la mierda aburrida y revisa bien cualquier cosa importante que haga. La mayoría de los correos y llamadas, todo lo que te haga perder el tiempo, incluso transmitir mensajes al personal sobre mejoras que tienen que hacer en su rendimiento. A mí me gustaba hacerlo personalmente, pero también consume mucho tiempo. Usa al asistente como tu portavoz, que Connie ayude a formarlo.

—Es un buen consejo, papá —dije—. Cuando me haya ganado el puesto de verdad, contrataré a alguien de confianza y le dejaré encargarse de un montón del rollo aburrido, pero es diferente para una mujer. Tú podías tener vida fuera del trabajo porque, seamos sinceros, mamá hacía que esa vida existiera y funcionara en tu ausencia para que tú pudieras ser el artista invitado. Mientras tanto, todo el mundo aceptaba que eras genial en tu trabajo. Nadie abría apuestas sobre cuánto tardarías en dejarlo.

—Te ganarás el puesto, y entiendo que las cosas son un poco diferentes para ti ahí fuera de lo que fueron para mí. Pero no puedes dejar que se apodere de tu vida. No querrás mirar atrás dentro de unos años y pensar: «Bueno, hice un trabajo increíble para el equipo, pero ojalá tuviera a alguien esperándome en casa, ojalá tuviera una familia. Simplemente nunca saqué el tiempo.» No puedes sacrificarte a ti misma o nunca serás feliz.

—Fui feliz en Carolina el año pasado, bebiendo destornilladores en el bar del hotel contigo y los entrenadores.

—Fue una noche divertida, pero eso no es felicidad de verdad. Quiero más para ti que limitarte a esperar las copas con los compañeros de trabajo.

—Estoy genial, papá, te lo prometo —dije.

Cuando me fui, le di un beso en la mejilla y conduje a casa intentando no pensar en las cosas que había dejado de lado por mi carrera. Me permití imaginar cómo sería tener una vida fuera del trabajo, y en mi imaginación estaba tumbada en una piscina en una azotea con un sombrero enorme, y James estaba allí conmigo. No me lo esperaba.

La idea me resultó tentadora aunque sabía que era completamente tabú. Intenté reemplazarlo en mi cabeza, poner a otra persona en mi fantasía de futuro. Tíos de la universidad, alguien que había conocido en un evento benéfico el año pasado, o Chris Evans. Nada funcionaba. Era él, al cien por cien. Esos ojos azul hielo, los hombros anchos que delataban entrenamientos frecuentes, el ligero toque de sal y pimienta en su pelo oscuro. Era tan vívido, tan real en mi mente. El doctor James Lippert protagonizaba mi visión del futuro, lo quisiera yo allí o no.

CAPÍTULO 16

JAMES

El primer partido fuera de casa de la temporada siempre hacía que la semana fuera frenética. El hecho de que nuestro vuelo no se retrasara y la reserva del hotel fuera perfecta parecía un pequeño milagro. Había vislumbrado a Kristyn sentada en un asiento de pasillo en el lado opuesto del avión del equipo desde mi ventanilla. Estaba preciosa y tuve que hacer un esfuerzo enorme para no quedarme mirándola.

Bebí agua a pesar de que me apetecía algo más fuerte. No me entusiasmaban los aviones, pero les daba la chapa a los jugadores con la hidratación. Tenía que predicar con el ejemplo, así que me bebí un par de botellas de agua, estiré las piernas cada media hora con un breve paseo por el pasillo. Charlé con jugadores y entrenadores, hice un par de visitas al diminuto baño gracias a toda el agua. Cuando aterrizamos, puede que estuviera maldiciendo por lo bajo, pero llegamos. Una vez nos registramos en el hotel, lo que me pedía el cuerpo era una ducha y una cena. Nos esperaba un día largo al día siguiente.

Había decidido bajar a pillar un sándwich y algo de beber en el bar de la planta baja, así que me dirigí a los ascensores. De repente se abrió una puerta y alguien salió disparado a toda velocidad, casi

chocando conmigo. Extendí la mano justo a tiempo para sujetar a Kristyn cuando estuvo a punto de estamparse contra mí.

—Perdone —dijo. Nuestros ojos se encontraron, registrando esa sacudida familiar que sentía ante cualquier contacto con ella, mi mano en su brazo como fuente de chispas salvajes recorriéndome la piel. Retiré la mano y me la metí en el bolsillo. Luego caminé hasta el ascensor y descubrí que me seguía.

—¿Baja? —pregunté. Asintió. Me fijé en que ya no llevaba la bota ortopédica y había cambiado a zapatos planos—. ¿Cómo va ese tobillo?

—Mejor. Todavía un poco sensible. Intenté entrenar el otro día y de momento me estoy limitando al yoga. Estoy siendo muy responsable con el tema; incluso estoy cogiendo el ascensor en vez de las escaleras.

—La mayoría de la gente prefiere el ascensor —dije.

—Yo no —dijo con énfasis. Supuse que era porque con sus horarios de trabajo le costaba sacar tiempo para entrenar, así que contaba los pasos como parte de su rutina de ejercicio.

Cuando entramos en el ascensor, estaba vacío. Me apoyé contra la pared del fondo, crucé los brazos cuando se cerró la puerta. Estaba a punto de preguntarle a Kristyn si estaba disfrutando del viaje cuando vi que se estaba mordiendo la uña del pulgar. Tenía unas uñas preciosas; era casi un chiste entre los entrenadores y jugadores que se hacía la manicura cada dos semanas y las mantenía impecables y brillantes, y durante la temporada solían llevar los colores de los Clippers. Ahora eran de un rojo reluciente con un acento plateado en una mano y uno azul en el anular de la otra. El pulgar, sin embargo, estaba siendo atacado por sus dientes blancos mientras las puertas del ascensor se cerraban y la cabina empezaba a descender. Estaba lo bastante nerviosa como para dejarlo notar.

—¿Va todo…? —empecé, pero me interrumpió un chirrido y un tirón cuando el ascensor cayó bruscamente y se detuvo. Las luces parpadearon y la cabina se sacudió.

—¡Mierda! —gritó, agarrándose a la barandilla de la pared, donde se había sujetado al perder el equilibrio. Cuando se incorporó, tenía

una mano apretada contra el pecho, como si se hubiera llevado un susto de muerte.

Pulsé el botón de emergencia pero no sonó ninguna alarma, no hubo respuesta. Lo intenté de nuevo y ni siquiera se oyó un crepitar del altavoz. La pantalla digital que mostraba en qué planta estábamos se apagó justo después del piso 31.

—Parece eléctrico. Seguro que tienen un generador de emergencia que se activará en cualquier momento —dije en tono tranquilizador.

La miré bajo las luces parpadeantes, vi que sus bonitos ojos estaban muy abiertos y con una expresión un poco desquiciada, la mirada yendo de un lado a otro. Seguía con la mano en el pecho.

—Podríamos sentarnos —dije, más por ella que por mí, porque no quería que el tobillo empezara a molestarle. Simplemente dejó que las rodillas le cedieran y se deslizó hasta el suelo. Me senté con la espalda contra la pared y me palpé el bolsillo—. Me he dejado el móvil cargando. Si no, llamaría a recepción.

Ella se agachó, cogió el suyo y me lo pasó sin decir una palabra. Intenté buscar el número del hotel y no tenía señal. Lo intenté otra vez. Intenté rellamar al último número. No había forma de hacer llamadas. —Ahora mismo esto es básicamente una linterna de seiscientos dólares con pilas —dije—. No hay cobertura dentro de la caja de acero.

Ella hizo un ruido que sonó a algo parecido a un gemido. ¿Era un quejido? Entonces se apagaron las luces. Oscuridad total, tan densa que desorientaba. Oí sus inspiraciones rápidas, un ruidito agudo de angustia con cada una.

—¿Está bien? —pregunté, con mi voz sonándome demasiado alta en la oscuridad absoluta. Respiraba demasiado rápido para contestarme. Me acerqué a ella a tientas, la busqué, fallé la primera vez y solo toqué el aire. Luego conseguí encontrarla con la mano, mis dedos rozando lo que esperaba que fuera su brazo, pero era su pelo sedoso.

—Eh, tranquila. Solo se ha ido la luz. Nos pondrán en marcha en cualquier momento. Estoy aquí mismo —dije, con la voz más baja y suave. No aparté la mano de su pelo. Tenía que ser claustrofobia.

Por eso siempre cogía las escaleras. Y aquí estaba, temblando, intentando no hacer ruido para que yo no me diera cuenta, para no parecer débil.

—Me dan miedo los mapaches —solté de golpe—. Empezó cuando vi esa película de perros, la del niño que tiene que dispararle a su perro porque le contagian la rabia. No estoy seguro de si era Viejo Yeller o El árbol rojo… hay tantas películas tristes de perros que les ponen a los niños… En fin, después de ver esa, tuve pesadillas durante semanas. Estaba convencido de que un mapache iba a colarse en nuestra casa de alguna forma, morder a alguien, y tendríamos que dispararnos. No tenía claro que la rabia tiene tratamiento. Tenía siete años, y todo el asunto fue un dolor de cabeza tremendo para mi madre porque no paraba de levantarme con pesadillas y la despertaba a todas horas. Incluso ahora, cuando veo uno, me da un escalofrío. Jackson y Darcy decoraron la habitación del bebé con zorros y mapaches, y no podía creerme que alguien quisiera rodear a su indefensa criatura con fotos de roedores rabiosos y letales.

—¿Se refiere a como Ranger Rick? ¿El de la revista?

—Exacto. Una mascota de lo más perturbadora para una revista infantil. Son asesinos de perros. Propagadores de rabia —dije.

—Es usted médico —replicó ella.

—Sé todo lo que hay que saber sobre la rabia y la improbabilidad estadística de tener contacto cercano con un mapache infectado. Aun así no pienso acariciar ninguno.

Sentí que se movía y sus brazos me rodearon el cuello. Su cuerpo ágil retorciéndose para aferrarse a mí. —Gracias —dijo—. Eso me ha hecho sentir un poco mejor, doc.

Cerré los ojos aunque estaba a oscuras. No quería que mis sentidos captaran nada que no fuera la sensación de tenerla entre mis brazos. Esbelta y suave, su cuerpo cálido y fuerte entre mis brazos, y el aroma de su perfume. Le rocé la mejilla y el cuello con la nariz antes de poder evitarlo, mis labios rozándole la garganta antes de apartarme. Tenía que controlarme. Seguía siendo una mala idea, y ahora estábamos atrapados juntos en un ascensor que abrirían otras personas, así que no era la intimidad que parecía.

—¿Desde cuándo es claustrofóbica? —pregunté.

—Cuando éramos pequeñas, Kali quería jugar al escondite, y se metía en armaritos o debajo de las sillas. Yo era malísima porque solo me escondía detrás de las cortinas o del sofá, nada cerrado. Una vez vinieron nuestros primos de visita y me quedé encerrada en un armario. Fue sin querer, pero me llevé un susto de muerte. Intenté salir arañando la puerta, y cuando me encontraron tenía las uñas rotas y ensangrentadas. Estaba llorando histéricamente, y mi madre siempre decía que nunca había pasado tanto miedo en toda su vida como cuando me encontró allí y me vio en ese estado. Creo que pensó que me había hecho mucho daño o que me había vuelto loca ahí dentro. Simplemente odio los espacios pequeños, y aquí estoy, atrapada en uno con un friki que odia a los mapaches y cree que le van a comer la cara. —Terminó en tono ligero, intentando reírse pero sin conseguirlo.

—Sé que sigue asustada. No pasa nada. Todo el mundo tiene miedo de algo, Kristyn —dije—. Déjeme ayudar.

—¿Tiene más animales peludos y adorables a los que teme? ¿Erizos quizá? ¿Esos cerditos monísimos de YouTube?

—No, siento decepcionarla. Solo es un animal.

—¿Nada más? —intentó bromear, pero estaba sentada tan cerca de mí, su hombro pegado a mi brazo, que podría haber girado la cabeza y besarla, o al menos llevarme un bocado de pelo porque era mucho más baja que yo. Quería ayudarla, pero el problema era que la deseaba. Quería apartarle la claustrofobia de la mente de una forma nada profesional. Era médico y la única prescripción que se me ocurría era follármela hasta que todos sus miedos se desvanecieran. Tenía que recomponerme.

—¿Cuál es su lugar favorito? —pregunté.

—No sé. Me gusta mi despacho —dijo con tono lúgubre.

—Fuera del despacho —insistí.

—Hay un tramo de playa en Malibu —dijo—, justo al amanecer cuando está prácticamente vacía. Kali y yo alquilamos un sitio allí hace unos años y pasamos el fin de semana. Fue genial, con el océano extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. La brisa salada —dijo.

—Dicho como una auténtica chica de California —respondí.

—Hicimos tostadas de aguacate mientras estábamos allí —dijo con un atisbo de sonrisa en la voz—. ¿Y usted?

—Hay un bar de martinis que me gusta, exclusivo y tranquilo con buen jazz y un ambiente relajado.

—¿Ha dicho ambiente? ¿Jazz y ambiente? Me está dando unas vibraciones muy oscuras de Mad Men —bromeó.

—En absoluto. No vivo en el pasado. Me gusta la música y me gusta que el sitio sea específico. Hay un público muy reducido para un lugar así: gente que ama los buenos martinis, valora la privacidad y tiene un gusto excelente aunque impopular en música.

—Es adonde va su tribu —dijo entonces—. Yo le tenía por rata de gimnasio, que su lugar favorito era la cinta de correr o algo así.

—¿Y por qué iba a pensar eso? ¿Tengo pinta de estar enganchado a chutes de hormona del crecimiento o testosterona? —dije con sorna.

—¡No! Quiero decir, para nada —tartamudeó—. Usted como que irradia testosterona por sí solo y no parece inflado ni falso. Está increíble, y sus brazos y hombros son de locura. O sea —se detuvo y le pasó una mano a modo de prueba alrededor de mi bíceps. Bueno, lo intentó. Ni con las dos manos conseguía abarcarlo.

—Me gusta levantar peso. Me gusta saber que mi cuerpo puede aguantar lo que le exija.

—Tiene un cuerpo de los Vengadores. Como si estuviera aquí sentado listo para salvar al mundo de los alienígenas.

Me soltó el brazo y se acomodó de nuevo a mi lado. La sien apoyada contra mi hombro. Jamás, ni cuando estaba al máximo con un peso muerto, me había sentido tan fuerte como cuando apoyó la cabeza en mi brazo con tanta confianza. Cerré los ojos otra vez, solo saboreando la sensación. Sabía que esto no era más que unos minutos atrapados juntos en un ascensor, que no significaba nada, y que no podría significar nada nunca. Pero podía tener esto, quince o veinte minutos sentados a oscuras, hablando, sintiéndola cerca. Parecía más de lo que habría esperado y ni de lejos suficiente.

—Cuando empecé como directora de operaciones, consideré pintar los pasillos de rosa fucsia como mi primer acto oficial. Solo

para hacer el sitio más cálido, más divertido, y para recordarle a todo el mundo que había una mujer al mando. No había forma de simplemente fingir que eso no era un tema, que las cosas iban a seguir como bajo la dirección de mi padre. La gente es tan imbécil con eso. Como si tener útero me hiciera incompetente.

—No sé si las paredes rosa fucsia habrían transmitido el tipo de mensaje que quería lanzar —dije.

—Ya lo sé. Por eso no lo hice. Aunque sería agradable tener una estética más luminosa y contemporánea en las instalaciones que paredes blancas y sillas azul marino.

—Se olvida de la moqueta gris de las oficinas y los azulejos blancos y grises. Con mucho estilo —bromeé.

—Es como si lo hubieran pedido todo del catálogo de Oficinas Genéricas S.A. y les hubieran hecho buen precio.

—Da la sensación de que algunas de las decisiones de decoración fueron poco intencionadas, sí. Estoy seguro de que no ha pasado tiempo suficiente en el gimnasio para darse cuenta, pero originalmente, cuando llegué hace unos años, había un montón de láminas enmarcadas en las paredes. No de grandes momentos deportivos ni nada motivacional. Llamas. Eran fotos de llamas. En plan, en estado salvaje.

—¿Llamas?

—Sí. Parecía bastante aleatorio. Un día simplemente las quité. Era raro e inquietante.

—Oiga, podría haber sido peor. Podrían haber sido mapaches —dijo con un resoplido.

—Ni de broma con eso —dije con gravedad, y la hice reír.

—Para mí, serían fotos de un espacio cerrado y, no sé, del miedo al fracaso. No estar nunca a la altura del ejemplo de mi padre. El otro día me dijo que siempre sacó tiempo para mamá y para Kali y para mí, que vino a todos los partidos o recitales que tuvimos. Lo que quería decir era que debería sacar tiempo para una vida personal, pero como que metió la pata él solito al mencionar que simplemente aparecía en esos eventos. Mi madre era la que criaba, la que nos llevaba a las clases y nos hacía practicar, y él aparecía para la actuación. Su idea de sacar tiempo para la familia era que

tenía una mujer que hacía todo lo demás. No creo que yo vaya a tener una de esas —divagó.

—Lo entiendo. Y como le dije antes, nadie querría lidiar con el tipo de horario que llevamos todos durante la temporada de baloncesto: fuera de la ciudad durante días, viviendo de una maleta y sin poder hacer planes porque el tiempo puede dejarte en tierra y un partido puede reprogramarse. Nadie quiere oír que no puedes ir a la cena de tu propio aniversario o lo que sea porque estarás en un vuelo a Chicago esa noche.

—Exacto —coincidió—, y es agotador intentar explicarlo también. Mi madre no trabajó fuera de casa después de tener hijos. Yo no quiero a un tío que deje su trabajo para seguirme a todas partes y viajar con el equipo. No quiero un groupie que no tenga sus propios intereses. Puede sonar duro, pero, joder, soy dura. Lo sé.

—Estoy totalmente de acuerdo. Yo tampoco quiero eso, así que no es algo machista de que usted no quiera que un hombre deje su trabajo para seguirla. Yo no querría a una mujer que simplemente fuera a todas partes conmigo cuando viajo por trabajo. Para empezar, estoy aquí para hacer un trabajo, y además, me sentiría culpable constantemente, como si tuviera que dedicarle más tiempo porque ella había renunciado a tanto para acompañarme.

—Sí, para mí también es lo de la culpa. —Suspiró—. Y de verdad, hace siglos que no conozco a nadie con quien me plantease siquiera salir, y mucho menos dejar que alguien ponga su vida patas arriba para acomodarse a mi trabajo.

—Es complicado —dije con una risa amarga.

—Eso es lo que no paro de decirle a mi hermana.

—Eso es lo que no paro de decirle a Ford, mi mejor amigo. Que sí, todo el mundo está ocupado, pero yo me comprometí con una carrera con un estilo de vida muy frenético y un calendario que domina cada decisión que tomo. Y me encanta. Nadie va a entender eso.

—Pensarán que estoy loca. Me lo han dicho a la cara, algo tipo si así es como vas a vivir tu vida, estás loca. No hubo segunda cita después de aquello —dijo.

—¿Eso fue una cita? ¿Quién crió a ese tío para que creyera que estaba bien hablarle así? Especialmente si estaba en una cita e intentaba, no sé, caerle bien.

—Siempre he dado por hecho que lo criaron los lobos. O los fans de los Lakers —dijo, y me reí.

—Han pasado más de veinte minutos —dijo, mirando la hora en el móvil.

—Sí. Puede que se haya ido la luz en todo el hotel. O que sea un apagón en toda la ciudad y estén trabajando lo más rápido posible —sugerí.

—O se olvidaron de comprobar los ascensores cuando evacuaron el edificio por alguna emergencia, y vamos a morir aquí.

—Dios. ¿De verdad piensa eso? —pregunté.

—No en serio. Solo un poco. Me siento acorralada. Necesito aire fresco y espacio y, no sé, una copa enorme de algo fuerte.

—Bueno, me alegro de que esté sobria ahora mismo. Si no, sería peligrosa.

—¿Atrapado dentro de un ascensor a oscuras a solas conmigo y lo primero que piensa es que podría ser peligrosa? —bromeó.

—Sé que es peligrosa. No necesitaba que se parara un ascensor para darme cuenta.

—Ah, ¿y en qué soy peligrosa?

—Tengo que quedarme aquí sentado con los brazos cruzados, Kristyn —dije, exasperado—. No me diga que no sabe por qué.

—Pensaba que era por comodidad o que estaba cabreado por llevar tanto rato atrapado.

—Es para no ponerle las manos encima —gemí.

—¿En serio? —preguntó.

—En serio.

Me odié a mí mismo por confesarlo, pero ella se merecía saberlo. Quizá si me rechazaba de plano, me resultaría más fácil quitármela de la cabeza. Me quedé sentado fulminando la oscuridad en silencio, esperando cualquier tipo de respuesta a mi declaración. No dijo ni una palabra. Sentí su mano recorriendo mi brazo hasta agarrarme la muñeca y tirar, descruzándome los brazos. Me puso la mano en la

cara, acunó su mejilla en mi palma mientras su pelo me caía sobre los dedos como una cascada de satén.

La tomé en mis brazos, la hice mía de golpe. La tenía sentada a horcajadas sobre mi regazo y le sujeté la cara mientras nuestras bocas se encontraban en la oscuridad. Mordiscos rápidos, una succión suave en su labio inferior, el barrido de mi lengua dentro de su boca que le arrancó un gemido… fue un intercambio intrincado y exuberante que me sacudió hasta lo más hondo. Los escalofríos que había sentido al tocarle el brazo antes no eran nada comparados con saquear la dulzura de su boca, sentirla pegarse a mí; nunca había habido nada más excitante que tener a Kristyn apretada contra mí, cautiva entre mis brazos, apretando sus pechos contra mi pecho mientras le besaba los labios.

Las luces parpadearon una vez, dos, y volvieron. El ascensor se puso en marcha y bajó unos cuantos pisos más antes de que sonara un timbre y las puertas se abrieran mientras nos separábamos de un salto. Nos pusimos de pie y nos fuimos cada uno por nuestro lado sin mediar una sola palabra.

Estaba en un lío muy serio con esta mujer. Porque no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 17

KRISTYN

No solo estaba viviendo mi peor pesadilla —atrapada en un espacio pequeño, insonorizado, sin escapatoria y en completa oscuridad—. También había besado a James. Eso era malo. No la parte del beso, que fue excelente, matrícula de honor, sexy a más no poder. Lo malo era que yo era su jefa y no podíamos hacernos eso el uno al otro, no podíamos ceder a la atracción que me arañaba por dentro cada vez que lo veía. Ese es otro problema. Lo mucho que deseo verlo, cuánto espacio en mi cabeza ocupo calculando dónde podría cruzármelo. No me había distraído nadie tanto desde que tenía unos dieciséis años.

Daba por hecho que ese tipo de drama en el que dibujaba el nombre de alguien dentro de un corazón en mi cuaderno había quedado atrás. En la universidad, los tíos con los que salí no me volvieron loca. Me gustaba tener novio, pero la mayoría eran unos necesitados a los que no les gustaba que priorizara mis clases, mis notas y mis prácticas por encima de sus sentimientos, sus logros en videojuegos o sus fiestas de fraternidad. Mi energía estaba mejor empleada en otras cosas, como ser productiva y alcanzar mis objetivos profesionales.

Tenía los nervios destrozados cuando salí del baño de señoras y entré en el bar del hotel. Allí estaba Don, el encargado de

equipamiento. Suspiré y me resigné a lidiar con sus gilipolleces con dignidad y educación sin dejar que me arruinara la hamburguesa que sabía que me merecía. Eso significaba mantener la cabeza fría y no permitir que los pensamientos intrusivos sobre llevarme al Dr. James Lippert a mi habitación me desconcentraran. No tenía ningún derecho a pensar en eso siendo su jefa. Si la situación fuera al revés y descubriera que un subordinado directo fantaseaba sexualmente conmigo, me sentiría incómoda como poco y amenazada como mucho. No quería hacer que James se sintiera así. Era mi problema y mi responsabilidad borrar de mi mente cualquier pensamiento inapropiado sobre él.

Hablar con Don ayudaría, dado que era el polo opuesto a James: el imbécil machista que pensaba que mi sitio estaba en la cocina preparando un asado con tacones y un delantal con volantes. Me daban arcadas solo de verlo, y eso antes de cruzar una palabra con él. Estaba enfrascado en conversación con alguien. Al acercarme, vi que no era otro que mi viejo amigo Douglas en persona. ¿Qué coño hacía Douglas en Houston, en nuestro hotel? No pintaba nada aquí ni tenía por qué saber dónde estaba el equipo durante un partido fuera de casa.

Presa del impulso de evitarlo, me giré instintivamente para salir del bar. Douglas evidentemente me había visto llegar y se puso de pie mientras yo me escabullía hacia la puerta. Vino hacia mí con paso decidido, y no había escapatoria. Yo no era ninguna cobarde, así que cuadré los hombros preparándome para lo que seguramente sería el amargo reproche de un exempleado despechado.

—Qué casualidad, Douglas. ¿Qué tal te va? —pregunté, hablando antes de que tuviera oportunidad de abrir la conversación. Si esperaba que me encogiera ante él o le suplicara perdón, iba a llevarse un buen chasco.

—Me sorprende que hayas llegado siquiera a la ciudad correcta el día correcto —dijo con sorna—, teniendo en cuenta que era yo quien se encargaba de las reservas y los viajes durante el mandato de tu padre.

—Esa es una versión de los hechos diferente a la que yo conozco —dije con frialdad—. Pero agradezco tu preocupación. ¿Qué te trae

por Houston? ¿Has venido a ver ganar a los Clippers?

—Qué va. ¿Cuánto tardaste en darte cuenta del error que cometiste al echarme? No pudo ser mucho, teniendo en cuenta la cantidad de responsabilidades de las que me ocupaba. ¿O pensabas que venían duendecillos mágicos por la noche a encargarse de todos los detalles tediosos que mantienen en marcha el negocio de una franquicia de la NBA? —su risa era un sonido desagradable.

—Puede que te decepcione saber que nos va perfectamente bien sin ti.

—Lo dudo mucho, Krissy —dijo. Entrecerré los ojos ante el mote. Esa clase de familiaridad era ofensiva viniendo de él. No es que fuera un viejo amigo de la familia, precisamente.

—En fin, disfruta de tu estancia en Houston.

—¿Crees que puedes despacharme así de fácil? ¿Solo echarme y pensar que todo puede seguir como estaba? Sabía que tenías un ego tan grande como el del viejo, pero al menos él no era idiota además. Me pregunto si aguantarás hasta que esté dos metros bajo tierra antes de hundir toda la franquicia —dijo Douglas.

—No sé de dónde has sacado la idea de que tu opinión me importa. Tu finiquito fue más que justo, y además recibiste una carta de recomendación decente. Te sugiero que lo dejes estar, Douglas. Por muy importante que creas que fuiste para el equipo, eso se acabó. Yo, desde luego, no tengo ningún interés en hablar de los viejos malos tiempos contigo. Así que, si me disculpas, esta conversación ha terminado, y no espero volver a cruzarme contigo cuando estemos de viaje en un partido fuera de casa. Mantén las distancias —le advertí.

—Escúchame bien, zorra, lo único que haces es ponerte en ridículo fingiendo que sabes lo más mínimo sobre baloncesto profesional o cómo dirigir un equipo. ¿Te crees que puedes decirme que me largue? ¿Te crees que puedes apartarme con esa indemnización de mierda, dándotelas de importante como si fueras demasiado buena para hablar conmigo? ¡Si no fuera por mí, por mi experiencia, este equipo no sería nada! Y en cuanto a ti, estarías vendiendo programas en los partidos con suerte o chupando pollas en el aparcamiento por veinte pavos… —escupió.

—Douglas —llegó una voz grave, cortante como un trueno y seria como un cuchillo en la garganta. Sentí que soltaba el aire que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo. James se interpuso entre nosotros, bloqueándome de la vista de Douglas y avanzando un paso, haciendo retroceder al hombre más bajo.

—¿Qué? ¿Te ha hecho una gratis? Debe de ser mejor de lo que parece si vas a dar la cara por ella. Creía haberte dicho que te metieras en tus putos asuntos una vez, pero nunca aprendes, ¿verdad, *doctor*? —gruñó.

James, hay que reconocérselo, no dijo una sola palabra. Se quedó mirando fijamente a Douglas, plantado con toda su envergadura, fuerza, dignidad y poder mostrando una clara ventaja. Casi me echo a reír, aunque seguía temblando. Podía ver a Douglas asomándome por un lado de James, y estaba prácticamente marchitándose bajo la mirada gélida y azul de mi defensor. Retrocedió otro paso y, mascullando amenazas entre dientes, se escabulló de vuelta a la barra para reunirse con Don.

James se giró para mirarme.

—¿Está bien? —preguntó, con la mandíbula tensa y los puños aún cerrados a los costados.

—Estoy bien. Gracias por cubrirme las espaldas.

—Sé que puede defenderse sola, pero los mierdecillas rastreros como ese solo responden a la fuerza bruta o a la amenaza de ella.

—Como he dicho, se lo agradezco. No creo que fuera a intentar nada. Solo sigue soltando la misma mierda de siempre sobre cómo él llevaba toda la operación y debería estar al mando bla, bla, bla —dije, intentando parecer más despreocupada de lo que me sentía en realidad.

—¿Le apetece ir a comer algo? —ofreció. Negué con la cabeza.

—Se me ha quitado el hambre. Que pase buena noche, James —dije.

Luego volví a mi habitación y esta vez, subí por las escaleras.

CAPÍTULO 18

JAMES

Lo único que quería era un martini en condiciones, lo bastante frío para hacerme doler los dientes y lo bastante fuerte para borrar a Kristyn Chase de mi cabeza. En su lugar, me sirvieron una copa mediocre y cara con solo mi tercera opción de ginebra. Arrugué la nariz tras el primer trago y decidí que al responsable de pedir las bebidas *premium* habría que despedirlo. No era culpa del camarero del turno de entre semana que los ingredientes de calidad brillaran por su ausencia.

La copa se suponía que iba a ayudarme a desconectar. La furia que me había recorrido contra Douglas era de nivel Hulk. No iba a dejar que ese capullo me impidiera disfrutar de un martini, por dudosa que fuera su calidad. Si quería evitarme —o sea, si era más listo de lo que aparentaba—, podía largarse del bar. Pero no daba señales de sensatez, porque había vuelto a su cerveza con Don. Nunca había tenido mucho trato con Don en el trabajo. Siempre me había parecido de la vieja escuela, uno de esos hombres mayores que cuentan chistes racistas y se comen con los ojos a las camareras, orgullosamente incorrectos. Siempre había pensado: vive y deja vivir. Pero se había aliado con el enemigo de Kristyn y habían exhibido esa alianza en un espacio público, en el hotel donde se alojaba el equipo antes de un partido. Eso era insultante y, por si

fuera poco, metió a ese viejo en mi lista negra de forma permanente.

Fingir que los ignoraba era una cosa, pero aun así me llegaban retazos de su conversación. Para empezar, no se molestaban en ser discretos; además, parecían buscar deliberadamente que su mierda se oyese. Decir que faltaban al respeto a los demás clientes del bar era quedarse corto para la basura que salía de las bocas de Douglas y Don.

—…ya sabes, no saben cocinar, no vaya a ser que se les rompa una puñetera uña —carcajeó Don.

—Te puedo asegurar que no hay una tía en una *app* de citas que no crea que el mundo le debe algo —dijo Douglas con un resoplido —, como si fueran a reconocer a un hombre de valor aunque les diera los azotes que se merecen.

—Ya lo dije en su momento: el mundo se fue a la mierda cuando dejaron a las mujeres entrar en el mercado laboral. Que les den un despacho y pongan su nombre en la puerta como si hubieran hecho algo importante. Lo siguiente que sabes es que se creen que mandan —dijo Don con asco, entre bocado y bocado de alitas picantes.

Di otro trago e intenté desconectar de sus gilipolleces. En la tele de la esquina ponían resúmenes deportivos, pero era hockey, y yo no veía hockey. Saqué el móvil, repasé los correos y miré los titulares. Busqué al equipo para ver cómo se había recibido el último comunicado de prensa sobre la recuperación de Deacon y la cuenta atrás para el primer partido fuera de casa. Prácticamente nada: ni grandes artículos prediciendo el resultado de la temporada ni revuelo por el jugador suplente que habíamos tenido que meter. Era imposible concentrarme en nada sin que su ruidosa conversación se colara. Casi gruñí. Cuando el camarero me preguntó si quería otra, negué con la cabeza y pagué la cuenta con una propina generosa.

—Lo que tienen que hacer es volver a poner clases de hogar. Dejar de meter a todo el mundo en las clases de mates y de empresa y de todo. Volver a como era cuando este país era un país, eso es lo que digo. Ahora quieren bolsos de diseño y esas bandejas raras con fiambres para hacerles una foto para *Instagram*. Como si

poner unas lonchas de mortadela y unos tacos de queso en una bandeja fuera lo mismo que cocinar una comida de verdad. Es una falta de respeto, eso es lo que es —dijo Don—. Y la peor que he visto en mi vida es esa zorra, la niña de papá que tenemos ahora en el despacho principal.

—¿La señorita «soy más que todos»? Se cree que puede llevar eso como lo llevaba yo. No tiene ni puta idea de lo que hace falta para hacer nada que no sea pedir hora en la peluquería.

—Seguramente tiene a alguien que lo haga por ella —se mofó Don.

Se me hizo un nudo en el estómago al oír sus palabras y los puños se me cerraron solos.

Me puse de pie y me recordé que era un adulto responsable al que detendrían si le daba a Douglas la paliza que tan merecida tenía. El pecho me subía y bajaba con la respiración y la rabia me inundaba. Tenía que dominar ese impulso de destrucción. Respiré y conté tal como el preparador les decía a todos los jugadores que hicieran cuando algún imbécil les faltaba al respeto a ellos o a su mujer. Busqué la mirada del camarero, pedí una botella de vino, la cargué a la habitación y subí por las escaleras. Tenía que poner distancia entre esos dos miserables inútiles y yo antes de hacerles tragar sus propios dientes en mitad del vestíbulo de un hotel.

No merecían que hiciera una estupidez, algo que pudiera poner en peligro mi carrera y que de todas formas no les enseñaría nada. Eran basura, y no existía ningún programa de rehabilitación en el mundo capaz de darles un mínimo de decencia o empatía. Prácticamente gruñí de desprecio.

Cuando llegué a mi planta, llamé a la puerta de Kristyn. La oí moverse cerca de la puerta, seguramente mirando por la mirilla —buen criterio—, y luego oí cómo descorría el cerrojo. Abrió vestida con mallas y una camiseta de tirantes, descalza.

El deseo me arrolló, despeñándose de cabeza por un precipicio.

—He pensado que le vendría bien esto —dije, levantando la botella de vino.

Me miró a los ojos y una mano salió disparada, agarrándome de la camisa. Tiró de mí hacia dentro y yo cerré la puerta de un golpe.

Su mano fue a mi pelo y me acercó la cara a la suya.

Dejé caer la botella de vino sobre la moqueta con un golpe sordo y la agarré por la cintura, girándola hasta que su espalda quedó contra la puerta. La presioné contra ella y la besé. Ya tenía la boca abierta, los labios entreabiertos para mí, expectantes. Ansiosa y cálida, abrazándome, mientras una guerra rugía dentro de mí. La deseaba tanto que me hervía la sangre, pero también quería protegerla, mantenerla a salvo de cualquier daño: físico, mental, profesional. Esto último era lo que me preocupaba. Si nos llevábamos esto a la cama, podía perjudicarnos a los dos. Pero no podía obligarme a parar; no me salían las palabras. No con mi lengua en su boca, con sus brazos alrededor de mi cuello mientras la levantaba, la deslizaba contra la puerta y encajaba mi cuerpo entre sus muslos.

Gemí de alivio por la oleada de plenitud y bienestar que me inundó en cuanto ella enroscó las piernas alrededor de mis caderas. Se sentía como llegar a casa, y lo noté hasta lo más profundo de mis huesos.

CAPÍTULO 19

KRISTYN

Cuando llamó a la puerta, supe que tenía que ser él. Igual que supe que habría subido por las escaleras, y que desprendía oleadas de rabia tan intensas como su atractivo sexual. Que Dios me ayudara. Esos ojos azul hielo tormentosos, como si hubiera visto o hecho algo catastrófico. Si así era, no pregunté. Lo necesitaba en mi habitación, en mi cama. Con eso me bastaba. Por una noche, lejos de casa y lejos de la realidad, podía acostarme con el hombre más sexy que había visto en mi vida. Un hombre cuya modestia e inteligencia solo las igualaba lo que me provocaba cuando decía mi nombre.

No dejaba de acariciarme la cara, de besarme los labios. Me besaba hasta dejarme sin aliento, todo mi ser arqueándose hacia él instintivamente, y entonces se detenía, apoyaba su frente contra la mía y sonreía con suavidad, con asombro en esos ojos preciosos mientras me miraba. No dijo mi nombre. No dijo nada, y yo tampoco. Pero también lo dijimos todo, solo mirándonos así, a centímetros de distancia, como si hubiéramos estado esperando esto desde el día en que nos conocimos. Como si fuera inevitable.

Para ser un tío que me había dado la vuelta y acorralado contra una puerta hasta besarme hasta perder el sentido, también era tierno. Me acunó el rostro entre las manos, mirándome con más

ternura de la que nadie me ha dedicado jamás. James era un hombre musculoso cuyos movimientos destilaban autoridad. Control contenido en el antebrazo fibroso mientras alargaba la mano y giraba el cerrojo, volviendo a echar el pestillo. Sentí el chasquido de ese cerrojo en el pecho, entre las piernas, definitivo y delicioso. Pero era más que eso, aunque eso habría sido más que suficiente. Sabía ser delicado, sabía seducir y provocar. Porque aunque yo no me habría quejado si me hubiera arrancado la ropa sin más, él podía quitármela poco a poco y pasárselo mucho mejor. Todo era un juego de poder para atormentarme, para elevar el deseo jadeante que ambos sentíamos. Ahora sabía que él también lo sentía. La forma en que me había mirado me lo decía todo. Cómo me había deseado, y cómo había mantenido las distancias, pero ya no más.

Me haría suya, y llevaría toda la noche.

Nunca me habían besado tan a fondo, mis labios sellados con los suyos, con mordisquitos suaves y tirones que me hacían estremecer y esos besos profundos y demoledores que amenazaban mi cordura. No había fin a las formas en que me besaba, en que nos besábamos hasta que su sabor era tan mío como cualquier cosa. Ahora era mío para tomarlo, y lo estaba tomando con ambas manos.

Cada vez que creía que nos alejaría de la puerta y nos llevaría a la cama, simplemente reajustaba el agarre en mi muslo y me subía la pierna un poco más, o cambiaba el ángulo de su cuerpo para encajar contra el mío de una forma que me arrancaba un escalofrío violento de lo perfecto que era. No me había dado cuenta de que tenía frío por el aire acondicionado hasta que él me calentó. Era, en todos los sentidos, exactamente lo que no sabía que necesitaba.

Incliné la cabeza y deslicé mi lengua contra la suya y él emitió un gruñido bajo de aprobación. «Sí», pensé, «justo así». Primitivo e irresistible, un lenguaje que mi cuerpo entendía y ansiaba. Ansiar, otra palabra que nunca había usado para describir algo que no fuera helado. Pero ansiaba a James como una yonqui sin vergüenza y necesitaba sentirlo dentro de mí. Quería marcarle con mis uñas, dejar que él me marcase con su boca.

Me llevó en brazos a la cama. Me sostuvo la cabeza con la mano mientras nos hacía rodar sobre el colchón y ese cuerpo enorme me

cubrió, bloqueando la luz. Cerré los ojos arrastrada por la sensación de ser consumida, y pronto su espalda desnuda estaba bajo mis palmas. Le lancé la camisa a algún lado y sentí cómo me subía la camiseta de tirantes. Cuando nos separamos un segundo para pasármela por la cabeza, solté un ruidito de protesta al perder su boca sobre la mía. Pero entonces me manoseó. Un magreo total, con manos y dedos, amasando mis pechos desnudos de una forma descarada y sexy de cojones. Después su boca estaba en mi pezón, succionándolo, y todo mi cuerpo pareció tensarse hacia ese único punto de placer. Latigazos de sensación me atravesaron y mis caderas se sacudieron.

Ya estaba al borde. Sentía todo mi cuerpo tambaleándose en el filo y lo único que habíamos hecho era morrearnos como adolescentes. Eso era todo. Ahora me estaba metiendo mano y yo estaba a punto de explotar. Debió de notar cómo me restregaba contra él, frenética, porque me pasó una mano por el costado como para tranquilizarme, agarró un buen puñado de mi culo y me inclinó contra su pelvis para que el bulto duro de su polla se frotase entre mis piernas justo donde debía. Oh. Dios. Mío. Solté un sonido estrangulado, y él nos giró, sentándome en su regazo, y empezó a mecerme adelante y atrás sobre su polla.

La dulce fricción hizo que algo inquieto burbujeara dentro de mí. Quería más. Se enganchó a mi pezón con la boca y succionó mientras me frotaba contra su polla. Sentí algo parecido a una explosión por todo el cuerpo, los dedos de los pies encogiéndose. Fue una sensación desconocida para mí, nada que ver con lo que había considerado un orgasmo hasta ese momento. Aquellos habían estado bien, pero nada del otro mundo. Me reía y sollozaba a la vez y no podía recuperar el control después de la fuerza de mi clímax.

Creo que balbuceé «gracias» unas cien veces. Me sostuvo la cabeza en la palma de la mano y me bajó al colchón, donde se tumbó a mi lado, me acarició la cara y me recorrió las cejas, el puente de la nariz, el arco de cupido de mi labio superior con un dedo, serio y guapo. La forma en que me miraba me hacía sentir que brillaba, que era algo asombroso.

Me atrajo hacia sí y me abrazó justo como había anhelado, y su mano me recorrió la espalda y el costado. Deslizó el pulgar bajo la goma de mis mallas, y hasta el roce de su pulgar contra mi cadera era excitante. Me dedicó una sonrisa traviesa, reaccionando obviamente a lo que fuera que hice con la cara ante su toque-que-casi-no-era-nada. Se me encendieron el cuello y la cara. Aparté la mirada de su sonrisa, de esa mirada afilada que veía demasiado. Me sentía vulnerable después de ese orgasmo, después de estar en sus brazos, y esa sensación de estar expuesta me hizo desviar los ojos.

—No te cortes —susurró, rozando con la nariz el borde de mi oreja y enviando un escalofrío por todo mi cuerpo. Supe que lo sintió —. Me encanta que seas tan sensible.

Me quitó las mallas y supe que muy pronto notaría lo mojada que estaba. Era vergonzoso hasta qué punto el deseo me desbordaba. Las tías con trabajos normales y vida social no se empapaban por el sonido de la voz de alguien o por cómo simplemente las miraba. Y no tenía ninguna prisa por explicar cuánto tiempo llevaba sola y por qué estaba tan desesperadamente cachonda por él. Por qué el roce de su mano sobre mi vientre hacía que mi sexo se contrajera y palpitara.

La miel de sus palabras me calentó y me permitió mirarlo de nuevo. Le di un beso en la mejilla, luego en la mandíbula, en la garganta. Echó la cabeza hacia atrás, disfrutándolo, una mano deslizándose entre mi pelo. Hizo sonidos de aprobación cuando le chupé el cuello, y su mano libre me agarró un buen puñado del culo y apretó, como si simplemente disfrutara agarrándome y sintiéndome entre sus manos.

Cuando mis manos encontraron su cremallera, sentí que se le tensaban los abdominales. Una vez que le bajé la cremallera de los vaqueros, entendí por qué. Era tan grande, la longitud y el grosor de esa polla, asomando descaradamente de sus vaqueros, que me hizo sentarme sobre los talones un segundo. Me mordí el labio.

La preocupación asomó a su cara guapa, y se incorporó, me apartó el pelo de la sien y me besó la frente.

—No te haré daño, Kris —dijo.

Asentí en silencio, confiando en él pero sin saber qué decir. James me rozó la curva del pecho con el dorso de los dedos y mi pezón se endureció otra vez, irguiéndose en excitación repentina. Un beso en mi labio inferior, suave, tentador, otro en la barbilla, después en mi pezón y en la parte blanda bajo el pecho. Hormigueos me recorrieron la piel y el deseo se disparó por mis venas. Se cernió sobre mí, besándome los pechos, consiguiendo que me relajara y me extendiera sobre la cama de nuevo bajo él. Para mi sorpresa, en vez de abrirme los muslos y embestir, se tumbó de costado y me besó el cuello y el pecho. Su mano se abrió camino entre mis piernas. El primer susurro de contacto en mi clítoris hizo que mis piernas se sacudieran. Fue bajando por mi cuerpo, acariciándome, mimándome, y yo sacudía la cabeza de un lado a otro, frenética, jadeando, aferrándome a las sábanas para mantenerme entera bajo el asalto de sus habilidades más sucias.

Lo siguiente que supe fue la pasada caliente y húmeda de su lengua entre mis piernas, dos lametones lujuriosos y luego rozó ese punto buenísimo bajo mi clítoris. Puntos negros me nublaron la visión mientras me arqueaba fuera de la cama y gritaba su nombre, los talones clavados en el colchón.

James me tocó el muslo, lo levantó y lo enganchó de vuelta sobre su cadera, abriéndome. Lo miré parpadeando, suplicándole en silencio que entrara en mí.

—Será mejor que cojamos un condón. No sé cuánto más puedo aguantar.

Lo hizo sonar como si hacerme el amor fuera lo único que le salvaría la vida, como si se muriera de sed en el desierto, así de desesperado. Su voz era más ronca, grave, y me encantó. Parecía deslizarse directamente sobre mi clítoris del mismo modo que su lengua. Respiré hondo para calmarme.

—No he… no he estado con nadie más en dos años. He estado… ocupada, supongo —solté un sonido avergonzado parecido a una risita—. Y no puedo quedarme embarazada.

—¿Tomas la píldora?

—No, tengo endometriosis. No necesitamos condón, es lo que quiero decir. —Lo único que quería era que me llenara.

Me besó en los labios, un roce de mis labios contra los suyos que era desgarrador y precioso. Luego me subió la pierna más arriba en su cadera y sentí el calor increíble y la humedad de su polla rozar mi sexo. Cuando me penetró, sentí cómo mi cuerpo se estiraba, luchando por acomodarlo. Empezó un leve escozor y me estremecí. Me pasó el pulgar por el clítoris, luego se lamió dos dedos, perverso, y me los frotó por el sexo, haciéndome más resbaladiza y facilitándole la entrada. Me acunó la cabeza en su brazo y me besó, deslizando su lengua en mi boca al ritmo de sus embestidas lentas y superficiales. A medida que me abría para él, me llenaba. Se fue abriendo camino dentro de mí, con paciencia, el músculo palpitando en su mandíbula delatando la fuerza de voluntad que le costaba ir despacio.

Ese ángulo era como nada en el mundo. Le embestí con las caderas, poniéndole su mano grande sobre mi pecho necesitado para que me trabajara el pezón y lo pellizcara. Me metí los labios hacia dentro, los mordí para no gritar por el picor de un éxtasis enloquecedor que empezaba entre mis piernas, donde su polla me daba placer tan profundamente, rozando un punto dentro de mí que cobró vida con pulsaciones salvajes de dicha chisporroteante.

Ráfagas de placer me atravesaron cuando embistió hasta el fondo y rodó las caderas, presionando de algún modo en ese lugar mágico dentro de mí. Mis dedos se enredaron en su pelo, agarrándolo con un tirón como si fuera a salir volando del planeta sin él a quien aferrarme.

Oí a alguien suplicando, diciendo «por favor, por favor». Me di cuenta de que era yo, sin sentido y rogando mientras me corría con una gran sacudida temblorosa de placer agudo y retorcido que me arqueó fuera de la cama como si fuera a partirme la espalda. Su mano en mi vientre me empujó hacia abajo, me sujetó allí mientras entraba y salía de mí, clavándose hasta el fondo con cada embestida profunda, exprimiéndome más placer mientras yo gemía, débil y deshecha por el orgasmo intenso. Observé su cara tan cerca de la mía, tan guapo, absorto mientras exploraba mi cuerpo en busca de su placer, embistiéndome más fuerte hasta que me agarré a su hombro.

Maldijo, embistiendo en mí con la fuerza suficiente para empujarme cama arriba, la mano aferrada a mi muslo, la boca tensa y seria. Me incorporé sobre un codo para poder besarle. Le froté los labios con los míos, quería que me dejara entrar, que no contuviese tanto sus reacciones. Sabía que debía de estar en agonía, a punto de reventar, y lo quería, que Dios me ayudara, ansiaba el chorro de su simiente caliente dentro de mi cuerpo. Al segundo roce de mis labios contra los suyos, su control se rompió como una presa, la pasión rugiendo fuera de él. Su mano en mi cara, sus labios abriendo los míos mientras su lengua perversa se enredaba con la mía sensualmente. Le rodeé el cuello con el brazo, dándole más acceso mientras separaba mis labios más aún.

Lo tomó, hundiendo su lengua en mi boca al ritmo de sus embestidas. Me sentía follada a fondo por el hombre más sexy que había conocido en mi vida. Quería esto desesperadamente, y la satisfacción de tener su polla enorme enterrada dentro de mí y su lengua en mi boca me hacía sentir plena, rebosante de alegría. Cuando notó que mi mano se deslizaba entre mis piernas para tocarlo en el punto donde estábamos unidos, se echó hacia atrás, rompiendo el beso, y rugió su clímax, chorro tras chorro de simiente caliente estallando dentro de mí, llenándome de un placer incandescente. La fuerza de él corriéndose dentro de mí me hizo llegar al orgasmo otra vez.

Me cubrió la boca con la suya, besándome suave y profundamente. Cuando se giró boca arriba, me llevó con él, de modo que quedé acurrucada contra su costado, su brazo rodeándome. Me sentía tan protegida, tan cerca de él. James me acarició la piel ardiente, me recorrió el vientre, mis pechos con reverencia. Lo besé y sonreí.

—Veo que sabes cómo ganarte el favor de la jefa —dije, esperando ocultar mi incomodidad por nuestra relación laboral con un chiste malo.

—Me importa una mierda eso —dijo—, no cuando tengo esto.

Y como el príncipe que era, me besó después de decirlo.

—Llevo semanas queriendo hacerte el amor así, Kristyn. Solo era cuestión de tiempo que no pudiera resistirme más. —Lo dijo en voz

alta, sin más, y un escalofrío lascivo me recorrió entera. Durante semanas me había deseado así.

—Yo también te deseaba. Desde la primera vez que viniste a mi despacho y estábamos hablando de tu contrato, y me costaba concentrarme porque reaccionaba a ti.

—Esta noche ha sido increíble, y me siento honrado de que me hayas dejado llevarte a la cama. Ojalá las cosas fueran distintas.

—Yo también —dije rápidamente, llena de una mezcla de tristeza y alivio al ver que se daba cuenta de que seguir con esto era mala idea—. Pero soy tu jefa. Hay una política de empresa sobre estas cosas, y hay buenas razones para ello. Si empezamos a hacer excepciones, se abre la puerta al abuso de poder.

—Eres única —dijo con calidez.

—¿Qué?

—Ni siquiera me dejas disculparme por decir que no podemos repetir esto. Eres una mujer increíble, Kristyn Chase. Ojalá tuviéramos más tiempo.

—Lo mismo digo, doctor —dije con algo parecido a un nudo en la garganta.

Entonces me besó otra vez, profundamente, sensualmente, y cada átomo agotado y satisfecho de mi cuerpo volvió a cobrar vida en respuesta. Me rozó el pezón con los nudillos y sentí cómo sonreía contra mis labios ante mi jadeo entrecortado, ante cómo el pezón se endurecía bajo su contacto. Negué con la cabeza a regañadientes y él me besó la frente.

—No podemos —dije, más un jadeo reacio que la declaración firme que quería que fuera.

James apretó los brazos a mi alrededor y me rozó los labios con los suyos como un buenas noches suave y dulce. Sonreí adormilada. Estaba caliente y saciada y exhausta de placer. No había espacio en mi mundo para la preocupación en ese momento. Le dediqué una sonrisa soñolienta y me di la vuelta de costado. Cerré los ojos, dándole permiso silencioso para irse, para escabullirse de vuelta a su habitación. Entonces, inesperadamente, allí estaba él, pegado a mi espalda, su brazo rodeándome. Descaradamente feliz, me acurruqué contra él y dormí.

CAPÍTULO 20

JAMES

Habían pasado dos semanas desde la noche que compartimos en Texas. Todos y cada uno de los días habían sido frenéticos, y lo agradecía. Ya era bastante difícil mantenerme alejado de ella antes. Ahora que había estado con ella, unido a ella, tenía un nudo palpitante constante en el pecho, la incomodidad que venía de no estar a su lado. Nunca había reaccionado así ante ninguna amante, y el hecho era que no podía sacármela de la cabeza. Llegaba a casa tarde y agotado, y en vez de irme directo a la cama, tenía que agarrarme la polla, cada vez más dura, solo para conseguir algo de alivio. A veces dos veces por noche.

En la vorágine de las primeras semanas de la temporada, parecía que todos los jugadores y la mitad del personal venían a verme en algún momento con alguna queja. Insomnio, ardor de estómago, un corte que necesitaba un par de puntos. Más que nada dispensaba consejos: deja de mirar el móvil dos horas antes de acostarte, tómate una manzanilla y lee un libro. Cena más temprano y por cenar me refiero a meter algo de verdura y fruta en tu dieta en vez de perritos calientes con chili de ventanilla. Se me daba genial dar consejos, con suavidad y buen humor, sin juzgar. Lo que no se me daba tan bien era seguir los míos propios: cambia tus hábitos para mejorar las cosas. Kristyn no era un hábito que pudiera llegar a

crear. Se había acabado. Una noche para quitarnos las ganas, punto final. Pero eso solo lo había empeorado. Creía ser un hombre con una gran fuerza de voluntad. Resultó que simplemente nunca había tenido que resistirme a algo que de verdad deseara.

Si no hubiera estado tan hasta arriba de consultas constantes, me habría costado horrores mantenerme alejado de Kristyn. Pero cada vez que tenía un minuto para respirar, alguien más me necesitaba. Tal como estaban las cosas, había sacado mi sándwich para almorzar cuando Don entró en mi consulta.

—Eh, doctor —dijo, gruñón como siempre. Mi reacción inmediata fue querer decirle que solo Kristyn podía llamarme así. Me contuve porque más me habría valido anunciarlo por megafonía: que había estado con ella y que habría dado lo que fuera por tenerla de vuelta en mi cama.

—Don, ¿qué puedo hacer por ti? ¿Te encuentras bien? —pregunté. Me había fijado en que estaba engordando más por la tripa, un hecho que probablemente se debía a la presencia constante de un dónut o una galleta en la mano cada vez que veía al tío.

—Me duele la espalda que te cagas —dijo, subiéndose a la camilla. Me puse los guantes, lo examiné y no noté nada fuera de lo normal.

—Tengo unos estiramientos que puedes hacer que te ayudarán con eso. Probablemente tengas una pequeña contractura muscular.

—¿Y eso de qué es? ¿Estamos hablando de una lesión laboral? —rio entre dientes.

—Qué va, es lo típico de cargar demasiado peso, ese tipo de cosas. Puedes pedirle a uno de los ayudantes del cuerpo técnico que te mueva las cosas —dije.

—Ya, o a uno de los becarios —soltó una carcajada—. Alguna tía en tacones demasiado ocupada haciendo un baile de TikTok para hacer nada útil. No quiero que nadie me toque el material. Lo tengo organizado como a mí me gusta. Esperaba que me dieras de esas pastillas milagrosas de las que el jefe hablaba maravillas —dijo, con cara de zorro.

—No creo que necesites nada más que paracetamol o un par de ibuprofenos para una contractura leve. Haz los estiramientos de aquí —le entregué un folleto—, te ayudarán con la flexibilidad y a fortalecer la zona lumbar.

—Mi zona lumbar está perfectamente. Solo necesito algo para el puto dolor —dijo con mal genio—, para poder hacer mi trabajo aquí para el equipo.

—Entiendo que te duele, y con las medidas adecuadas como estiramientos, usar calzado con buen soporte… y por cierto, he notado que llevas un calzado muy bueno. Ojalá más gente del personal hiciera lo mismo.

—¿Qué más puedo hacer? Las mierdas de los estiramientos no van a ser suficiente —se quejó.

—A corto plazo, tómate un paracetamol o ibuprofeno cada seis horas según necesites. ¿A largo plazo? Sigue con la buena elección de calzado, pide ayuda cuando tengas que levantar algo de más de diez kilos, y yo diría que quizá le des un descanso a los dónuts —dije con buen humor—, cada kilo de más que cogemos le pasa factura a la espalda.

Me lanzó una mirada asesina y se fue de la consulta con cara de mala hostia, pero no tuve mucho tiempo para pensar en ello. Maestro Conner entró para enseñarme el dedo que se había dislocado en el entrenamiento, y tuve que echarle un vistazo.

—Hiciste bien poniéndote hielo cuando lo hiciste —le dije, examinándolo—. El hematoma es profundo y seguramente te duele que te mueres, pero de verdad que bajaste la inflamación.

—Gracias —dijo—, mi novia me obligó a seguir poniéndome hielo quince minutos sí y quince no hasta pasada la medianoche. Dijo que era un bebé llorón, además.

—¿Lo eras? —pregunté, enarcando una ceja. Sonrió, una sonrisa enorme y descarada que me hizo sonreír a mí también.

—Puede que un poquito. Pero me gustó que me mimaran un poco. Me puso el brazo sobre una almohada y me dio la bolsa de hielo, me trajo algo de picar, vimos una de esas pelis de Fast and Furious en la tele. Estuvo bien.

—Me parece bastante bien —dije con aprobación. Le di una férula para el dedo y me la enseñó con una sonrisa descarada.

—Sigue contando como hacerme una peineta aunque intentes echarle la culpa a la férula, Maestro —dije poniendo los ojos en blanco.

Lo acompañé hasta el ascensor y de vuelta a la consulta oí a Don, mi desagradable vecino de pasillo, hablando por teléfono, tan alto como siempre. El tío me cabreaba de verdad después de su comportamiento en el hotel y ni siquiera me gustaba el sonido de su voz. Pero ahí estaba, gruñendo: «…¡el cabrón me ha llamado gordo!». Sacudí la cabeza y volví al trabajo.

CAPÍTULO 21

KRISTYN

—No es solo la mierda del periodista, Kali —le dije a mi hermana por teléfono.

—¿Necesitas que vuelva a casa y reparta hostias? —bromeó.

—No, disfruta de tu viaje. Me alegro de que hayas tenido unos días después del trabajo en Kenia para hacer turismo.

—Las fotos son increíbles. Te mando más.

—¡Ya me has mandado ochenta! Ni siquiera he tenido tiempo de verlas, pero me alegro de que te lo estés pasando bien —dije.

—¿Cuándo va a volver ese asqueroso de Douglas a arrastrarse debajo de la nevera con las demás cucarachas? —preguntó.

—Ojalá se diera prisa, pero tenía que ser él quien supiera que Ron Danvers fue una china en el zapato de papá durante años y que sería justo quien disfrutaría con un reportaje sobre cómo estoy… ¿cómo era?… «empeñada en destruir el legado de su padre con el equipo cojo y apestado de la liga, rompiendo las reglas y convirtiendo las oficinas en un club de cotilleo femenino más parecido a un salón de manicura que a una franquicia deportiva».

—¿En serio te lo has memorizado? Dime que lo estás leyendo en voz alta.

—Lo estoy leyendo en voz alta —mentí.

—¿Te has memorizado tanto del artículo?

—No es solo un artículo, Kal —me quejé—. Son varios pequeños además del gordo, que incluso mencionaron ayer en el ticker de ESPN. Pero ese no es el problema. Es un síntoma del problema. Hay disensión en las filas. Gente de mi equipo que creía que estaba a bordo con todo hace comentarios de mierda donde puedo oírlos, cada vez más descarados con su rechazo a mí o a cómo llevo las cosas. Tengo la sensación de que todo empieza a resquebrajarse. Las primeras semanas de la temporada han sido flojas para el equipo, en parte porque estamos ajustando una nueva alineación mientras mi estrella se recupera. Pero ni siquiera puedo concentrarme en lo que me dice el cuerpo técnico por culpa de toda la mierda. Es ruido, y sé que es solo ruido, pero me está afectando.

—Escúchame. Eres una crack. Nunca te ha importado si le caías bien a alguien mientras hicieras lo correcto. ¿Crees que esto es lo correcto?

—Sí. Sé que lo es. Me parece bien abrir la organización para incluir mujeres como becarias y tener más voces femeninas y no blancas en nuestro equipo de Comunicación. Eso fue lo que más resistencia generó.

—Porque, ¿quién mejor para hablar en nombre de un equipo de tíos jóvenes, en su mayoría negros, que una sala llena de viejos gordos y blancos, verdad?

—No me había dado cuenta de que las cosas no iban bien —dije —. Eso es lo que me jode. No los artículos, no los cuchicheos en la oficina que distraen de lo importante. Es el hecho de que no lo vi, que no sabía que todavía tenía enemigos a bordo, o que mi equipo no estaba siendo abierto conmigo sobre su visión.

—Probablemente no tengan más visión que conservar su puesto y hacer lo menos posible hasta fichar e irse al bar, cielo. La gente no está obsesionada con dominar el mundo como tú. La ambición no está en el ADN de la mayoría, ¿vale? Créeme.

—Ya, pero Douglas es implacable. Quiere este puesto.

—También puede querer ser un exitoso imitador de Dolly Parton en el circuito drag, pero eso tampoco lo va a conseguir —soltó Kali. Me reí.

—Quizá podría. Con la peluca adecuada.

—Ni de coña. Dolly es increíble. Él es un puto trol y no merece ni limpiarle los tacones.

—Totalmente de acuerdo —me reí—. Gracias, Kal. Hablar contigo me ha ayudado.

—Eso es porque soy muy perspicaz y una presencia reconfortante —bromeó.

—Claro. Me has hecho reír. Pero lo que tú digas.

Después de colgar, envié un correo convocando una reunión con los jefes de departamento para esa misma tarde. Estaba harta de las quejas y quería aclarar las cosas. Prefería ser directa, dar un ultimátum y pasar página que lidiar con el ruido de fondo del descontento. Más les valía saber con quién estaban tratando.

Entre reuniones y llamadas, el día se me fue volando. A la hora acordada entré con paso firme en la sala de reuniones que había elegido. Recorrí la mesa con la mirada y vi que todos los convocados estaban presentes. Lancé la revista sobre la mesa reluciente.

—Todos hemos visto esto. Aunque hasta cierto punto no existe la mala publicidad, he notado el cambio de energía por aquí. Si no estáis contentos con la dirección más inclusiva que está tomando el personal, si os incomoda mi liderazgo, ahí está la puerta. Tenemos un equipo que dirigir, y no estoy para dramas. Si decidís quedaros, me alegra contar con vuestra experiencia y vuestras aportaciones, pero tenéis que estar al cien por cien. Quiero jugadores de equipo dentro y fuera de la cancha, ¿entendido? No voy a tolerar más gilipolleces. Es mezquino y nos distrae del objetivo de llevar esta organización al éxito. Así que, o subís a bordo, o recogéis vuestras cosas y os largáis —dije con firmeza.

Esperé, y aunque hubo murmullos, nadie se levantó para responder ni se marchó. Asentí y salí de la sala de reuniones satisfecha. Había dicho lo que había que decir. Cuando volví a mi despacho, Don estaba en la zona de recepción. Reprimí un gruñido.

—Pasa a mi despacho —dije, intentando no sonar tan antipática como me sentía hacia él.

Se sentó e hizo un numerito removiéndose incómodo y frotándose la espalda. Estaba a punto de preguntarle qué necesitaba

cuando Connie me avisó por el intercomunicador de que James estaba al teléfono. Le levanté un dedo a Don y cogí la llamada.

—Bajo ahora mismo —le dije. Después—: Lo siento, Don. Tengo una reunión. Si pides hora con Connie, estaré encantada de sentarme contigo.

—No quiero robarle su valioso tiempo —dijo con una sonrisa falsa —. Solo necesito que me abra el presupuesto para unas cosillas más, como ya hablamos.

—Ya hemos hablado de esto, Don. Nuestros chicos tienen todo lo que necesitan, los preparadores físicos y los entrenadores están contentos con el material que tenemos. No voy a añadir partidas innecesarias al presupuesto y punto.

Me puse de pie y empecé a acompañarlo hacia la puerta del despacho. Negó con la cabeza.

—Tu padre siempre encontraba la manera de…

—Por centésima vez, Don, no soy mi padre, y no quiero serlo. Ahora mando yo. Asúmelo —dije, y nos separamos mientras yo me disponía a bajar al despacho de James para una actualización sobre la recuperación de Deacon Ranker.

CAPÍTULO 22

JAMES

Mi plan era que fuese una llamada telefónica. Por eso llamé a recepción, no al móvil de Kristyn. Usaba los canales profesionales de comunicación. No iba a arriesgarme a estar a solas en una habitación con ella, no ahora que sabía cómo se sentía su piel de satén bajo mi lengua. Era demasiada tentación.

Pero venía a mi consulta. Solo para hablar de Deacon, me recordé. Incluso saqué las últimas pruebas de imagen en la pantalla para enseñárselas. «Debería habérselas mandado por correo electrónico», pensé, con el pulso más acelerado de lo que debería.

Cuando Kristyn entró, se dejó caer en una silla. Su forma de moverse era distinta, no el paso regio con la barbilla bien alta al que me había acostumbrado tanto. Esta era una Kristyn hundida, cabreada y agotada, y se notaba en cada línea de su cuerpo al replegarse sobre sí misma en la silla de visitas.

—Parece que has tenido un día de esos —observé—. Seré breve. La recuperación de Deacon avanza tan bien como predije. Está haciendo su rehabilitación, viene a todos los entrenamientos para mantener el resto de grupos musculares en óptimas condiciones. Le he puesto suplementos de condroitina temporalmente para ayudar a la reparación del cartílago. Si no hay complicaciones, estará en plena forma a tiempo para los playoffs —le aseguré.

—Con el arranque que llevamos, yo no contaría ni con llegar a los playoffs —dijo. La miré, sorprendido.

—Eso no es propio de ti —dije—, ¿qué pasa?

—Ya lo sé, estoy siendo negativa —soltó un suspiro—. Es solo la frustración del día que he tenido. No es nada.

—Como médico del equipo —dije—, creo que deberías reservarte un masaje o algo así, liberar algo de estrés.

Se removió en el asiento, con expresión de fastidio y agotamiento, totalmente distinta a como era ella. —Un masaje no va a bastar, doctor. Este estrés es constante. Pero no he venido a desahogarme contigo. Tienes citas.

—No hasta dentro de un par de horas —me oí decir. «No debería haberle dicho eso», pensé. Abre la puerta a algo que no puede volver a pasar entre nosotros.

—Entonces quizá debería explotarte más si tienes descansos tan largos —dijo con retintín. Sentí que el pulso se me disparaba un punto con sus palabras.

—Si los masajes no te funcionan, prueba meditación o incluso clases de kickboxing.

—Sin ánimo de ofender, doctor, pero no soy el tipo de persona que medita —replicó.

—Entonces lo único que puedo recomendarte es que identifiques qué alivia esa tensión y lo hagas tan a menudo como sea posible, al menos hasta que las cosas se calmen.

—Ya sé lo que me quita el estrés, doctor —dijo, descarada, insinuante—. ¿Tan a menudo como sea posible? ¿En serio? —No había forma de confundir la mirada en sus ojos. Mi cuerpo se tensó en respuesta a la insinuación—. Pero sé lo que me saca de mi cabeza y me libera de toda la tensión. Solo que no puedo tenerlo.

—Kristyn… —dije.

La habitación estaba cargada de tensión. Sus palabras habían desatado todo el deseo contenido que llevaba semanas luchando por reprimir.

—Lo siento —dijo rápidamente—. Ha sido inapropiado por mi parte. No volverá a pasar.

Miraba hacia abajo, a sus manos, con las mejillas ardiendo.

—No tienes que disculparte —dije con la voz tensa.

Fui hasta la puerta del despacho, eché el pestillo y la miré. Se había girado en la silla, observándome, con las pupilas dilatadas, los labios entreabiertos. La viva imagen, sonrojada y sin aliento, de la excitación femenina. Mi cuerpo respondió a esa señal con otra oleada de necesidad que me rugió en la sangre.

Incliné la cabeza y sellé nuestras bocas. Se me escapó un gemido, un sonido de triunfo y alivio. Su sabor hizo que mi cuerpo la envolviera. Apenas se había puesto de pie y ya la tenía entre mis brazos, pegada a mí. No había ninguna posibilidad de que la soltara, no ahora que había dicho que me necesitaba. Aunque fuera para aliviar el estrés, un pasatiempo como montar en bici, lo aceptaba. Lo necesitaba, y ella era lo único que podía saciar este hambre voraz. No habría podido mirar a otra mujer aunque hubiera querido. Mi cuerpo había reconocido el suyo, había tomado cada decisión durante semanas basándose en qué sería mejor para ella, en qué me pondría delante de ella cinco minutos. Me devolvía el beso, pero era tan pequeña entre mis brazos, su piel fría al tacto. Quería que estuviera febril como yo, cálida y dispuesta. La envolví en mis brazos, la apreté contra mi pecho, donde podía darle calor más rápido que cualquier manta.

—Estás helada —dije consternado.

—Me he puesto la blusa estúpida hoy —señaló una cosa sin mangas que llevaba—. Debería haber traído una chaqueta. El aire acondicionado va a ser lo que me mate en este sitio.

Interrumpí el beso el tiempo justo para quitarme la camisa y pegarla a mi pecho.

—Solo necesitas acercarte más —le dije. Asintió, y giró la cara para besarme el pecho, luego frotó la mejilla contra mis pectorales. Mi piel se encendió con su contacto.

—Joder, qué bien se siente —dije.

Entonces su mano se deslizó hasta mis abdominales y se coló por la cinturilla, tocando la piel sensible de ahí abajo.

—Quiero que te sientas bien, doctor —susurró, su aliento caliente en mi cuello. Tenía que probar sus labios otra vez, era una tortura cada segundo que no la estaba besando. Atrapé su boca de nuevo

con la mía, chupando y lamiendo, agarrándole un buen puñado del culo y apretando. Tenía un cuerpo glorioso y quería adorarlo, venerarlo, hacerla sentir tan bien que se olvidara de toda la tensión del trabajo, de su mal día, y de los imbéciles que no la valoraban por la tía lista, astuta y de armas tomar que era.

Le besé el punto detrás de la oreja y me encantó sentirla retorcerse con la sensación.

—¿Quieres esto? —le pregunté, conteniendo la respiración a la espera de la respuesta.

—Más que nada, James —dijo, y deslizó la mano por mi espalda, presionando los dedos en la parte baja y sujetándome, con los dedos rozando la piel íntima bajo la cinturilla.

—¿Hay algo que tengamos que firmar para Recursos Humanos? —bromeé, acariciándole la oreja con la nariz y recorriendo su cuerpo con las manos.

—Debería haberlo —se rio—, un formulario que diga que los dos follamos por voluntad propia.

—Si no hay papeleo para eso, debería haberlo —dije, mordiéndole el cuello.

—Te necesito, doctor —dijo, con la voz ronca y entrecortada—, por favor.

—Bueno, has dicho por favor. ¿Cómo podría negarme? —dije con retintín, besándole la mandíbula y la barbilla, sabiendo con esa tirón profundo y delicioso en el pecho que iba a tenerla. El nudo de deseo y angustia se aflojaba cuando la tenía entre mis brazos, sustituido por luz y fuego y chispas, todo abierto y libre y salvaje.

CAPÍTULO 23

KRISTYN

Puede que no fuera mi intención empezar nada cuando entré en su despacho, pero cuando él giró la cerradura y echó el pestillo, desde luego tenía muy claro que iba a terminar algo. El escalofrío que me recorrió fue de pura anticipación, el recuerdo nítido de lo que ese hombre era capaz de hacerme.

Me subió la falda. No iba a aguantar. Temblando por la sensación, gemí contra su boca. Solo por un roce en la pierna. Su capacidad de seducción era letal, y no estaba segura de sobrevivir a nada de aquello. James me levantó en brazos y me llevó hasta su escritorio, me sentó en el borde con los pies colgando sin tocar el suelo. Cuando se arrodilló, juro que casi me desmayé sabiendo lo que planeaba hacerme.

Primero una y luego la otra, me colocó las piernas sobre sus hombros, me abrió para él. Pasó el pulgar sobre mis bragas empapadas y luego las apartó a un lado, trazó mi raja con la yema del dedo. Mirándome hacia arriba, buscando mis ojos, James se lamió el dedo. Sus ojos no dejaron los míos mientras metía esa yema húmeda dentro de mí, la deslizaba hasta el nudillo y curvaba el dedo, presionaba justo en ese punto misterioso que me hacía retorcerme, mover las caderas, empaparle la mano.

Como un cohete, mi cuerpo sacudiéndose hasta creer que iba a salir volando del escritorio, me corrí en un estallido que me dejó ciega. Cuando volví a ser consciente, cuando recuperé el aliento, sentí su boca, caliente y húmeda, entre mis piernas. Besos con la boca abierta y luego mordisquitos en mi clítoris, volviéndome loca, hasta que le arañé el pelo. Lo disfrutaba, levantando la mirada para encontrarse con mis ojos mientras me devoraba, una mano presionando mi vientre para que no saliera disparada del escritorio en mi frenesí. La locura se apoderó de mí cuando me chupó el clítoris, metió dos dedos dentro, abriéndome, preparándome para esa polla que sabía que venía.

La ansiaba, ese estiramiento y el ardor que lo acompañaba, la pasión feroz que me atrapaba entre sus fauces y me zarandeaba, indefensa en la tormenta furiosa de un placer desbocado. Con mis piernas aún sobre sus hombros, James se puso de pie, se bajó la cremallera. Su erección saltó libre, gruesa y preciosa, una larga y suave curva hacia un lado, una gota de humedad prendida en la punta. La quería, esa gota, cada gota que pudiera darme. Me metí el dedo en la boca, lo chupé, lo mojé bien, y me incorporé un poco, alargué la mano hacia él. Pasé mi dedo húmedo por la punta resbaladiza de su polla y vi cómo echaba la cabeza hacia atrás con una sacudida de placer. Vi cómo su polla palpitó en respuesta, y él se la agarró, la apretó con fuerza.

James me rodeó la cintura con un brazo y me atrajo contra él de un tirón. Jadeé, deleitándome con sus brazos poderosos, el beso erótico que me plantó en la boca. Luego me dio la vuelta y me inclinó sobre el escritorio. Estaba dentro de mí entonces, hundido hasta el fondo y embistiendo, mi cuerpo suelto y fundido, recibiendo cada embestida profunda con facilidad, deslizándome por la superficie del escritorio con la fuerza de sus envites. Me encantaba lo grande que era, me extasiaba esa verga gruesa clavándose en mí cuando se enterraba hasta la raíz. Mis gemidos se hicieron más fuertes mientras el sudor me perlaba la espalda y él me sujetaba en su sitio con una mano en las caderas. Mis ojos se cerraron, toda mi atención absorbida por el ritmo irresistible de James meciéndose dentro de mí, unido a mí. El aleteo empezó en el pecho, luego

oleadas de placer creciente me sacudieron el cuerpo, las piernas temblando, los dedos arañando el escritorio resbaladizo. Se vació dentro de mí, chorros de calor líquido que me hicieron contraerme y aferrarme a su invasión, mi orgasmo igualando el suyo.

Se desplomó sobre mí, me besó el hombro y el cuello mientras yacíamos sin aliento un instante. Me estremecí cuando se retiró de mi cuerpo. Quería agarrarlo, tirar de él de vuelta. En cambio, me puse de pie y me alisé la falda, me metí la blusa por dentro y busqué mis zapatos. Le dediqué una sonrisa radiante.

—Gracias por la sesión antiestrés, doctor —dije.

—Cuando quieras —contestó, y su sonrisa habría derretido los casquetes polares. James me envolvió entre sus brazos. Lo abracé, sonreí cuando me besó el pelo. Di un paso atrás y me arreglé la coleta.

—Tienes el pelo hecho un desastre —dije con cariño.

—Esta mañana estaba perfecto —bromeó.

Alargué la mano y se lo alisé. Por muy corto que lo llevara, seguía revuelto por mis manos codiciosas. Si mi caricia se demoró en las canas de sus sienes, si no pude evitar que el afecto se me notara en la cara, él no dijo nada. Solo me acarició la mejilla, se inclinó y me besó.

—Eres preciosa —dijo. Parpadeé, sonreí un poco tímida ante el cumplido.

—Yo… gracias —dije, algo avergonzada.

—Normalmente no lo digo en voz alta —dijo—, pero lo pienso, todo el tiempo. Cada vez que te veo, e incluso cuando no te veo. Cada vez que se me cruzas por la cabeza.

—¿Me cruzo mucho por tu cabeza?

—Mucho más de lo que debería permitirme —dijo con pesar—. Sobre todo porque los dos sabemos que no podemos seguir con esto.

—Sé que fue una mala idea. Fue una… espontánea…

—¿Combustión? Lo sé —dijo, sonriendo—. Nunca me había pasado esto. No soy alguien que ceda a sus impulsos.

—Yo tampoco. Como te dije, antes de esto, llevaba dos años sin conocer a nadie que me interesara ni remotamente. Y ahora esto…

tú. Me siento como una adolescente, James. Como si estuviera contando los minutos para volver a verte, pero luego pienso que no debería verte en absoluto.

—Igual —dijo encogiéndose de hombros—, porque no puedo dejar de verte, pero si te veo, tú solo tendrás que mirarme una vez para saber cuánto te deseo. No es una situación en la que esperara encontrarme con casi cuarenta años, Kristyn. Desear a alguien con tanta fiereza, andar a escondidas, estar dispuesto a arriesgarlo todo. —James se detuvo como si hubiera dicho demasiado. Asentí.

—Lo entiendo, y estoy completamente de acuerdo. Es muy inoportuno conocer a alguien como tú, desearte de esta manera y saber que es lo peor que le puede pasar a nuestras carreras. Simplemente fingiremos que esto nunca ocurrió. Que nos liamos en Texas. Fue un rollo de una noche, nada más.

—Yo no tengo rollos de una noche. Y desde luego no contigo.

—Yo tampoco hago muchas cosas, pero las he estado haciendo contigo —admití—. Tengo que irme. Tengo una llamada en quince minutos.

—No me digas que tienes quince minutos. Te vuelvo a poner en ese escritorio y lo repito todo.

—¿Todo? —me reí.

—No me digas que no te gustaría saber cuántas veces puedo hacerte correr en quince minutos. —Su mirada era oscura y me envió una onda de deseo por todo el cuerpo.

—Adiós, doctor —dije y salí por la puerta como si tal cosa. Me dirigí a las escaleras y casi me choqué con Don al bajar por el pasillo.

Don no dijo nada, pero me miró de arriba abajo con una sonrisita. Lo ignoré, pero una vez en el hueco de la escalera, bajé la vista y me di cuenta de que me había abrochado mal los botones de la blusa. Me la arreglé rápidamente y me pregunté si se habría dado cuenta. Por la mirada que me lanzó, lo vio, y sabía que andaba por ahí con una sonrisa idiota y la ropa hecha un desastre. «Ojalá no me haya visto salir del despacho de James», pensé. Quizá simplemente creyó que era demasiado tonta para abrocharme la camisa bien.

Pasar más tiempo a solas con James estaba totalmente descartado. Si quería que me tomaran en serio como directora de operaciones de este equipo, tenía que concentrarme en mis objetivos. No en mi médico del equipo.

CAPÍTULO 24

JAMES

Tres largas semanas sin ver a Kristyn en absoluto me estaban pasando factura. Respondía a mis correos de trabajo, y si le pedía quedar, me daba una escueta llamada telefónica en su lugar. Ni una sílaba de conversación personal ni nada por el estilo. Cuando me pasaba por su despacho, Connie me decía que estaba ocupada y me dejaba dejar una nota.

Cuando le escribía un mensaje, lo dejaba en visto. Eso era cruel. Cuando se lo mencioné a Ford, me dijo: —Al menos lo lee… Durante un tiempo, Holly ni siquiera leía mis mensajes ni abría los correos. Ella dice que era porque tenía tantas ganas de estar conmigo que no lo soportaba, pero yo creo que estaba cabreada conmigo —rio entre dientes.

—¿Tú crees que es eso? Porque cuando se fue de mi consulta parecía bien. Parecía contenta.

—¿Se fue de tu consulta?

—Después de que… tuviéramos una reunión sobre un jugador lesionado —titubeé.

—Dios, más vale que no tengas que testificar nunca sobre nada. Te comerían vivo si no sabes mentir mejor que eso.

—Muy gracioso, Ford, muy gracioso.

—Venga ya. Es obvio que mientes, y fatal. Te la estabas tirando en tu consulta.

—Ford…

—Ahórrate el numerito del caballero noble. Los dos sabemos que sí. Así que admítelo y pasemos página, ¿vale? Te gusta. No puedes dejar de meterle mano. Estás llamando a tus amigos para hablar de que no te ha llamado. ¿Qué crees tú que está pasando aquí?

—Está siendo sensata e ignorándome porque quiere proteger su reputación profesional.

—Respuesta incorrecta. Te has pillado. De tu jefa. —Ford sonaba tan pagado de sí mismo que quise estampar el teléfono contra la pared.

—Te equivocas. Me pilló desprevenido una atracción muy fuerte hacia ella. Nosotros —me obligué a decirlo— nos enrollamos un par de veces. No es para tanto.

Ya está. Solté las palabras aunque me revolvieran el estómago.

—Entonces, ¿por qué suenas como si estuvieras mordiéndote los puños intentando convencerme? O estás seriamente estreñido y no deberías estar al teléfono, o te está costando horrores negar que te has enamorado de tu jefa. ¿Qué es? ¿Necesitas más fibra en la dieta o necesitas admitir que tengo razón?

—Tienes razón. Y bravo por encontrar la manera de meter los hábitos intestinales en la conversación. Siempre fuiste el más elegante de todos nosotros —dije con sarcasmo—. Fue mala idea liarme con Kristyn. Tengo que dejarlo correr.

—¿Y eso por qué? Y antes de que digas que es complicado, recuerda con quién estoy casado —dijo Ford.

—Ella era tu abogada, no tu jefa.

—Cierto. Si mi amante me hiciera la evaluación de rendimiento, a lo mejor me pondría nervioso si fuera tú. Yo, como soy fantástico en la cama… Pero tú… bueno, quizá sí tengas de qué preocuparte ahí —dijo, conteniendo apenas la risa.

—No voy a dignificar eso ni con una respuesta —dije resoplando —. Me gusta demasiado mi trabajo para joderlo, y lo nuestro no funcionaría porque es mi jefa. Política de empresa.

—Lo que tú digas, tío —dijo.

Esa noche me quedé despierto, intentando convencerme de que lo que había dicho era verdad. No tenía sentido perseguir nada con Kristyn. No soportaba la idea de dejarla ir, pero tenía que mantenerme firme en mi decisión. No era nada. O aunque fuera algo, se había acabado. Solo deseaba poder tener la certeza de estar haciendo lo correcto.

CAPÍTULO 25

KRISTYN

Probablemente era un déficit de vitaminas. Cansada y mareada, pensé que un virus era lo que me tenía sintiéndome fatal, arrastrándome durante el día y metiéndome en la cama a las siete de la tarde. Pero llevaba demasiado tiempo así. Había buscado en Google todos los virus que circulaban por la zona y ninguno duraba más de siete días. Yo había pasado la marca de los siete días a mediados de la semana anterior.

Estaba bebiendo más agua, tomando vitamina C e incluso dejé que Connie me convenciera de tomar gominolas de saúco el viernes. Ella pensaba que pillaba todos los gérmenes porque trabajaba demasiado. Yo creía que debía de ser la dieta; la rutina de barritas de proteínas y ensalada me estaba dejando sin algún mineral vital que me mantuviera en pie y capaz de pensar con claridad. ¿Hierro? ¿Magnesio? Había leído que muchos americanos tenían déficit de vitamina D, pero yo vivía en la soleada California. Ya buscaría en Google más tarde qué suplementos necesitaba tomar.

Estaba lavándome los dientes cuando empecé a vomitar. Eso era nuevo. Me enjuagué la boca y volví a la cama. Era domingo y había desistido de intentar levantarme. Me sentía fatal y estaba compadeciéndome de mí misma cuando Kali gritó que ya estaba allí mientras abría la puerta con su llave.

—¿Ya has vuelto de Venecia? —pregunté.

—Sí, ¿por qué sigues en la cama?

—Me encuentro fatal. Ven a animarme —di unas palmaditas en la cama.

—No me extraña que te sientas como una mierda. Estás sometida a un estrés brutal en el trabajo. Seguro que es eso. Oye, hay una profesional de *reiki* buenísima en Bel Air. Te doy su número. En fin, me siento y te entretengo en un segundo. Ahora mismo necesito un tampón. Se me olvidó coger uno antes de salir.

—No tengo. Llevo siglos sin comprar.

—¿Siglos? ¿La endometriosis te está dando guerra? Siempre sangras muchísimo con eso.

—Sí, siempre he sido regular, pero no he… comprado tampones en siglos, Kal. Mierda.

—¿Qué?

—Nada —dije, apartando el pánico que se había apoderado de mí. Miré la fecha en el móvil y vi que debería haberme venido hace diez u once días—. Es imposible.

—¿El qué?

—No puedo estar embarazada. La doctora Schink es especialista en endometriosis y me dijo que no contase con quedarme embarazada. Que haría falta fecundación *in vitro* o algo así si alguna vez quería tener hijos.

—Cielo. «No cuentes con quedarte» no es lo mismo que no puedes quedarte embarazada. ¿Cuándo te tenía que bajar?

—El martes de la semana pasada —murmuré.

—¿Qué?

—Hace diez días más o menos.

—¿Más o menos? ¡Kris! Ahora vuelvo. Voy a comprar un test de embarazo. Y tampones, por lo visto —dijo.

No podía ser. Pero cuando me hice el test, dio positivo. Los tres tests dieron positivo, en realidad, y me quedé mirando los signos de más, las líneas dobles rosas, y negué con la cabeza. —Imposible —dije.

—¡Voy a ser tía! —chilló Kali, abrazándome—. ¡Me alegro tantísimo por ti! Nunca pensaste que pudieras quedarte

embarazada, ¡pero lo estás! Vas a ser la mejor madre del mundo. Y yo voy a ser la tía más molona de la historia, obviamente. Le voy a enseñar a maquillarse y a hacer todos los bailes de TikTok, y puede venir a verme a las sesiones de fotos y luego nos iremos de turismo.

—¿Voy a tener una adolescente? ¿O un bebé? —dije con sarcasmo—. No me lo puedo creer. No puedo estar embarazada.

—El médico, ¿verdad? —dijo.

—Sí, la doctora Schink no se lo va a creer —dije.

—No la ginecóloga, Kris. El médico buenorro del equipo. Es el padre, ¿no? —dijo, dándome un codazo.

—Sí. Es él seguro. Pero ¿cómo narices se lo voy a decir? Le dije que no podía quedarme embarazada. Por eso no usamos protección. ¡Va a pensar que le engañé! —dije, enterrando la cara entre las manos.

—Qué va. Cualquiera que te conozca sabe que tú nunca harías eso, además solo tiene que mirarte la cara para saber que fue un accidente. O sea, tu cara, cielo. Pareces como si te hubiera atropellado un autobús o te hubieran dado dos semanas de vida o algo así. Esa no es la cara de una *femme fatale* que se ha quedado embarazada para atrapar a un hombre.

—¿Qué voy a hacer? —dije, prácticamente gimoteando.

—Para empezar, vas a tomarte unas galletitas saladas y un refresco de limón. Luego te voy a comprar sopa. Ah, y quiero estar presente cuando se lo digas a papá. Se va a cagar.

—Vaya, qué bonito, Kal. Me alegro de que estés aquí para apoyarme. Ni se te ocurra grabar su reacción y subirla a ningún sitio.

—Me quitas toda la diversión —se rio, abrazándome—. En serio, me alegro muchísimo por ti.

—Creo que puede que yo también esté contenta. Y también estoy muerta de miedo.

—No lo estés. Tú puedes con esto —dijo.

CAPÍTULO 26

JAMES

El lunes por la mañana había gente rondando fuera de mi despacho. No eran jugadores, solo personal, merodeando sin más. Era raro. Un par de ellos me lanzaron miradas extrañas y se marcharon. Dentro de mi despacho encontré a Charlie, de Legal, paseándose de un lado a otro.

—Tome asiento, Dr. Lippert. Debo informarle antes de empezar de que, como asesor jurídico principal de la franquicia, estoy contratado para representar a la Sra. Chase en este asunto. También debo informarle de que no tiene ninguna obligación de responder a preguntas sin que su propio abogado esté presente. Dicho esto, ¿desea responder a las acusaciones de que mantiene una relación sexual con la Sra. Chase?

Quería darle un puñetazo. Charlie Caro, a cuya despedida de soltero fui, en cuya boda hice de acomodador: el jefe del departamento jurídico. Estaba en mi despacho, y no hablando de estadísticas del equipo o de la casa que estaba reformando, sino de detalles íntimos de mi vida privada. En calidad profesional. Lo miré como si fuera un desconocido, como si a mi amigo Charlie lo hubieran abducido los alienígenas y lo hubieran reemplazado. Lo que decía ni siquiera tenía sentido.

—¿Pero qué cojones, Charlie? —dije, atónito.

—¿No has visto los titulares? —Charlie me enseñó su teléfono, con la pantalla estampada en letras gruesas: «La directora de los Clippers intercambia sexo por narcóticos: ¡pillada con el médico del equipo!».

Furioso, aparté su teléfono de un manotazo.

—Eso es mentira, y lo sabes. ¿Quién te ha mandado hacer esto?

—Estoy intentando controlar los daños, James —dijo—. Es feo. Necesitamos saber cuánto hay de verdad, y cuándo ocurrió. Tengo a Comunicación comiéndome la oreja y no conseguimos localizar a Kristyn.

—Déjala al margen de esto. Deja de perder el tiempo ladrándome preguntas y demanda a la web por difamación. Haz algo útil —le espeté.

—No es difamación si es verdad. ¿Se ha acostado con la Sra. Chase y le ha proporcionado narcóticos? —preguntó. Me estaba acorralando. No podía contarle nada. Aunque representara a Kristyn, no me representaba a mí. Podría tener que arrojarme a los lobos para salvar la reputación del equipo o la de Kristyn. Yo sería una baja colateral en un escándalo asqueroso, pero no era el pez gordo que él tenía que proteger.

Los Clippers y sus directivos iban primero. Yo era un médico de equipo reemplazable que podría acabar tirado a la cuneta. No podía olvidarlo. No podía mirarlo como si fuéramos amigos cuando me estaba tratando como un problema. Como el tipo de persona que repartía opioides ilícitos a cambio de favores sexuales. ¿Cómo coño habíamos llegado a esto?

Estaba jodido. La pregunta directa tenía una respuesta complicada. Sí a ambas cosas, al sexo y a las pastillas, pero no había conexión alguna entre las dos. ¿Había alguna forma de decir la verdad sin que pareciera que habíamos montado una orgía sórdida esnifando drogas a pelo en la cancha de baloncesto? ¿Se lo había inventado alguien o teníamos un topo, alguien dentro de la organización que quería crear problemas? ¡Yo no le ofrecí drogas a Kristyn a cambio de que me la chupara en el vestuario, joder! No le cambié muestras de narcóticos por un polvo rápido en el aparcamiento. Le hice el amor en Texas después de quedarnos

atrapados juntos en un ascensor, y otra vez en mi despacho porque no pudimos contenernos. Porque lo que sentía por ella era demasiado fuerte para negarlo. Alguien, algún hijo de puta miserable, se había inventado una historia o había descubierto que teníamos una aventura y la había convertido en algo sucio, algo vergonzoso. Cuando no era nada de eso. ¿Cómo podía explicárselo a Charlie o a quien fuera sin que ambos pareciéramos culpables de todos los cargos?

—Es mentira, Charlie —dije, asqueado—, y no pienso contarte una puta mierda. Voy a hablar con mi abogada. Se pondrá en contacto contigo.

Charlie se dio la vuelta y se marchó. En cuanto me quedé solo, llamé a Kristyn. No respondió. Saltó el buzón de voz, y no dejé mensaje porque me daba miedo que pudiera reproducirse en voz alta en un juzgado. Me dio náuseas. Llamé al despacho de Holly y le dije a su secretaria que necesitaba verla de inmediato y que iba para allá.

CAPÍTULO 27

KRISTYN

Por el lado bueno, cuando vomité el lunes por la mañana al menos sabía por qué. Estaba embarazada. Todavía no parecía real. No pegué ojo después de enterarme. Kali se quedó conmigo, y nos sentamos en mi cama e intentamos ver películas, pero yo no paraba de llorar y de darle vueltas a lo mismo: ¿cómo había pasado esto? ¿Cómo podía decírselo a James? ¿Y si me odiaba por ello, si pensaba que le estaba tendiendo una trampa?

—Mira, se quedará en shock. Tú te quedaste en shock. Eso no significa que no vaya a querer al bebé. Igual que tú quieres al bebé, pero al principio no podías hacerte a la idea. Dile la verdad. Y luego dale un minuto. Si es tan genial que estás llorando por él, no va a comportarse como un gilipollas por un bebé sorpresa.

—Solo tengo que evitarlo hasta que sepa qué hacer. ¿No crees que se dará cuenta, verdad? ¿De que estoy embarazada?

—Ni tú misma te habías dado cuenta y eres la que está embarazada, Kris. Tranquilízate —me había dicho mientras me preparaba para ir a trabajar.

De camino a la oficina, intenté respirar hondo y no obsesionarme con todo lo que era un desastre en mi vida. Por desgracia, el móvil no paraba de sonar. Primero una llamada de James, que no habría cogido ni por diez mil euros porque no pensaba hablar con él hasta

que supiera cómo quería manejar toda la situación. El corazón me latía a mil incluso después de que el teléfono dejara de sonar con su nombre en pantalla. Luego llamó Kali. Acababa de hablar con ella, así que podía esperar. Tenía que recomponerme para poder trabajar y actuar más o menos normal. Debería haber llamado para decir que estaba enferma, pensé, pero en realidad habría sido llamar para decir que estaba muerta de miedo porque era demasiado cobarde para enfrentarme a nadie en esa oficina sabiendo que estaba preñada. Dijera lo que dijese Kali, estaba convencida de que se me notaba la culpa de alguna forma evidente.

El teléfono sonó con una tercera llamada en menos de cinco minutos. Esa vez era mi padre. Podía mandar a todos los demás al buzón de voz, pero Roland Chase era un VIP en mi agenda. Pulsé el botón del volante para contestar.

—Hola, papi, voy de camino al trabajo. ¿Estás bien?

—¡No, no estoy bien! ¡Estoy que me subo por las putas paredes! —gritó.

—Joder, papá, ¿qué ha pasado? —pregunté, sorprendida por el veneno en su voz.

—Krissy, ¿no has visto los titulares de hoy?

—No, ¿qué pasa? —pregunté.

No contestó.

—Debe de ser grave —dije, con la garganta atenazada por el miedo.

—«La nueva directora de los Clippers, pillada en un escándalo de sexo a cambio de drogas». ¿Te suena?

Atónita, sentí que flotaba, la vista se me llenó de manchas negras. Me sacudí, parpadeé, di un volantazo justo a tiempo para esquivar el tráfico de frente. Me había metido en el carril contrario del susto. Encontré un aparcamiento y logré detenerme con cuidado.

—¿Krissy? ¿Krissy? —oía la voz de mi padre como si viniera de muy lejos. Me di cuenta de que el teléfono seguía conectado y lo agarré del salpicadero.

—Estoy aquí —dije.

—Has gritado. He oído cláxones. No sabía qué pasaba. ¿Estás bien?

—Estoy a salvo. He aparcado el coche. Yo… casi provoco un accidente. Lo siento —dije, con las lágrimas agolpándose en los ojos.

—Debería haberte preguntado si estabas conduciendo, si era buen momento para hablar. Me alegro de que estés bien.

Lo escuchaba mientras iba bajando por un artículo que contenía detalles aún más escabrosos. *«Fuentes cercanas al Dr. Lippert y a la Sra. Chase confirman que la recién nombrada directora de operaciones y el médico del equipo han sido sorprendidos en situaciones comprometidas, y que el Dr. Lippert fue visto dispensando narcóticos a su jefa y amante, Kristyn Chase, dentro de las instalaciones del equipo. Dos fuentes, citadas bajo condición de anonimato, aseguran haber presenciado cómo la Sra. Chase consumía analgésicos opioides durante su jornada laboral.»* ¿Fuentes cercanas? ¿Sorprendidos en situaciones comprometidas? ¿Consumiendo analgésicos en el trabajo? Todo estaba tan jodido, y lo peor era que había suficiente base real como para enturbiar las aguas. No podía haber una negación clara y honesta. Porque era una perversión de la verdad, una versión sórdida y retorcida de lo que se había convertido mi vida.

—Yo no hice eso —dije con la voz temblorosa.

—Claro que no —bramó mi padre—. Algún hijo de puta va a por ti. Ahora tranquilízate antes de ponerte a conducir al trabajo. Llama a Legal. Yo te veo en la oficina. Vamos a solucionar esto, no te preocupes por nada.

—Vale —dije con la voz muerta y dejé el teléfono. ¿Que no me preocupara? Eso tenía que haber sido la afirmación más descabellada de todas. Incluso más disparatada que intercambiar sexo por analgésicos. No me lo explicaba. Cómo había pasado esto, cómo se había descontrolado todo. Me sentía acosada, como si alguien me estuviera espiando con muy malas intenciones. Casi me daba miedo usar el teléfono para llamar a la oficina y localizar a Charlie. Le dejé un mensaje para que pusiera la oreja en el suelo, averiguara quién decía qué, y después nos viéramos en mi despacho en una hora.

Una hora. Como si eso pudiera ser tiempo suficiente para recomponerme lo bastante como para hablar de esta mierda de

escándalo con un mínimo de compostura. ¿Cómo demonios podía contarle a mi padre lo que estaba pasando sin que creyera lo peor de mí, como insinuaba el artículo? ¿Y cómo podía convencer a todos, especialmente a mi equipo, de que no era una ninfómana colocada de narcóticos ni una puta yonqui glorificada?

CAPÍTULO 28

JAMES

Nunca había estado en el despacho de Holly. Conocía bastante bien a la mujer de Ford, pero no había tenido ocasión de ir a su lugar de trabajo. Y menos en calidad profesional. Así fue como Ford la conoció: presentaron acusaciones falsas contra él y necesitó que lo representara en el caso. Y ahora aquí estaba yo, solo que con menos autoridad moral que mi amigo en su momento. Estaba cabreado de cojones, con un filo de miedo por lo que esto podía significar para mi carrera.

—¿Cuánto hay de verdad? —preguntó Holly, yendo al grano.

—Me acosté con mi jefa dos veces. También le di muestras de Norco, un analgésico clasificado como estupefaciente, cuando se torció el tobillo de mala manera hace un par de meses. Los dos incidentes no estaban relacionados. Le di las pastillas por un esguince semanas antes de ponerle un dedo encima.

—¿Dispensas habitualmente sustancias controladas en forma de muestras a empleados que tienen un esguince? —preguntó, enarcando una ceja.

—No con frecuencia. Rara vez tengo muestras de ese tipo de fármacos, pero un visitador médico acababa de darme un surtido de muestras, sobre todo antiinflamatorios, que usamos mucho con el

equipo. Algunos descongestivos, esos analgésicos. Se notaba que estaba pasándolo fatal, y el ibuprofeno no le había hecho efecto.

—Sentiste la responsabilidad de aliviar el sufrimiento conforme a tu juramento como médico —murmuró Holly, tomando notas.

—Exacto. Los tenía a mano y se los ofrecí junto con una receta. Le di dos muestras el día que se hizo daño en el tobillo. Unos días después, cuando le seguía molestando, me dijo que no había tenido tiempo de ir a la farmacia con la receta y me pidió otra muestra. Le di una, y en total tomó tres dosis del fármaco. No suficiente para dejar a alguien grogui durante veinticuatro horas, a menos que se tomara las seis pastillas de golpe.

—¿Llegó a comprar la receta?

—No. Lo comprobé. Nunca se dispensó.

—¿Consiguió más muestras?

—De mí no.

—Bien. ¿Cuándo te acostaste con la señorita Chase?

—Eso es privado.

—Todo lo demás en este escándalo también lo es, James. Suéltalo.

Suspiré.

—El primer partido fuera de la temporada estábamos en Texas. Nos quedamos atrapados juntos en un ascensor y…

—¿Os estabais follando en un ascensor? ¡James! ¡Yo que pensaba que eras el formal del grupo! —se rio—. ¿Erais solo vosotros dos o había más gente mirando?

—Para ya, Holly —dije—. No fue así para nada.

—¿Y cómo fue? —me instó.

—Fue algo de una vez. Acordamos que había sido una mala decisión teniendo en cuenta nuestras respectivas posiciones laborales. Luego, hace unas semanas, vino a mi consulta a hablar sobre la recuperación de nuestro alero estrella. Estábamos hablando, una cosa llevó a la otra…

—¿Encima de la mesa?

—¡Holly!

—Dos cosas. La primera, ¿estás enamorado?

—¿Qué? ¿Por qué? —exigí.

—Porque, y no soy el tipo de abogada que retorcería la ley, pero conozco a alguien que sí. Un compañero de la facultad. Podría darte su número; en veinticuatro horas te conseguiría una licencia de matrimonio notarizada de hace un mes demostrando que sois novios que llevan un tiempo casados en secreto. Que simplemente estabais enamorados e intentasteis mantenerlo en privado para que nadie se sintiera incómodo en el trabajo. Si estás enamorado, entonces es una gran historia de amor que un departamento de Comunicación decente puede vender para que esto se olvide.

—¿Y si no quiero un matrimonio falso?

—No me has convencido de que no quieras eso. Como alguien que tampoco tenía pensado sentar la cabeza, hay cosas mucho peores que encontrarte en una situación en la que más o menos necesitas casarte con la persona con la que de todas formas quieres casarte. Te da una especie de excusa, un golpe a tu ego y a tu independencia —dijo con amabilidad—. Si de verdad no quieres casarte con ella, o ni siquiera fingir que te has casado hasta que amaine la tormenta y luego pedir una nulidad ficticia —no preguntes, el mismo tío puede encargarse de las dos cosas por un precio— —negó con la cabeza—, sí, conozco gente turbia. ¿Quién no? Lo que realmente necesito saber es: ¿quién te tiene manía? ¿Quién te odia lo suficiente como para soltar toda esta mierda a la prensa?

—Nadie. Ese es el problema. No se me ocurre nadie que vaya a por mí.

—Esto tiene pinta de operación de derribo, James. No te voy a mentir. El hecho de que sí te acostaste con ella y sí le diste analgésicos estupefacientes va a ser difícil de superar. Tenemos que encontrar la fuente que filtró esa información distorsionada. Esa es la clave para sacar la verdad a la luz: acusaciones difundidas por un exempleado resentido o algo así. ¿A quién has cabreado? ¿Algún jugador al que no diste el alta para volver a jugar, quizá?

—No. Sé que Kristyn cabreó a algunos empleados cuando asumió el cargo. Eliminó varios puestos para reestructurar un departamento, y unas cuantas personas dimitieron cuando no les gustó su estilo, es decir, no les gustó que les mandara una mujer.

—Eso suena como una pista sólida. Si es así, tú no eres más que daño colateral. Tú no eras el objetivo. Era ella. Y al hundirla a ella, te destrozaron a ti como parte del paquete. Haré todo lo que pueda, James. Te mantengo informado.

—Gracias —dije.

Una vez en mi coche, con la cabeza dándome vueltas, marqué el número de Kristyn otra vez.

CAPÍTULO 29

KRISTYN

—¿Diga? —contesté al descolgar el teléfono—. Según el departamento jurídico, tú y yo no deberíamos hablar en absoluto mientras la investigación interna siga en curso.

—Lo sé —respondió James—. Acabo de salir del despacho de mi abogada. Cree que alguien te ha puesto en el punto de mira y ha filtrado información falsa a la prensa. Probablemente un exempleado.

—Charlie ha dicho algo parecido. Mi primer pensamiento fue Douglas, pero ¿cómo podría tener información —supuesta o real— después de que lo despidieran y lo escoltaran fuera del edificio?

—Es un trabajo desde dentro —dijo, confirmando mis sospechas.

—Hay alguien aquí que me odia tanto, alguien que sigue trabajando aquí —dije sin emoción.

—Eso parece.

—Antes de que cuelgues, seré yo quien te lo diga. Estás con baja remunerada mientras dure la investigación. No puedes atender pacientes mientras haya acusaciones de conducta sexual inapropiada porque es una violación ética. Estamos hablando con Carlos Mejías para que asuma el puesto de médico del equipo de forma interina. Lo siento, James —dije, olvidándome de sonar distante.

—Entiendo. Obviamente es lo correcto. Me alegra que Charlie esté en la misma línea que mi abogada. Aunque se portó como un gilipollas esta mañana cuando me interrogó.

—¿Te interrogó?

—Quería saber cuántas veces me había acostado contigo y con qué frecuencia te daba medicamentos. Supongo que es una técnica de interrogatorio que aprendió viendo CSI o alguna mierda así, pero de verdad me sacó de quicio.

—¿Le pegaste?

—¡No, no le pegué! Kristyn, ¿te parezco alguien que no se puede controlar? —estalló.

—No soy la persona más adecuada para opinar, teniendo en cuenta lo que pasó en tu despacho la última vez que te vi —dije con sorna.

—No es esa clase de autocontrol del que estoy hablando.

—Vale. Entonces tienes un autocontrol increíble. Alucinante —dije con un toque burlón.

—Dios, te echo de menos —dijo, y luego se aclaró la garganta, como si no hubiera querido decir eso.

—¿Extraoficialmente? —le ofrecí.

—Sí. Muy extraoficialmente. —Sonaba tan abatido que se me encogió el corazón. Estaba de baja en un trabajo que adoraba porque alguien iba a por mí, y a él le habían salpicado en el proceso.

—¿Hay algo que pueda hacer? —pregunté.

—Encontrar la forma de que esto desaparezca. Quiero recuperar mi vida. No volveré a molestarte nunca más —dijo—. Ni siquiera pediré tiritas de más en el presupuesto. Me limitaré a pasar desapercibido cuando no esté tratando jugadores. No volveré a coger el ascensor siquiera.

—Siento mucho todo esto —dije.

—No es culpa tuya.

—No es justo que yo pueda seguir trabajando y tú tengas que irte de baja. Soy consciente de ello.

—Tú no te dedicas a hacer reconocimientos físicos, a veces a solas con pacientes en una consulta.

—Cierto, a menos que te creas lo que dicen que yo hacía para conseguirte analgésicos. O sea, ¿de verdad piensan que no me podría haber permitido pillar drogas por la vía normal?

—¿Estás diciendo que no intercambiarías favores sexuales por narcóticos? —dijo, y su voz sonaba juguetona.

—Depende de a quién tuviera que hacérselos. Si fuera a ti, bueno, visto en retrospectiva todo esto ha sido una idea terrible. Pero quizá en otro momento y otro lugar.

—En otra vida —sugirió. Asentí, una tristeza cayendo sobre mí hasta que no pude contestar. «Otra vida, desde luego», pensé, rozándome con la mano el vientre aún plano con un suspiro agridulce.

—Cuídate. Deja que los abogados se encarguen.

Colgué y hundí la cara entre las manos. Había querido abrazarlo, consolarlo. Aunque era yo la que llevaba al bebé dentro, guardando ese secreto. Era un desastre de proporciones bíblicas, y sentí cómo el nudo en la garganta crecía hasta que apenas podía tragar el agua que intentaba obligarme a beber a sorbos.

Cuando entró mi padre, bastó una mirada para que se rompiera el dique. Las lágrimas me corrían por la cara mientras sollozaba, con hipo. Cerró la puerta con llave y me rodeó con los brazos. —Tranquila, cariño. Nos ocuparemos de esto y todo va a salir bien.

Negué con la cabeza, la tormenta de llanto aún sin terminar. Cuando por fin conseguí parar y limpiarme los ojos y la nariz, luché por recuperar la voz. —No va a salir bien, papá.

—Sé que pinta mal. Los escándalos siempre lo parecen hasta que se aclaran. A la fría luz del día, estoy seguro de que la mayoría de la gente verá las cosas con sentido común y sabrá que fue una encerrona. Cualquiera que crea que tú serías capaz de…

—No. Por favor. La he cagado de verdad, pero bien. Sí que… sí que me acosté con James. Estoy embarazada de él.

Mi padre, el formidable Roland Chase, me sujetó por los hombros a la distancia de un brazo y me miró con tal avalancha de decepción en sus ojos afilados que sentí que podría quedar enterrada bajo ella para siempre. Ahogué otro sollozo, otra oleada de lágrimas que pugnaba por salir. Afrontaría su opinión destrozada de mí, porque

me lo merecía. Mis padres me criaron para ser mejor que eso, y no iba a ponerme a lloriquear. Cuadré los hombros, sintiendo el peso de sus manos sobre ellos y el impacto demoledor de todas sus expectativas que acababa de defraudar de una vez por todas. Sabía que había sido su confidente más cercana además de la hija más parecida a él. Reconocía todas las ventajas que había tenido gracias al brillo de su aprobación. Quizá nunca había valorado de verdad cuánto me encantaba ser su ojito derecho hasta que dejé de serlo. Una caída en desgracia hace eso, por lo visto. Te hace darte cuenta de cuánto significaba algo en retrospectiva, ahora que ya nunca podrías recuperarlo.

Me soltó los hombros y se sentó, no en una silla de visitas sino en la silla detrás de mi escritorio, *mi* silla, en el lugar que solía ser suyo. —¿Qué hay de los medicamentos? —preguntó.

—Me dio unas muestras de un analgésico cuando me hice daño en el tobillo. James me examinó el tobillo, me dio las muestras y una receta. Nunca llegué a comprar la receta, y fue mucho antes de que tuviéramos ningún tipo de relación personal —dije.

Suspiró profundamente. —Menudo lío en el que te has metido.

Me quedé allí de pie, porque tampoco podía negarlo. Llamarlo lío era en realidad una forma suave de verlo.

CAPÍTULO 30

JAMES

Me había esperado que tocar fondo fuera diferente. No era más que rabia inútil y miseria en mi sofá con un whisky en la mano y la botella al alcance del codo, para no tener que sacudirme la autocompasión lo suficiente como para levantarme a rellenar el vaso. Toda mi carrera estaba en la basura porque repartí unas malditas muestras.

Podría haberle dicho que tomara una dosis extra de ibuprofeno o que se pusiera hielo, pero en vez de eso saqué mis medicamentos de emergencia de alta potencia para el dolor, diciéndome a mí mismo que cualquier urgencias le habría dado dosis altas de antiinflamatorios y algo para el dolor, que solo le estaba ahorrando un viaje al hospital. Quería ser su héroe. La deseaba ya entonces. Y me había arruinado: carrera, vida, todo. Enamorarme de la mujer equivocada había acabado conmigo. Tomé decisiones temerarias y me quedé sin nada.

Llamaron a la puerta. Mi botella de whisky y yo lo ignoramos. Al segundo golpe, incluso le hice una peineta a la puerta. Luego el tintineo de llaves fue seguido del giro del pomo. Le había dado una llave a Ford para emergencias. Irrumpir mientras me revolcaba en la autocompasión no era la emergencia que tenía en mente. Pero ahí estaba, junto con Zachary, Cody y Jack. Jack me quitó el vaso y la

botella, y Cody abrió las persianas, dejando entrar una luz del sol que no le había pedido a nadie. Cuando protesté, tanto Zachary como Ford me mandaron callar. Ford dejó unas cajas de pizza y Zachary fue a buscar platos a la cocina.

—¿No tienes platos de papel? —preguntó.

—Son malos para el medio ambiente —prácticamente gruñí—. ¿Sabes qué? Voy a comprar. Que le den al medio ambiente. Los putos árboles nunca han hecho nada por mí…

Cody soltó una carcajada.

—Tío, ¿vas a decirme que me largue de tu jardín? ¿Amenazarme con el bastón? Estás ahí sentado como el viejo cascarrabias más amargado que ha existido jamás. Espabila de una vez.

—¿Espabila de una vez? —dije con voz grave.

—Déjame a mí —dijo Ford, apartando a Cody con un gesto, probablemente por la seguridad de Cody—. Holly está trabajando en tu caso. Y todos estamos aquí para ti. Esto pasará. Todo volverá a la normalidad. Yo también creí que todo estaba perdido cuando me pusieron aquellas denuncias. Había sido arrogante y no me esperaba las acusaciones falsas ni la política de tierra quemada, pero estoy bien. Sobreviví y salí con mi buen nombre intacto.

—Hay una diferencia, Ford —dije con amargura, cogiendo el plato con un trozo de pizza que Jack me tendía—. Tú eras inocente.

—Aquí nadie piensa que estuvieras traficando con medicamentos a cambio de sexo. Estamos contigo y testificaremos en el juicio como testigos de buena conducta —dijo Zachary.

—Yo juro ahora mismo que nunca habrías podido hacer nada de eso —se ofreció Jack.

—Entonces os equivocaríais. Lo hice todo.

—Y una mierda —dijo Cody—. Eres un gruñón, pero no eres un delincuente.

—Gracias por eso —dije con una mueca—, pero me acosté con mi jefa. Ni siquiera estaba borracho. Simplemente la deseaba. Y fui yo quien le dio las muestras de Norco.

—Opiniones sobre las muestras aparte —dijo Ford—, no olvidemos por qué estamos aquí. Para apoyarte y que sepas que te

cubrimos las espaldas. Y también, que Zachary se está comiendo una pizza entera a la velocidad del rayo. Joder, Zack.

Zachary levantó la vista del trozo que tenía a medio meter en la boca.

—A ver, mi mujer está con una onda saludable ahora mismo. No hay carne grasienta en mi casa. Dejadme vivir un poco.

—He visto a tu mujer y yo diría que vives bastante bien —le soltó Ford.

Zachary sonrió y volvió a comer. Le di un mordisco, me di cuenta de que estaba muerto de hambre y devoré mi trozo. Cody me pasó otro.

—No te comas la que pidió Jack. Lleva cosas raras.

—Langostinos y salvia —dijo Jack—. Está excelente, y es más sana que esa de salchichas.

—Prefiero la de salchichas —dije—. Gracias, tíos. No me voy a poner sensiblero, pero esto significa mucho para mí.

—Más te vale. Holly va a limpiar tu nombre, y no vamos a dejar que te metas en un agujero a darte pena a ti mismo mientras tanto. Nada de lloriqueos o te apunto para hacer de canguro —me aseguró Ford.

Para cuando se marcharon, me sentía mejor. Metí los platos en el lavavajillas, bebí algo de agua y estaba considerando darme una ducha cuando volvieron a llamar a mi puerta. Abrí la aplicación del timbre en el móvil y vi nada más y nada menos que al gran Roland Chase. Lo dejé pasar.

—Me han aconsejado mantener las distancias con su familia mientras dure la investigación —le dije.

—Creo que ya hemos superado el punto en el que debo creer que usted tiene buen juicio, Dr. Lippert, o no estaríamos teniendo esta conversación en absoluto.

Se sentó sin esperar invitación.

—Le ofrecería algo de beber, pero…

—Estoy en diálisis y sabe que podría ser fatal. Qué considerado —dijo con sequedad—. Quiero saber la verdad directamente de su boca. ¿Qué le hizo exactamente a mi hija?

Me senté frente a él.

—Conociendo a Kristyn, sabe que nadie le hace nada «a» ella. Está lejos de ser ingenua.

—No he venido aquí a escuchar su opinión sobre mi hija, Lippert —dijo, y había un filo en su voz—. He venido a averiguar qué pasó. Cara a cara. ¿Son ciertas las acusaciones contra usted?

—No. La historia que están difundiendo en los medios es falsa. Los hechos hacen que la historia parezca plausible, aunque está llena de imprecisiones y un escabroso quid pro quo que es pura ficción. Hace varios meses, su hija se torció gravemente el tobillo, la traté y le di una receta y unas muestras de analgésicos, además de una bota ortopédica para estabilizar el tobillo. Semanas después, nos acostamos juntos en Texas. Para entonces, su tobillo estaba mejor, ella nunca había ido a la farmacia con la receta, y ni siquiera se habló de medicación. Conociendo las implicaciones éticas, dimos un paso atrás y no empezamos una relación. Hace un mes, ella vino a mi consulta alterada por algo y nos dejamos llevar. Desde entonces, ni siquiera nos hemos visto. Son tres hechos. Un esguince de tobillo y dos encuentros románticos sin relación con su lesión. Alguien va a por Kristyn. Han intentado conectar puntos que no conectan exactamente, lo han interpretado al revés y se lo han dado a la prensa. La verdad es que me importa Kristyn mucho más de lo que creí que jamás me importaría nadie. Odio que nuestra relación le haya hecho daño y haya puesto en duda su profesionalidad y la mía.

Roland Chase me clavó una de sus miradas gélidas, y le sostuve la mirada sin pestañear. No tenía nada más que ocultarle a este hombre. Su opinión sobre mí de alguna manera importaba, ahora que ya no era mi jefe. Porque era el padre de Kristyn.

—Le creo. Es esencialmente la misma versión que ella me dio. Ha sido honesto conmigo cuando no tenía ninguna obligación de serlo. Respeto eso, y haré todo lo que esté en mi mano para limpiar su nombre, así como el de mi hija —dijo con generosidad.

—Se lo agradezco, señor. Si me lo permite, me gustaría pedirle un favor. No juzgue a Kristyn con dureza por esto. Fue un error de juicio mutuo, y ella es en todos los sentidos el tipo de persona y el tipo de directora de la que debería estar muy orgulloso. Su confianza y su aprobación lo son todo para ella.

Roland se limitó a mirarme con el mismo desdén que cuando había intentado hablarle de su hija para empezar. No estaba seguro de si era porque ya lo sabía o porque no le gustaba el hecho de que yo tuviera un conocimiento sobre Kristyn que él no tenía. En cualquier caso, estuve mucho menos tenso una vez que se marchó.

CAPÍTULO 31

KRISTYN

Mi padre me convocó a su casa para hablar de ciertas cosas. Siempre había tenido ese aire imperial, ese don para lo dramático. Yo tenía que ir a él, concederle audiencia mientras se sentaba a juzgarme o me informaba de cuál sería nuestro siguiente paso. Los últimos días me había tragado bastante orgullo. Sabía que lo había decepcionado y que había tomado malas decisiones. Avergonzada por mi comportamiento, me mordí la lengua cuando se puso un poco autocrático sobre cómo proceder, sin tener realmente en cuenta mi opinión.

Papá estaba conectado a la diálisis cuando llegué, con aspecto leonino e irritado por el inconveniente de estar atado a un aparato médico mientras se arrellanaba en su gran sillón. Le besé la mejilla y tomé asiento. Apenas habíamos hablado desde aquel día en mi despacho cuando se lo conté todo. Un par de llamadas breves y mensajes, nada que se pareciera a nuestra vieja complicidad o cercanía. Sentía esa pérdida como una espina clavada. Ahora me preparaba para que hiciera una de dos cosas. O volver a asumir la dirección de operaciones de los Clippers, o comunicarme que había ayudado a elegir un nuevo sucesor para el puesto. En cualquier caso, esperaba tener que apartarme. Ya no era un activo para la organización, y un escándalo y una sacudida a mitad de temporada

ya eran bastante graves sin que yo montara un numerito al respecto. Sería serena y digna, me dije.

—Lo primero es lo primero: te debo una disculpa —empezó.

Me limité a mirarlo con cara de pasma, sorprendida por sus palabras.

—¿Ah, sí? —pregunté.

Asintió.

—Sí. El otro día, con el shock de todo aquello, ni siquiera procesé el hecho de que me dijiste que iba a ser abuelo. Es una gran noticia, a pesar de todas las circunstancias que la rodean. Estoy muy contento, Kristyn. Enhorabuena.

Las lágrimas me escocieron en los ojos y no encontré palabras para responder.

Antes de que pudiera articular algo, la asistenta entró con un hombre al que yo no conocía.

—Gracias, Sophia. Kristyn, este es Mick Kimball. Es el investigador que contraté para llegar al fondo de este desastre.

Le saludé con un gesto de cabeza e intenté resistir la tentación de morderme las uñas, un mal hábito adolescente que reaparecía cuando estaba nerviosa.

—Señor Kimball, ¿le gustaría hacer los honores? —preguntó mi padre, recostándose en su sillón con aire satisfecho. Solo eso ya me hizo relajarme un poco.

—Sí. No costó mucho rastrear la historia hasta Douglas, su antiguo asistente. Fue bastante indiscreto atribuyéndose el mérito de haberla hundido. Cuando le proporcioné a su padre las pruebas, insistió en hablar con Douglas personalmente.

Mi padre interrumpió:

—Le sugerí a Douglas que le iría mejor si daba el nombre de su informador interno. Como habrás adivinado, Don estaba cabreado porque no le diste carta blanca con el presupuesto. Estaba metido en el ajo también. Él fue el «testigo» del artículo. Les he asegurado a Douglas y a su cómplice que se enfrentan a una considerable demanda por difamación. Douglas accedió a emitir un comunicado retractándose de todo y admitiendo las falsedades. Tenía muchas

ganas de despedir a Don yo mismo, como te puedes imaginar, pero su jefa eres tú, no yo.

Tenía las manos entrelazadas delante de mí mientras la sensación de vindicación y alegría me invadía. Me puse de pie, abracé a mi padre y le estreché la mano al señor Kimball dándole las gracias. Recordé la escena con Douglas en el hotel de Texas, cómo había estado con Don en el bar cuando lo vi. Tenía todo el sentido del mundo. Qué vida tan patética debían de tener esos hombres para pensar que ir a por mí e inventar historias repugnantes era lo único que podía hacerles sentir mejor, pensé. Negué con la cabeza, asqueada.

—¿Cuándo se publica el comunicado? —pregunté.

—Esa es mi chica. Práctica, sin perder de vista el objetivo. Debería salir a las cuatro. Quería que llegara a tiempo para todos los telediarios de la tarde y los titulares de radio en hora punta.

—Has pensado en todo —dije, intentando no saborear demasiado que mi padre dijera «esa es mi chica». Era mi propia persona, una mujer adulta. No necesitaba su permiso para reaccionar como lo hice ni su aprobación. Iba a ser madre, por el amor de Dios. Puede que hasta suspirase en voz alta.

—¿Has decidido qué hacer con James? ¿Vas a contarle lo del bebé? —preguntó. Cuadré los hombros.

—Agradezco todo lo que has hecho, papá. Más de lo que puedo expresar. Pero esto es entre el padre de mi hijo y yo. Me importa, y tengo intención de decirle la verdad. Más allá de eso, no voy a especular.

—Mantenme al día. Sabes lo difícil que es para mí estar atado a esta máquina —dijo, señalando el aparato de diálisis que filtraba su sangre. Sentí cómo las comisuras de mis labios se curvaban con suave diversión.

—Te mantendré informado. No puedo evitar pensar que solo juegas la carta de la diálisis cuando crees que te va a conseguir algo que quieres. El resto del tiempo, puedes plantarte en mi despacho al rescate o pedir favores y mover hilos como un auténtico titiritero.

Le besé la mejilla otra vez.

—Siempre me has calado. Deja que un viejo tenga sus excentricidades.

—¿Viejo? Pensaba que estabas en la flor de la vida. Tenemos que crearte un perfil de citas y meterte en las aplicaciones —bromeé.

—Yo fui de una sola mujer, cariño, y lo sabes.

—Yo también la echo de menos —dije—. Estaba bromeando.

—Lo sé. Quiero lo mejor para ti. Lo que tú decidas que es.

—Gracias, papi. ¿Ya le has contado a Kali lo de Douglas?

—Pensé que te gustaría contárselo tú —dijo.

—Ya se lo has contado, segurísimo, pero déjame adivinar: ¿se hará la sorprendida?

—Ya basta de travesuras. Hablé con ella esta mañana.

—¿No querías que se pasara por aquí y te arruinara la gran revelación cuando yo apareciera a la hora indicada?

—Podría haber arruinado la atmósfera de un informe privado si tu hermana estuviera aquí gritando obscenidades y detallando cómo quería cortarle a Douglas sus «diminutas pelotas arrugadas» y hacer que se las montaran como trofeo.

Resoplé.

—Pero aporta tanto entretenimiento a cada ocasión —dije.

Dicho esto, me dirigí a casa de James, deseando compartir las noticias. Por mucho que pensara que mi padre podría haberme llamado con la información en cuanto la tuvo y dejar que me quitara el peso de encima en vez de montar todo un espectáculo, yo quería decírselo a James en persona. Era como mi padre en eso, pensé con ironía: anteponía el placer de ver cómo se le quitaba el mundo de encima a la ventaja de que se enterase antes si lo llamaba. También era hora de contarle mi pequeño secreto. Quizá la noticia sobre Douglas amortiguaría el *shock* de descubrir mi embarazo sorpresa. Fui a su casa e incluso le envié un mensaje diciendo que estaba allí, pero no obtuve respuesta. Subí los escalones y llamé al timbre.

CAPÍTULO 32

JAMES

Estaba nadando largos y justo me estaba secando la cara con una toalla cuando el móvil sonó con la alerta del timbre. Salté de la piscina y rodeé la casa por un lateral. Kristyn estaba en el porche de la entrada.

—Eh, ¿deberías estar aquí? —pregunté, secándome. Se giró hacia mí, sorprendida, y no me pasó desapercibido cómo sus ojos recorrieron mi pecho desnudo. No era el momento de fijarse en eso ni de dejarme llevar por la atracción que sabía que ardía a fuego lento entre nosotros. Bajó del porche y se plantó delante de mí, lo bastante cerca como para que pudiera oler su perfume.

—Sí, en realidad, debería. Acabo de salir de casa de mi padre y tengo buenas noticias.

Quería invitarla a pasar, o a la parte de atrás a sentarnos junto a la piscina, tomar algo, darnos un baño. Dejar que la besara hasta que los dos olvidáramos todo lo malo que había pasado desde la última vez que la tuve entre mis brazos. Por eso no me moví. Me limité a esperar a que terminara de hablar. Había aprendido por las malas que no debía acercarme a ella. Valoraba mi trabajo, y además su reputación y la mía.

—Un investigador privado que contrató mi padre rastreó toda la historia hasta Douglas, y su colega Don era el topo. Douglas

publicará un comunicado admitiendo que todo fue una invención a las cuatro, así que se emitirá en directo por internet a través del mismo medio al que vendió la historia. Van a hacer una rectificación, con todas las de la ley. Recuperamos nuestras vidas, James.

Dejé que calara lo que me acababa de decir. Entonces reaccioné al alivio y la felicidad que me invadieron de golpe. La agarré y la abracé, la hice girar en el aire. Se estaba riendo, y yo la había levantado del suelo, apretada contra mi pecho desnudo, mojándole la ropa. La dejé de nuevo en el suelo y, antes de que pudiera disculparme por haberme dejado llevar, mi boca estaba sobre la suya. Fue un beso apasionado y repentino, un relámpago, embestidas profundas de mi lengua, y su boca dulce y entregada, esos brazos aferrados a mi cuello y mi palma encajando en la curva de su espalda. Dios, simplemente encajábamos, tan perfecto. Fue como un chute puro de testosterona. La solté y retrocedí tambaleándome como si acabara de agarrar una sartén ardiendo del horno con las manos desnudas y me hubiera quemado de verdad.

—Sabía que te alegrarías con la noticia. Mi padre no iba a parar hasta llegar al fondo de este lío, y ahora podemos dejarlo atrás. Estás readmitido como médico del equipo con efecto inmediato.

—Eso significa que puedes volver a llamarme doctor —dije, con la voz más suave, más ronca de lo que debería. En carne viva de cuánto la necesitaba.

—Enhorabuena, doctor. Lo peor ya pasó —dijo con una sonrisa preciosa.

—Es un alivio para los dos, lo sé. Quiero darle las gracias a tu padre en persona. Mantuvo la fe cuando los hechos parecían estar en nuestra contra. Le estoy agradecido, y tengo que admitir que un poco celoso, porque ojalá hubiera tenido un padre que me quisiera la mitad de lo que Roland Chase te quiere a ti.

—Siento saber que no tuviste eso al crecer. Él siempre ha creído en mí, y sé la suerte que tengo.

—Seguro que mucha gente lo tuvo peor que yo. Tuve un padre de mierda. Es una de las razones por las que decidí desde joven que no quería tener hijos. No tuve un modelo para ese tipo de cosas. Creo que mi mayor miedo era acabar siendo un padre terrible. Pero

esquivé esa bala. En fin, no sé cómo he acabado contándote mi vida. Estoy agradecido a Roland, y se lo diré.

Me obligué a mirarla a los ojos aunque me sentía avergonzado y un poco expuesto después de esa confesión. En lugar de la amabilidad y la comprensión que había visto un momento antes, había una expresión extraña en su cara, desconcertada y pillada por sorpresa. Incómodo, di un paso atrás y le di las gracias por avisarme.

—Tengo que ir a la oficina, poner en marcha el papeleo con Legal e informar a Don de que está en el paro. Que pases un buen día. — Sin más, se fue, y tuve la extraña sensación de haber hecho algo mal.

CAPÍTULO 33

KRISTYN

El mea culpa de Douglas en la prensa no solo había disipado las nubes sobre mí, sino que había dado a los Clippers una seria publicidad de disculpa. Varias webs que habían sacado tajada a base de bien con mi caída en desgracia vinieron arrastrándose, ansiosas por hacer las paces con un reportaje halagador sobre el equipo. Nuestro departamento de Comunicación aprovechó al máximo la oportunidad, y nuestros entrenadores y jugadores concedieron algunas entrevistas. Debería haber estado en la cima del mundo, reivindicada y restaurada en el trono, por así decirlo. Pero estaba destrozada.

Cuando Kali entró en mi despacho unos días después de que se publicara la retractación, ni siquiera me sorprendió que me dijera que tenía una pinta horrible.

—Gracias —dije con sequedad.

—¿Cómo te encuentras?

—Cansada. Con náuseas. Tengo mi primera cita con el ginecólogo la semana que viene. Si estás en la ciudad, ¿vendrás conmigo? Van a hacerme una ecografía. Ecografía interna: podremos ver al bebé. Técnicamente es el saco vitelino, según mi libro de embarazo, y mide unos cinco milímetros. —Levanté el pulgar y el índice separándolos una distancia ínfima para demostrarlo.

—Yo tenía pensado llevarla a su primera semana de la moda, pero bueno, iré a admirar su saco vitelino si ese es el primer paso para ser la mejor tía que haya existido jamás —dijo Kali, haciendo una mueca al decir «saco vitelino»—. ¿Ya se lo has dicho?

—No quiere hijos. Nunca los quiso. Fin de la historia —dije con voz apagada.

—Me estás tomando el pelo. Menudo hijo de puta. ¿En qué planta está su consulta? ¡Voy a partirle la cara!

—Siéntate —dije.

—¿Cómo? ¿Le dices a ese cabrón que va a ser padre y te suelta que «nunca quiso tener hijos»? ¡Será desgraciado! ¿Simplemente no lo quiere? —dijo, indignada.

—En realidad no se lo dije. Estaba hablando con él sobre papá. Y él soltó todo lo que llevaba dentro sobre haber tenido un padre de mierda y cómo por eso no quiso tener hijos jamás.

Kali volvió a sentarse.

—Eso es diferente, hermanita. Eso es una teoría. Cuando sepa que hay un embarazo real y que va en serio, la situación es completamente distinta y puede que se sienta de otra manera.

—Intenté decírselo, pero cuando dijo todo eso, no pude. No voy a cargar con ese rechazo. Tengo que pensar en el bebé, y tengo que mantenerme bastante tranquila para que el desarrollo sea adecuado. No puedo ir por ahí con el cortisol y la adrenalina por las nubes.

—Eso suena a que te da miedo. Y además, ¿cómo vas a ocultarle un embarazo cuando trabaja aquí? Va a ser evidente bastante pronto.

—No tengo por qué verlo. Puedo comunicarme por correo electrónico si necesito algo.

—Estás dando por hecho que él no habla con nadie más que trabaje aquí. Tienes que darle una oportunidad, cielo.

—No tengo que… —empecé a protestar, pero un dolor agudo en el abdomen me cortó la respiración—. Dios mío, Kal… —jadeé, agarrándome la barriga.

—¿Estás bien? ¿Qué pasa? —Se puso de pie de un salto y se inclinó sobre mí.

—Algo va mal… —dije, intentando recuperar el aliento, con lágrimas en los ojos.

Kali corrió a la puerta y llamó a Connie para que avisara al médico. Ni siquiera pude decirle que no lo hiciera: tenía más miedo por el embarazo que de ver a James y que se enterara.

CAPÍTULO 34

JAMES

Subí las escaleras más rápido de lo que cualquier ascensor me habría llevado a la planta de dirección. No tenía ni idea de qué estaba pasando cuando Connie llamó e insistió en que Kristyn necesitaba atención médica. Cuando irrumpí en su despacho, Connie y la hermana de Kristyn estaban arrodilladas a su lado. Estaba en su silla, doblada sobre sí misma.

—Se dobló de repente y se agarró el estómago —me dijo Kali.

Las aparté con un gesto y me apoyé en el escritorio, junto a donde estaba sentada. Le tomé la muñeca y le busqué el pulso.

—¿Te has encontrado mal? —pregunté—. ¿Has comido algo fuera de lo normal?

Levantó la mirada y clavó sus ojos en los míos. Aquellos ojos esmeralda nadaban en lágrimas contenidas y una determinación feroz.

—Creo que es el estrés de todo lo que ha estado pasando —dijo con la voz tensa.

Le solté la muñeca, pero ella me agarró la mano. Se la sostuve entre las dos mías. Me incliné hacia ella.

—¿Qué te pasa, Kris? —susurré. Negó con la cabeza—. Soy cirujano ortopédico. Si no es un hombro o un tobillo, necesitas un médico de cabecera. ¿Quién es tu médica?

—¿Quizá deberías llamar a ver si tu ginecóloga puede verte antes? —intervino Kali.

Me erguí de golpe al oír eso, en alerta máxima. Sentí cómo retiraba la mano de la mía. La mirada de pánico en sus ojos me lo dijo todo.

—Creía que no podías quedarte embarazada —dije incrédulo.

—Yo también lo creía. —Una única lágrima se desbordó y le resbaló por la mejilla mientras apartaba la cara. La cabeza me daba vueltas con mil pensamientos. Me quedé sin palabras.

CAPÍTULO 35

KRISTYN

Ni siquiera podía sentir alivio de que él supiera la verdad. Estaba demasiado asustada. Cuando llegué al hospital, me metieron corriendo en triaje, donde una ginecóloga de guardia me examinó. Respondí a unas cien preguntas sobre mi ciclo y mis síntomas. La doctora me aseguró que todo parecía estar bien y que probablemente solo era dolor de implantación.

—Se la clasificará como embarazo de alto riesgo por su historial de endometriosis. La monitorizaremos de cerca, y usted pondrá de su parte manteniéndose hidratada, tomando las vitaminas y descansando más. Tengo entendido que ha estado sometida a mucho estrés, y eso no es sano ni para usted ni para su bebé.

Asentí y cogí los folletos sobre nutrición, yoga y todo lo demás. Le di las gracias a la doctora y prometí hacer seguimiento con mi ginecóloga.

—Tiene visita —dijo la doctora, señalando con la cabeza la cortina que dividía mi zona de exploración—, dice que también es médico. —Asentí.

La doctora dejó pasar a James al salir. James se sentó a mi lado en la camilla, donde mis pies colgaban sin llegar al suelo.

—No lo sabía —dijo—. No me lo contaste.

—Intenté hacerlo —dije, con la voz entrecortada—. Tú anunciaste que jamás de los jamases querías hijos y te pusiste a explicar por qué. No podía hacerte eso. No cuando eras tan claro con lo que querías, y yo te había dicho que no podía tener hijos. Era lo que creía, mi ginecóloga me lo había dicho. Pero podía parecer que te había engañado, y no soportaba que pensaras eso.

—¿Preferías ser madre soltera a arriesgarte a que yo pensara mal de ti? Menuda opinión debes tener de mí —dijo con pesar—. Sé que esto te pilló tan de sorpresa como a mí. Yo no quería un hijo. Siempre lo he tenido claro, porque tenía miedo de fallarle como mi padre me falló a mí. Eso era una idea, la idea de un hijo me daba miedo. Pero ¿un bebé contigo? ¿Un bebé que es mitad Kristyn y mitad yo? Eso es un puto milagro, Kris. ¿Qué clase de imbécil arrogante rechaza un milagro entero?

Su cara, Dios mío, su cara. Estaba tan guapo, tan feliz. Parecía eufórico, como si acabara de recibir todo lo que alguien podría desear jamás.

—Lo siento —dije—. Debería habértelo contado. Me entró el miedo.

—Lo sé —dijo—. Te agarré, te besé y luego te solté encima todo mi trauma de infancia. Cualquiera habría salido corriendo, y más aún una mujer en una situación muy vulnerable. ¿Me dejas compensártelo? Dímelo otra vez. Ahora mismo. Di lo que ibas a decir antes de que me pusiera a soltar el rollo de que era un lobo solitario o lo que fuera.

Parecía tan sincero, tan esperanzado, que podría haberme echado a reír o a llorar, o las dos cosas.

—James, esto te va a sorprender. A mí desde luego me dejó en shock. Estuve mala hace unas semanas, y como no se me pasaba, mi hermana me hizo hacerme un test de embarazo. Dio positivo. Quería que supieras que vas a ser padre. Puedes implicarte todo lo que quieras, y puedes elegir no implicarte en absoluto si es con lo que te sientes cómodo.

—Tú no puedes elegir cuánto implicarte —dijo en voz baja—. No cuando tu cuerpo está creando un ser humano entero.

—Así es como funciona —dije—. Tú tienes la opción de hasta dónde implicarte.

—Yo nunca tuve elección. No finjas que la tuve —dijo, y me sobresalté, preguntándome si al final estaba enfadado—. No tuve elección ni un solo minuto desde el día que entré en tu despacho. No había opción de irme. No cuando cada célula de mi cuerpo te conoce, te reconoce. Tu olor y la sensación de tu piel, la forma en que te muerdes el labio cuando estás nerviosa. Estuve perdido desde el primer día. No ha habido un solo minuto en el que no lo haya dado todo. Eso es lo único que seré contigo, si me aceptas. Estoy feliz con lo del bebé, de verdad feliz. Y parte de eso es bastante egoísta, porque como vas a tener un hijo mío, eso me da ventaja. Porque estoy enamorado de ti, y como soy el padre, te resulta un poco más difícil darme la espalda. Voy a ser el mejor padre que pueda aprender a ser, y estaré en la vida de nuestro bebé cada día, cada hora. Y en la tuya también.

—¿De verdad?

—¿Que si te quiero? ¿En serio? Kris. Por favor. He estado volviéndome loco sin ti, y ni siquiera sabía lo del embarazo todavía. Te quiero, como sea que me aceptes.

—Te quiero, doctor —dije, balanceando los pies de pura felicidad.

Me envolvió en sus brazos y me abrazó como un loco, como si yo fuera lo que más quería en el mundo. Y lo era. No podía dejar de sonreír. Ni siquiera cuando me obligó a ir en silla de ruedas desde Urgencias hasta la sala de espera. Mi padre y Kali estaban allí.

—Todo bien —dije.

—¿Has decidido aceptarlo de vuelta o tengo que ir a arrancar los estribos de una camilla de exploración? —preguntó Kali, intentando ocultar su sonrisa. Puse los ojos en blanco.

—Resulta que tenías razón. Necesitaba darle una oportunidad.

—Espera, ¿has dicho que yo tenía razón? —bromeó—. Quiero que lo repitas mientras grabo con el móvil para ponerlo de tono de llamada para siempre.

—No tientes a la suerte, hermanita —dije.

—Deberíamos celebrarlo —intervino mi padre—. ¿Te apetece salir a cenar?

—Creo que sí. Tengo hambre.

—Deberías comer. ¿Qué te apetece? —preguntó James, inclinándose sobre mí solícito.

—¿Aparte de una garantía de que no vas a agobiarme durante los próximos siete meses? ¿Qué tal chino? Me muero por un arroz frito y un chop suey.

Kali hizo una mueca.

—Sabes que la comida en China no tiene nada que ver con eso.

—Sabes que la que lleva el bebé dentro soy yo, así que elijo yo, las normas son las normas —me reí.

Convencí a James de que dejara la silla de ruedas y me dejara cogerme de su brazo de camino al coche. Qué bien se sentía agarrarme a él y tenerlo a mi lado, de camino a cenar con mi familia para celebrar al bebé que venía en camino. Era la mejor sorpresa de todos los tiempos.

EPÍLOGO

KRISTYN - UN AÑO DESPUÉS

Terminé de ponerle crema a Madeline, que pataleaba contenta. —Eres lo más bonito del mundo. ¿Qué voy a hacer cuando esté en la oficina? —le pregunté, besándole los piececitos desnudos.

Con cuatro meses, Maddie era la viva imagen de lo adorable: mofletes de manzana, una sonrisa sin dientes y un hoyuelo. Era el mismísimo cielo. Había tenido una baja de maternidad maravillosa y había trabajado desde casa para poder estar con ella un tiempo. Oficialmente, había llegado el momento de volver al trabajo. James entró en la luminosa habitación del bebé y cogió a Maddie en brazos.

—¿Estás lista para volver? —preguntó—. No es que hayas dejado de trabajar en algún momento.

Negué con la cabeza. —La voy a echar de menos como una loca. Al menos la guardería en las instalaciones está casi lista —dije—. ¡Así podré venir a darte besitos cuando me apetezca!

Estaba orgullosa de haber traído una guardería de última generación a las instalaciones del equipo. De esta forma, todo el personal, desde los jugadores hasta los de mantenimiento, podría tener a sus hijos cerca. Formaba parte de la iniciativa de bienestar laboral y iba a tener un impacto en la moral del equipo mucho mayor que el yoga dos veces por semana y el club de lectura.

Estaba especialmente contenta de poder tener a Maddie cerca cuando estuviéramos en la ciudad. En cuanto a los viajes, ya había ido a dos partidos fuera, con protectores auditivos de su talla y una camiseta diminuta de los Clippers.

Me puse de puntillas y besé a James con suavidad. Me encantaba verlo con nuestra niña, lo atento y cariñoso que era, tal como sabía que sería. Mi familia era la alegría de mi vida, y mi vida, más valía que lo admitiese, era perfecta.

Fin

ESPOSA FINGIDA (VISTA PREVIA)



CAPÍTULO 1

JOSH



"No estoy diciendo que no vaya a volver a interpretar a otro stripper si el papel es bueno, ¿pero podrías encontrar un personaje que al menos me motive?", le pregunté.

"Escucha, Josh", dijo mi agente Caitlyn, "eres una estrella. Estás en la lista de los hombres más sexys del mundo. Y sabes perfectamente cómo llegaste a ese punto".

"Me alegro de que *Say It with Flowers* haya sido un gran éxito. Me abrió muchas puertas, ¡pero todas conducen a películas en las que interpreto a un stripper o a un gigoló!".

"Los rayos no golpean dos veces en el mismo sitio. Estados Unidos te adora por tus interpretaciones de acompañante tonto y bien intencionado. Simplemente no puedes pasar de hacer ese tipo de papeles a representar a Einstein", dijo.

"No necesito interpretar a un genio. Tan solo escúchame. Mira los guiones que me has enviado".

"Los he mirado".

"Tu asistente los miró", le contesté.

"Está bien, Clive los miró. Son buenas oportunidades. Películas de estudio de presupuesto medio, comedias de verano".

"Las descripciones dicen 'hombre blanco atractivo, pero superficial, de veintitantos años'".

"Ese eres tú", dijo, tomando un trago de su botella de agua.

"Gracias", dije con una pizca de sarcasmo.

"Ser ese tipo te ha hecho ganar millones", dijo, "y no olvides la promoción que obtuvimos por modelar ropa interior masculina en Europa".

"Sí. Pero mira esto, Caitlyn. Si pudieras conseguir que escriban un guion desafiante para un stripper, como que tiene un niño enfermo o algo de ese estilo, me gustaría hacerlo. Me encantaría mostrar mis habilidades como actor, y lo haría en una comedia. Me quitaré la camisa. Sé a lo que vendrán al teatro. Pero me gustaría darle más contenido a mi parte".

Ella se rio disimuladamente. "Tu parte es lo que pagan por ver. Eres famoso por ser atractivo, no un hombre de familia o algún héroe abnegado. Si deseas cambiar el tipo de función para la que te consideran, debes cambiar tu imagen. ¿No quieres jugar al tipo playboy sexy y soltero? Entonces deja de verte como uno".

"¿Estás sugiriendo que deje de hacer ejercicio?".

"No. Dios, no. Dime que es una broma".

"Vale, es broma. Pero ¿puedo hacer una entrevista, hablar sobre cambiar de dirección y buscar roles más maduros? Sé que puedo conseguir que Max me organice un programa nocturno para una entrevista. ¿Quizá con James Corden? Me encanta ese chico. ¡Hasta podríamos cantar!".

"En primer lugar, tu canto lo único que conseguirá será que tus fans no hagan otra cosa que cambiar de canal. ¿No te acuerdas de cuando te presentaste a las audiciones para la secuela de *Mamma Mia*?".

"Y lo clavé en el baile", dije a regañadientes.

"Es cierto. Era un musical. Insististe en intentarlo, en contra de mi consejo. ¿Recuerdas?".

"Sí", le dije.

"Y te doy excelentes consejos. He guiado tu carrera y has pasado de interpretar a un camarero en una telenovela a ganar diez millones por película".

"Sí, lo has hecho. Y como tu instinto es tan bueno, te pido consejos sobre cómo hacer la transición a una imagen más madura. Por ejemplo, dónde debería hacer la entrevista".

"No puedes hacer una entrevista para anunciar que estás listo para roles más serios. A menos que quieras interpretar al padre severo pero cariñoso en una de esas películas de Lifetime donde el niño tiene cáncer".

"Eso no es lo que quiero. Quiero interpretar los roles de Bradley Cooper. Sé que es mayor, pero no empezó haciendo cosas serias. Estaba en *The Hangover* y ese tipo de películas. Interpretó a un mapache en una franquicia de cómics, por el amor de Dios".

"¿Te refieres a la franquicia más taquillera de todos los tiempos? Eso no le hizo ningún daño. Pero lo que digo es que, si quieres roles más serios, no puedes decírselo a la gente. Tienes que *demostrarlo*. Aquí es donde entra Max con la remodelación de tu imagen. Mi opinión es que necesitas casarte".

"¿*Qué*?".

"Si quieres interpretar a un adulto y proyectar la imagen de un adulto, sigue los hitos tradicionales aceptados por el americano medio. Comprar una casa nueva. Casarse. Tener un hijo. Tuitear sobre cuánto amas a tu esposa. ¿Sabes de que va el éxito de Ryan Reynolds? No es todo Deadpool. Es estar casado con Blake Lively y tener dos hijos adorables".

"No creo que ella vaya a dejar a Ryan por mí. Y me convertiría en un destructor de hogares. Eso no puede ser una buena publicidad".

"Dime que estás bromeando de nuevo", dijo, sacudiendo la cabeza.

"Por supuesto que estoy bromeando. Pero me encanta que pienses que soy tan estúpido. No soy un idiota. Solo lo interpreto en la gran pantalla".

"Un idiota sexy con un cuerpo enfermo", corrigió. "Habla con Max sobre un cambio de imagen antes de pedirme un tipo de película que no sea coherente con tu marca".

"Tendré que cambiar mi marca", dije. "Porque no me entusiasma interpretar a un torpe fontanero que se tropieza con un atraco mientras hace pis".

"Fue un escenario divertido. Enseñas tu cuerpo completamente desnudo desde atrás y, gracias a que es una comedia, puedes obtener la calificación para mayores de 13 años", dijo.

Me desanimaba tratar de explicar por qué estaba mal para mí. Ya había pasado por eso. Yo había madurado. Si se lo decía, ella mencionaría que Adam Sandler había crecido y había tenido que hacer películas para televisión porque ya no encajaba en las comedias juveniles. Eso no era lo que quería. Yo era un símbolo sexual, mientras que él era un comediante. Lo que significaba que al menos era visto como divertido y talentoso, mientras que yo había sido bendecido con una buena apariencia y la autodisciplina para hacer ejercicio todos los días. Suspiré.

"Mira, si haces una obra de teatro, preferiblemente Shakespeare, y te enfocas más en el trabajo de caridad que en las fiestas, ese sería ya un primer paso. Pero en serio, habla con Max. Él te lo dirá. Es un hombre inteligente. Sabe que tú necesitas una nueva imagen para obtener lo que quieres. Y no me refiero a un matrimonio rápido en Las Vegas. Me refiero a comprar una casa, decorarla de acuerdo con tu nuevo estilo de vida, salir en Vogue o en el Architectural Digest o ese tipo de publicaciones. Unas lindas mascotas, labradores, no cerdos barrigones y esas mierdas que puedan perseguirte mientras paseas por los jardines junto a tu esposa en las fotos".

"Eso es muy específico", dije, "y supongo que es lo que te pedí".

Llamé a Max mientras bajaba por el ascensor. El maldito ascensor se atascó de nuevo, pero solo por unos minutos. Siempre me olvidaba de quejarme a mi agente sobre su poco fiable ascensor privado. De todos modos, Max contestó mi llamada de inmediato, lo que siempre era reconfortante. Al menos sabía que todavía estaba dispuesto a trabajar conmigo.

"Hola, colega", dijo. Él tenía cincuenta, pero me hablaba como si yo fuese su sobrino o un familiar de nueve años. A pesar de eso, era el mejor en su trabajo.

"Hola, Max. Acabo de salir de la oficina de Caitlyn y quería hablar contigo sobre lo que dijo. Quiero interpretar papeles más maduros, no como el anciano Gandalf, sino roles serios y dramáticos. Ella cree que la razón por la que no recibo esas ofertas es…".

"¿Tu imagen? Quiero decir, diablos, todo el mundo quiere ser como tú. *Yo* quiero ser como tú. Acudes a todas las fiestas de Vanity

Fair. Durante los últimos cuatro años, tu nombre ha estado vinculado a todas las chicas del espectáculo, desde Emma Stone hasta la última modelo de traje de baño de Sports Illustrated. Tus fotos junto a la chica italiana en la cubierta de ese superyate… estaría mintiendo si no te dijera que son oro en las relaciones públicas para obtener papeles sexys. Mucha pasión y sin marcas de bronceado en ninguna parte. Pero si quieres películas aspirantes a los Oscar, tienes que limpiar esa imagen".

"¿Qué es lo que soy? ¿Un drogadicto? No me han arrestado, nadie ha muerto en el club del que soy dueño y nunca he acosado a nadie. ¡He sido puro como la nieve, incluso durante el movimiento *Me Too*!", dije frustrado. "Es como si me estuvieran castigando por ser un hombre soltero y guapo".

"Entonces eres guapo, exitoso, una estrella, ¿y te sientes perseguido? Creo que antes de que hagamos cambios en la imagen, es posible que debas ir a terapia. Porque estás en la cima, en cuanto a privilegios se refiere. Empieza poco a poco con trabajos de caridad. Niños de zonas marginales, artes, ese tipo de cosas. Después, consigue una novia estable. Alguien mayor de veintiún años".

"Mimi tenía veintitrés", dije.

"Como te he dicho. Ella necesita tener más o menos tu edad. Idealmente, alguien que no esté en el mundo del espectáculo, que por lo menos no sea modelo o actriz. De esa manera, parecerá que tiene los pies en la tierra y evitará la percepción de un romance intenso y escandaloso".

"Nunca he tenido un romance polémico. He tenido relaciones, cortas quizás, pero nunca han sido malas. No hemos tenido que lidiar con escándalos o con difamaciones".

"Colega", dijo, "creo que quieres una palmada en la espalda por lograr llegar a los treinta años sin antecedentes penales o sin una demanda por acoso sexual. Eso me hace sentir viejo y deprimido, porque esa debería ser la norma, ser una persona decente para empezar. Y lo eres, por lo que no debería ser demasiado difícil. Hay muchos tipos con demandas de paternidad en su contra, divorcios complicados y titulares de prensa sensacionalista. Estás por delante

en el juego al no estar involucrado en nada de eso. Pero vamos a tener que cambiar tu imagen drásticamente si quieres este cambio en la interpretación de tus roles".

"Caitlyn dijo que debería casarme".

"Y no se equivoca".

"Esperaba una solución más creativa y menos permanente de tu parte", le dije.

"No es la única forma. Pero sí la más sencilla. Restaurar una casa juntos, mostrarse abrazados y acaramelados para que la revista difunda tu nuevo y diferente estilo de vida, y cómo eso impactó en tu trabajo en la gran pantalla. Cómo ha cambiado tu vida. Estados Unidos adora los cuentos de hadas. Lo único es que a los estudios de filmación les gusta más unas buenas ganancias que un cuento de hadas. Si intentas ser un adorable hombre de familia, encontrarás tu nombre adjunto a algunos proyectos más importantes. No más robots alienígenas".

"¿Entonces casarse es la respuesta rápida?".

"Casarse es la respuesta rápida. La respuesta lenta es hacer obras de caridad. Convertirte en uno de esos embajadores de buena voluntad y visitar los países empobrecidos hablando de minas terrestres, agua potable y ese tipo de cosas. Construye una imagen pública como alguien profundamente comprometido con trabajar por el bien común, durante más o menos un año, con múltiples entrevistas y al menos una donación propia para los titulares".

"Dono a varias organizaciones benéficas con regularidad", dije.

"¿Y?".

"Nunca lo he hecho público. No es por eso por lo que lo hago".

"Sería prudente alinearse públicamente con al menos una de ellas, si no fuera por otra razón que usar tu fama para llamar la atención y obtener más donaciones para la organización".

"Puedo hacer eso. Sin embargo, nunca me he sentido cómodo recibiendo atención por donar a organizaciones benéficas. Parece como que quiero felicitarme a mí mismo".

"No lo mires de esa manera. Considéralo como alguien que utiliza su rostro famoso para que la gente haga clic en el sitio web de la fundación y haga una donación", dijo Max.

"Okey. Lo miraré".

"Déjame estudiarlo. Envíame una lista de tus patrocinios. Haré que mi oficina se comunique con ellos para ver si les gustaría hacer una aparición pública en una recaudación de fondos. Espero un sí de todos ellos, a menos que ya tengan a Angelina Jolie o… no, prácticamente solo a ella".

"Gracias".

"De nada. No tienes que agradecerme que haga mi trabajo, Josh. Pero siempre lo haces. Esa es una de las razones por las que acepté trabajar contigo hace años, cuando estabas empezando. Siempre has sido muy respetuoso, lo cual es más inusual de lo que piensas en este negocio. Piensa un poco en la idea del matrimonio".

"Pero no estoy saliendo con nadie y no puedo imaginarme estar colado por alguien el próximo mes".

Max suspiró frustrado. "No tienes que casarte, en plan, con el amor de tu vida para siempre".

Estaba empezando a comprender. "¿Entonces me valdría con un simple acuerdo comercial?", le pregunté.

"Hollywood está lleno de este tipo de arreglos. Son parejas poderosas, actrices que se casan con directores, guionistas que se casan con actores, productoras que se casan con otros productores…".

"Oh. Está bien", dije. "Ahora lo entiendo".

Después de hablar con él, pensé en todos los cuencos de Tiffany que había comprado como regalos de bodas de amigos del elenco y compañeros de trabajo, a cuyas ceremonias había asistido durante los últimos años. ¿Cuántos de ellos habían sido sinceros y cuántos eran simplemente arreglos beneficiosos? El mismo Max se había casado en Hawái, hacía ya tres años, con su segunda esposa, una productora. Yo había sido uno de sus padrinos de boda. Tenía miedo de preguntarle acerca del asunto. No quería saberlo. Porque de alguna manera, después de todos estos años, el mundo del espectáculo había logrado desilusionarme aún más.

En casa, revisé mi archivo de fotos en Instagram y aterricé en un antiguo ligue. Me había gustado Holly mientras salimos juntos. Estuvimos juntos durante cuatro meses. Aceptó un trabajo de

modelo en Hong Kong y rompimos porque sabíamos que no podríamos soportar la distancia. Era una persona dulce y cariñosa, y a ambos nos gustaba hacer yoga caliente. Decidí llamarla. Primero hice una búsqueda rápida para asegurarme de que ella no estaba comprometida o casada. Figuraba como soltera, de modo que la llamé.

Me recibió su buzón de voz. Eso significaba dos cosas. Primero, ella no había cambiado su número. En segundo lugar, que había visto mi número y no había respondido. Por supuesto, la mujer podría haber estado trabajando o estar ocupada, pero la conocía lo suficientemente bien como para saber que llevaba su teléfono a todas partes y dormía con él debajo de la almohada por la noche. No creí ni por un segundo que eso hubiera cambiado. ¿Podría culparla por no contestar una llamada de un ex? Realmente no. Así que pensé en dejar un buen mensaje. Uno que sonara como si estuviera interesado en su vida y no solo tanteando para ver si estaba en la ciudad. No pasaron ni cinco minutos y me devolvió la llamada. Sonreí cuando vi su información en mi pantalla.

"¡Hola, Holly!", dije.

"¡Josh! ¿Cariño, qué tal todo?", preguntó ella. "Aquí estamos a mitad de la noche".

"Lo siento. Nunca sé dónde estás. Trabajas en todo el mundo. Si te desperté…"

"No, no es problema. Escucha, estaré en Los Ángeles la próxima semana. Tengo una fiesta de lanzamiento de esta marca de tequila de la cual soy su imagen. Después de la fiesta del jueves, te llamaré. A las dos o tres de la mañana, ¿vale? Sé que siempre has sido un noctámbulo", murmuró.

Está bien, ella solo quería ligar. Me rasqué la cabeza.

"Esperaba que pudiéramos pasar algún tiempo juntos, tal vez salir. Ponernos al día con lo que ha estado sucediendo en nuestras vidas".

"Oh. Bueno, realmente no estoy como para una relación. Me voy a Budapest después de dos días en Los Ángeles, y luego a Yakarta".

"Ya veo, bueno, mucha suerte entonces", dije, decepcionado.

Sin desanimarme, y teniendo una dotación de exnovias de las que todavía era amigo, busqué hasta encontrar el número de Sierra. Era actriz, la It Girl de hace un par de años, ahora haciendo su propia comedia para Netflix. La llamé, preguntándome si una fusión de tipo matrimonial ayudaría a su imagen tanto como a la mía. Después de dos intentos, descubrí que o ella no había configurado su cuenta de buzón de voz o su número había cambiado. Le envié un mensaje a Max para ver si podía conseguirme su nuevo número, y su respuesta fue: "¡No, una actriz no!".

Avanzando en mi lista, me puse en contacto con una exnovia que ya estaba comprometida y tres más que estaban felices de ligar conmigo, pero sin interés en una relación. Ya fuera porque estuvieran saliendo con otra persona o porque recordaron por qué no había funcionado la primera vez.

La última con la que hablé, Raven, se rio de mí.

"¿Esperas que crea que tú quieres tener una relación seria? Me iba a trabajar fuera de la ciudad y rompiste conmigo porque no creías que fuéramos a ser lo suficientemente fuertes como para manejar la separación. Esas fueron exactamente tus palabras".

"He madurado desde entonces, y tal vez me he dado cuenta de lo que me perdí", dije, tratando de parecer convincente.

"Gracias a Dios, sé perfectamente que es mejor no tomarte en serio", dijo, y colgó.

Bien, tal vez había una ex a la que no le agradaba en absoluto.

Estaba un poco desanimado, pero no era un hombre que se rindiera tan fácilmente. Había muchos peces en el mar, así que nadé hasta Chateau Marmont después de las once, para ver qué podía pescar.

CAPÍTULO 2

ABBY



Finalmente, un descanso.

Después de todo el tiempo que había pasado afinando detalles como supervisora de guiones y escribiendo teleplays según las especificaciones, por fin había conseguido un trabajo en redacción. Era un perfecto ejemplo de un golpe de suerte del destino. Ahora me encontraba en una sala de guionistas reales. Tal como siempre había soñado. Bueno, en mis sueños olía menos a café rancio y cigarrillos. De hecho, en mis sueños no apestaba en absoluto. Aun así, había intervenido para ayudar a escribir, deprisa y corriendo, el final de temporada del ganador del Globo de Oro, y ahora era parte del equipo galardonado.

Ocupé mi lugar en la mesa. Dejé mi botella de agua, teléfono, tableta, una libreta y un bolígrafo. El hecho de que estuviera rodeada de guionistas experimentados que contaran con más premios que yo velas en mi tarta de cumpleaños, no significaba que no tuviera todo el derecho a ocupar un sitio en esta mesa de conferencias, donde me había ganado un lugar. Había recorrido un largo camino desde mi blog universitario, contando mis aventuras como anfitriona para la cadena de restaurantes Hooters (repugnante, un ambiente misógino, buenas propinas, y una colección de piropos patéticos, como cabe esperar de ese ambiente). Recuerdo mi emoción al conseguir treinta seguidores en el blog.

Ahora trabajaba para una serie de televisión de primer nivel, junto a todos estos distinguidos... hombres. Todos ellos. Para ser justos, era un espectáculo sobre la guerra, por lo que tenía sentido que… no, yo era sólo la primera chica en formar parte de este grupo. Por lo que tenía que trabajar más duro para demostrarles mi valía antes de que comenzaran a pedirme que preparara el café. El café apestoso de la sala de escritores.

Había leído esa mañana un correo electrónico que el director había enviado al equipo, con un próximo giro de la trama que él, los productores, y el guionista principal habían trabajado previamente. Lo que significaba que un personaje que había creado para las dos partes del final, Cirenda, obtendría un papel más destacado. Estaba emocionada de ver lo que podía hacer con ese personaje.

Tomé unas pocas notas, aclaré mi garganta, y estaba a punto de empezar a hablar cuando otro escritor elevó la voz sobre emparejar a Cirenda con Milrand, un guerrero afligido. Eso me puso los pelos de punta. La primera protagonista femenina significativa en cuatro temporadas no necesitaba un novio desde el principio. Ella necesitaba desarrollar un conjunto complejo de motivaciones antes de formar pareja o estar confinada a un papel de amor romántico.

"Para mí, la mayor contribución que este personaje puede hacer al tejido de la historia es la adición de cierta levedad. ¿Recuerdan la reacción de Twitter a su comentario sarcástico en la primera parte de la final? Fue oro para la audiencia. Así que, para empezar, estoy ansioso por ver cómo Cirenda le da un toque humorístico a *Ancient Crowns*," dijo Mitchell, uno de los escritores senior.

"Estoy absolutamente de acuerdo en que la personalidad luchadora de Cirenda fue mi parte favorita para trabajar en el final, y eso debería seguir siendo, definitivamente, parte de su personaje", dije "pero relegarla a lo humorístico sería un error. Ella no se disfrazó de hombre y se recorrió todo el camino desde Mykonos para resbalarse con una piel de plátano y mamársela a Milrand. Sería un golpe a su integridad como luchadora y exsacerdotisa contar con sus bromas solo para aliviar la tensión de los personajes principales. Estoy segura de que pueden entender a lo que me refiero".

"Estás muy apegada a Cirenda, obviamente. Ella es el primer personaje al que le has dado vida. Pero debes darte cuenta de que, como parte de un equipo de redacción, muchas de nuestras decisiones en la historia están guiadas por los deseos del director, de los productores, la red de grupos de enfoque y a lo que estos responden. Nuestra audiencia millennial ha decaído en las últimas dos temporadas, y las proyecciones indican que agregando un poco más de humor los recuperaremos. Necesitamos esos números en un grupo demográfico más joven, para atraer a más patrocinadores", dijo pacientemente Randolph, el escritor principal.

"Es un negocio", dije. "Es difícil para mí recordarlo a veces porque soy nueva en esto. Os agradezco vuestra ayuda y definitivamente necesitaré vuestros consejos en el futuro. Pero como una voz nueva en un equipo consagrado, creo que mi visión de Cirenda atrae a las espectadoras de mi grupo de edad: mujeres fuertes e independientes que se preocupan por el bien común, incluso aunque eso signifique sacrificar algo de felicidad personal".

"Lo tomaremos en consideración y lo revisaremos más tarde", dijo Randolph.

Hice una mueca y bebí un sorbo de agua. Zanjó el asunto de manera efectiva y me quedé dolida.

Repasamos una lista de otros puntos de la trama que ya se habían decidido. La mayoría de ellos simplemente apestaban. Pero después de recordarme que yo era la chica nueva, decidí mantener la boca cerrada por ahora.

"Nuestro equipo lleva trabajando desde hace más de una década para este canal. Hay una curva de aprendizaje debido al flujo de trabajo del equipo y lo respetamos. A su vez, hay que respetar el proceso de colaboración. Estábamos en un aprieto cuando entraste en el final. Habríamos aceptado prácticamente cualquier cosa que el canal nos hubiese permitido después de la repentina partida de Robert. Por lo tanto, es posible que hayas tenido la impresión de que, en medio de nuestro dolor, estábamos a la deriva. Pero hay una estructura de liderazgo establecida", dijo Randolph. "Tenemos once temas más por discutir. Este podría ser un buen momento para un descanso".

Asentí con la cabeza, mis mejillas estaban encendidas. Fui al baño de mujeres donde podía estar segura de que no me seguirían, considerando que probablemente era la única mujer en toda la planta. Yo podía hacer esto. Solo tenía que cambiar mi enfoque. Me precipité y los rescaté cuando Robert, uno de sus escritores, murió después de un breve ataque de neumonía. Estaba en la oficina, trabajando en los detalles de la supervisión de un guion, que hacía como autónoma, cuando me llamaron para escribir. Por aquel entonces, les habían gustado mis ideas y los episodios habían sido un éxito. Ahora que no me necesitaban tan desesperadamente, tendría que suavizar mi actitud. Estaba acostumbrada a tener que gritar para ser escuchada, como mujer, en una industria de hombres, y una mujer cuyo trabajo anterior consistía en precisar detalles. Por mucho que odiara tener que moderar mi personalidad, quería una buena experiencia laboral, y por lo que parecía, tendría que comerme mis ideas con una capa de azúcar. Estaba caminando de puntillas y tendría que retroceder un poco. Necesitaba construir algo de buena voluntad. Me peiné el pelo, miré en el espejo y asentí, levanté la barbilla hacia arriba.

Cuando regresé a la sala, fui directamente hacia Steve. "Te debo una disculpa", le dije. "Vine con demasiado entusiasmo porque estaba muy emocionada por trabajar con todos vosotros y quería demostrar mi valía. Empecé con el pie izquierdo y lo siento. Sé que tengo mucho que aprender". Le ofrecí mi tímida y humilde sonrisa.

Me dio una palmada en el hombro. "Eso requiere cojones, jovencita. No sé si hubiera tenido el descaro de enfrentarme a un productor ejecutivo cuando comencé".

"Gracias", le dije, "pero debo trabajar en mejorar mis modales".

Tomé asiento y pasé un día bastante frustrante escuchando, tomando notas y hablando poco. Tendría que jugar una larga partida para ganarme su respeto y hacer avanzar mis ideas. Eso implicaba modestia y tranquilidad, dos cosas que se me daban fatal.

Después del trabajo, salí a tomar algo con unas amigas. Durante el último año habíamos estado demasiado ocupadas como para mantener nuestra tradición de miércoles de margaritas, pero esta era una ocasión especial. Me había juntado con Katie y con Sara

para comer guacamole, cotillear, y celebrar los tres meses completos que llevaba de soltería. Me alegré mucho de verlas. Nos abrazamos, nos reímos y hablamos entre nosotras mientras pedíamos aperitivos y bebidas. Nos veíamos con bastante frecuencia, pero pasar una noche juntas era raro. Sobre todo, porque Sara acababa de mudarse de nuestro apartamento para vivir con su novio Andrew en su casa. Katie siempre estaba ocupada, trabajando miles de horas como técnica de uñas en una escuela. Así que una noche de fiesta con ellas era lo más destacado de mi mes.

"Entonces, ¿cómo es trabajar en la redacción de guiones de televisión a tiempo completo?", preguntó Sara.

"¡Es un sueño hecho realidad! Quiero decir, fue emocionante poder participar en el final, pero hoy es mi realidad. Ahora es mi trabajo. Ya no reviso las páginas a diario en busca de inconsistencias con un peinado, o un apodo, o algo mencionado en un episodio anterior que esté mal".

"Entonces, ¿cuál es el problema?", preguntó Katie.

"Nada. El escritor principal incluso me felicitó por tener las pelotas de defender a la protagonista femenina que creé en el final".

"Así que es un club de chicos. Ya te lo esperabas. Y puedes defenderte. Te conozco", dijo Sara cariñosamente.

"¿Sabes lo que necesitas para llevarte bien en el club de chicos?", preguntó Katie. "Algo de eso". Señaló un televisor encima de la barra que estaba mostrando los avances de la nueva película de Josh Mason. Había un policía, o algo similar, y se había quitado la camisa.

"No me importaría estar en un club con él", dijo Sara, apurando su bebida.

"*Es* un bombón", suspiré. "Y tampoco es un mal actor. ¿Lo habéis visto en *The Hook Up Hangover*? Fue muy gracioso, y su línea de entrega fue muy nítida a pesar de que parte del material era estúpido".

"La película se llama *The Hook Up Hangover*. ¿Esperabas que fuera inteligente?".

"No, esperaba que fuera horrible con un poco de atractivo visual, y él estuvo mejor de lo esperado. Mostró algo de emoción, se atragantó un poco al final cuando la stripper volvió con su novio".

"¿Pensaba que él era el stripper?", preguntó Sara.

"Era otra película".

"Oh. Creo que son todas iguales. He visto un montón de él, todas van de lo mismo".

"Sí, se apega a la fórmula", le dije. "Pero creo que podría hacer otras cosas".

"¿Pero quieres verlo interpretar a un traficante de drogas? ¿O alguien que se queda con la camisa puesta?", preguntó Katie. "No lo creo. No nos importa si la película es estúpida, siempre y cuando aparezca medio desnudo y se parezca a Josh Mason. ¿Habéis visto el canal de YouTube de su entrenador? Esa mierda es mejor que la pornografía".

"No. ¿Por qué debería ver a la gente hacer ejercicio en YouTube? Ya tengo suficientes problemas para arrastrarme a la clase de spinning sin perder mi tiempo libre viendo entrenamientos. La inspiración fitness no me funciona. Que mis pantalones me queden demasiado apretados sí me motiva", dije.

"No es por los consejos fitness. Es porque Josh Mason se ejercita con pantalones cortos de compresión negros, y nada más. Pesas, balón medicinal, circuito de entrenamiento. Las flexiones. Dios, que alguien me abanique", dijo tomando guacamole con una patata.

Me comí una patata frita y negué con la cabeza. "Es agradable a la vista, pero creo que, como actor, no recibe el respeto que se merece debido a los papeles que elige".

"Considéralo como un golpe a la doble moralidad. Por todas esas películas en las que Angelina Jolie o Halle Berry tuvieron que estar de pie con una camiseta sin mangas mientras algún tipo hacía de pirata, luchador o lo que sea", dijo Katie. "Estas patatas fritas con queso son increíbles".

Consiguelo aqui

¡POR FAVOR NO OLVIDES DEJAR UN COMENTARIO!



Muchas gracias por leer mi novela.

Como nueva autora independiente, significa mucho para mí recibir comentarios de mis lectores. Si pudieras tomarte el tiempo de dejar una opinión cuando termines de leer, te lo agradecería mucho. Leer los correos electrónicos y las críticas sobre mi historia de parte de ustedes significa todo para mí.
Gracias de nuevo.

SOBRE LA AUTORA



Annie J. Rose es una autora de romance contemporáneo a quien le encanta dar vida a todas tus fantasías. Escribe ardientes historias de romance con finales felices.

Nació y creció en Nueva Zelanda, y a menudo pasa la mayor parte de su tiempo escribiendo historias en su balcón. Es farmacéutica de día, escritora de indecencias por la noche.

Para cualquier pregunta o inquietud, por favor contáctame en: spanish@anniejrose.com

Suscríbete a mi boletín de noticias AQUÍ